

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

Super Bianca

Sabrina Johnson

BODAS DE FANTASÍA

450 ptas. - Argentina: $3.20 - México: $10.00

Bodas de fantasía

Sabrina Johnson

Bodas de fantasía (1998)
Título Original: The better man (1997)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Súper Bianca 28
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Joss Cartwright y Darcy Blair

Argumento:

EL PADRINO CONSIGUIÓ A LA NOVIA…

Josh Cartwright había visto a Darcy por última vez vestida de novia. Él era el apuesto padrino… y el novio no se presentó. Aún así, Josh habría utilizado cualquier excusa para volver a verla.

Darcy seguía traumatizada por su desastrosa "boda", pero no necesitaba la compasión de Josh. Tenía todos los defectos y todas las virtudes, de su antiguo prometido. Era demasiado rico, demasiado atractivo, demasiado encantador. Precisamente el último hombre con el que quería mezclarse. Si no necesitara el trabajo, le habría dicho que se fuera con sus fantasías a otra parte…

Prólogo

Las rosas del ramo de Darcy Blair se marchitaban tan deprisa como los ánimos de la mujer que las llevaba en la mano. Estaba esperando a George. Temía que hubiera ocurrido algo terrible al hombre al que amaba. No era propio de él llegar tarde a una cita, mucho menos si se trataba de su propia boda. Hacía mucho calor en la pequeña antesala de aquella iglesia de Washington D.C., pero Darcy estaba temblando.

Su mirada se suavizó cuando pensó en la forma que tenía George Templeton, el hombre que pronto sería su marido, de gastarle bromas y sorprenderla. No le extrañaría que tuviera un detalle extravagante, como el de presentarse en helicóptero.

Cuando llevaba media hora más esperando, su cabeza bullía con imágenes del pobre George, herido en la cuneta de alguna carretera poco transitada. Sus amigos llamaron a todos los hospitales y se aseguraron de que no se encontraba en ninguno, pero aquello sólo sirvió para que Darcy pensara que le había ocurrido algo terrible y aún no lo habían descubierto.

El escote de encaje del vestido de novia empezaba a irritarle la piel, y se le caían los hombros bajo el peso del raso. Se desabrochó un botón del cuello e intentó escuchar la música del órgano. Dejó el ramo de rosas en una mesita; su olor dulzón sólo contribuía a aumentar su dolor de cabeza. Miró a su alrededor. Seis amigas suyas, vestidas de damas de honor, guardaban silencio, después de haber intentado tranquilizarla con todas las excusas imaginables: que el tráfico era terrible en verano, que George tendría resaca, que se habría equivocado de iglesia o que habría ido a que le arreglaran el esmoquin.

Darcy se sentía agradecida, porque ninguna de ellas había expresado el peor de los temores que la atenazaban: que George la había dejado plantada al pie del altar. Era posible que se hubiera dado cuenta de que cometía un terrible error al contraer matrimonio con una mujer que nunca podría encajar en su ambiente social. Él afirmaba que no tenía importancia; que la amaba y que hasta le gustaban su introversión y su timidez.

En una esquina estaba Josh, el padrino, apoyado contra la

pared. Saltaba a la vista que estaba enfadado. El sol que entraba por la ventana arrancaba brillos casi azulados a su pelo negro. La cólera de Josh la sorprendía; ella estaba convencida de que, a pesar de que había accedido a ser el padrino de bodas, no aprobaba el matrimonio de su amigo con la hija de una camarera; de hecho, albergaba la sospecha de que Josh conocía perfectamente el paradero de George.

—Bueno —dijo dirigiéndose a él—, ¿dónde crees que se ha metido George?

Un músculo se contrajo en la sien de Josh. Darcy se mordió el labio. Le gustaría que Josh le dijera qué opinaba de lo que estaba ocurriendo, pero no lo hizo, y no tenía suficiente confianza con él para presionarlo.

Por supuesto, George podía aparecer en cualquier momento con una buena excusa para justificar su retraso.

Darcy miró a sus padres. El pelo rubio de su madre, tan parecido al suyo, se estaba rizando con la humedad, alzándose en una nube que permitía ver su ceño fruncido. Su padre caminaba de un lado a otro de la habitación, con los puños apretados. Darcy sabía que estaba esforzándose para contener la furia.

Oyó unos golpes en la puerta. Giró en redondo, cargada de esperanzas, pero vio a Josh en el umbral, cabizbajo, con un papel en la mano.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿Está bien George?

Como respuesta, Josh le entregó el papel. Ponía: «Dile que se cancela la boda».

La exclamación horrorizada de Darcy llenó la habitación. Su padre corrió a su lado, mientras ella se apoyaba en la pared. Leyó en voz alta la nota con voz temblorosa.

El rostro de su padre adquirió un tono lívido.

—¡Voy a matar a ese canalla! —gritó, disponiéndose a salir de allí.

Su mujer lo retuvo, sujetándolo por el brazo.

—Cálmate, Ralph, por favor —le dijo entre lágrimas.

—¿Que me calme? Esto que nos ha hecho es imperdonable. Sabía que se consideraba demasiado bueno para nosotros.

Pero Cora, su esposa lo sujetó con firmeza.

—Tu hija te necesita ahora. Nuestra hija es demasiado buena

para él. Déjalo estar. Ya lo superaremos.

Ralph abrazó a su hija fuertemente, apretándola contra su fuerte pecho. Cora pasó el brazo por encima de los hombros de Darcy.

—Supongo que tendré que comunicar a los invitados que se pueden ir a casa —dijo Josh.

—¿Por qué vamos a desperdiciar la comida? —preguntó Cora—. Vamos a decir a la gente que vaya a la fiesta.

Ralph asintió lentamente. Darcy se apartó de él y hundió la cara entre las manos. Sus padres habían sido demasiado orgullosos como para permitir que la familia de George corriera con los gastos de la boda; habían dilapidado todos sus ahorros para celebrar por todo lo alto la boda de su única hija. Los amigos de Darcy habían trabajado hasta el amanecer para preparar un banquete a base de ternera asada, pavo y marisco, así como montones de canapés.

Darcy intentó obligarse a dejar de llorar, pero se le escapó un sollozo cuando vio que Josh se acercaba a ella. Movió los labios, mirándola, pero no dijo nada. La tomó de la mano y la apretó fuertemente. Darcy estaba segura de que iba a intentar excusar la conducta de su amigo. Pero Josh respiró profundamente y dijo:

—Darcy, sé que lo que ha hecho George es terrible. Lo siento mucho.

Le pasó un brazo por los hombros, y Darcy parpadeó furiosa para evitar que fluyeran las lágrimas que se agolpaban detrás de sus párpados. No quería la compasión del mejor amigo y mensajero de George. Intentó apartarse, pero él se inclinó y la besó en la frente.

—Te llamaré —le dijo en voz baja.

Darcy se apartó de él, temblando. No sabía para qué la iba a llamar. Tal vez para decirle que era estúpida, que no debería haberse atrevido a aspirar a casarse con un Templeton.

En cuanto al beso en la frente, le parecía completamente fuera de lugar. George le había comentado que Josh era un mujeriego. Probablemente había pensado que no le costaría convencerla para que buscara consuelo en él. Pasó a su lado, apartándolo, y fue a dar las gracias a las damas de honor.

Una vez a solas, Darcy se dedicó a hacer memoria, en busca de pistas, intentando recordar algo que hubiera dicho, algo que hubiera hecho para que George fuera capaz de hacer algo así. Pero

en el fondo se sentía completamente estúpida. Se había enamorado de un hombre que mentía al decir que la amaba. Había traicionado el amor y la confianza que ella había depositado en él, delante de todo el mundo. La había destrozado como si fuera una taza de loza barata.

No lo iba a perdonar jamás. Y nunca volvería a enamorarse de un hombre rico. Se concentraría en el trabajo.

1

—He venido a ver a la creadora de sueños —dijo un hombre a la secretaria de Darcy—. ¿Está la señorita Blair?

Darcy veía su silueta, alta y esbelta, a través del cristal esmerilado que separaba su despacho del de su secretaria. Durante un instante tuvo la impresión de que lo conocía. Extrañada, abrió la agenda. No tenía ninguna cita.

De todas formas, siempre estaba dispuesta a recibir a clientes nuevos. Podía tratarse del personaje importante que necesitaba para convertir en realidad el sueño de Dreams Inc., su empresa.

Arregló rápidamente los papeles de su mesa. Había pasado los últimos dos años invirtiendo todo su tiempo en la empresa, y el esfuerzo se había visto recompensado. Dreams Inc. había pasado de organizar comidas de empresa y reuniones a especializarse en la organización de bodas de fantasía. Unos cuantos clientes más. Un par de bodas de personajes famosos, y sus padres y su tía June podrían recuperar la ferretería de su abuelo, en Phoenix.

Se pasó la mano por el pelo, pulsó el botón del interfono y pidió a Amy que dejara pasar al visitante. Cuando se abrió la puerta, la boca de Darcy la imitó. Josh Cartwright estaba en el umbral, sonriente, seguro y confiado con su traje de chaqueta a rayas. La miró con los ojos muy brillantes, como si acabara de ganar la lotería.

Darcy contuvo la respiración. La agencia cayó de sus manos. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Hola —consiguió decir.

Habían transcurrido veinticuatro meses desde que Josh le entregó la cruel nota de George pero, de repente, se sintió como si la humillación fuera reciente, como si la escena hubiera tenido lugar segundos antes.

—Estás guapísima —comentó Josh, mirándola con intimidad—. Me alegro mucho de verte.

Darcy estuvo a punto de volcar el jarrón que tenía en la mesa. Volvió a colocar las flores con manos temblorosas. Cuando George le presentó a Josh Cartwright, el que después sería su padrino, susurró algo al oído de su prometido. Y después George le dijo que

Josh opinaba que la gente debía casarse dentro de su clase social. Al parecer, al final había optado por hacerle caso. Lo miró con rencor.

Sin embargo, él no pareció afectado. Se sentó en una silla y extendió sus largas piernas.

—Bueno, Darcy, ¿qué tal te ha ido?

—Bien. Muy bien. ¿Qué te trae por aquí?

Sin darse cuenta, estiró la chaqueta de su traje. Sólo los zapatos de Josh debían de ser más caros que todo el mobiliario de la oficina.

—Ayer leí este artículo y averigüé dónde te escondías —le contestó.

Su risa le hacía daño a los oídos. Evitaba a los amigos de George, pero aquello no quería decir que se escondiera. Su trabajo la llevaba a muchos acontecimientos públicos, e incluso salía con varios hombres distintos. No mantenía ninguna relación seria, pero le gustaba salir a cenar y a bailar.

—Me escondo en una habitación cubierta de colchones, desde el suelo hasta el techo.

No sabía por qué había dicho aquello. Durante varios meses, después del desastroso día de su boda, se había quedado dormida imaginándose en una habitación completamente acolchada, en la que se sintiera a salvo.

—Me gusta la idea de los colchones. Presenta posibilidades ilimitadas de… diversión, desde el suelo hasta el techo.

Darcy se mordió el labio. No había hablado a nadie de su habitación imaginaria, y había tenido que mencionársela precisamente a él. Por supuesto, Josh había tenido que atribuir a su refugio connotaciones sexuales que la cohibían.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó, mirándolo como si fuera una mosca que había aparecido en su sopa.

Josh apartó la mirada, ofendido.

—He venido a hablar de la boda de mi hermana. Leí un artículo en el que ponía que te dedicas a organizar bodas, con mucho éxito. La boda vikinga parece muy interesante. Todo el mundo con armadura, en una cueva. No me convence tanto la boda de Bora Bora, con los novios pintados de colores y los invitados con faldas de paja. Me alegra que no me hayan invitado a algo así.

Darcy maldijo el artículo en silencio.

—Sólo algunos de los invitados, los más atrevidos, se pintaron de colores y se pusieron las faldas de paja.

Miró de reojo la revista que tenía en la mesa, en la que se había publicado el artículo. Se referían a ella como Darcy Blair, la creadora de sueños. Josh tomó la revista y leyó en voz alta aquellas palabras que nunca dejarían de avergonzarla.

—Me sorprende que hayas decidido dedicarte a la organización de bodas —comentó.

Darcy se sonrojó. No necesitaba que aquel hombre le tuviera lástima, y no le gustaba que insinuase que era incapaz de alejarse del altar, aunque tuviera que renunciar para ello al papel protagonista. En una boda que había organizado la semana anterior oyó que un antiguo amigo, que estaba invitado, comentaba a alguien lo que había ocurrido en su ceremonia. En aquel momento se sintió indefensa. Ahora estaba furiosa.

—Es mejor que trabajar como abogado de divorcios, ¿no te parece?

—Desgraciadamente, los divorcios son un negocio excelente —contestó Josh—. La facturación de mi bufete se ha doblado en los dos últimos años. Pero ése no es el único motivo por el que algunos nos dedicamos a eso. Para mí también es una forma de ayudar a la gente.

Darcy no estaba dispuesta a defenderse, como él, ni a ponerse a explicarle por qué había acabado dedicándose a la organización de bodas. De hecho, había sido algo accidental. Una amiga para cuya boda iba a enviar la comida y los camareros le preguntó si no podría conseguir también cuarenta y cuatro globos aerostáticos, para celebrar la ceremonia en el aire. Lo hizo sin problemas y se empezó a correr la voz.

—Por supuesto —continuó Josh —después de tramitar tantos divorcios me he vuelto un poco escéptico, pero sigo convencido de que los matrimonios felices existen. Así que me gustaría que te encargaras de la organización de la boda de mi hermana. Es un proyecto de mucha envergadura, pero creo que estás preparada para aceptarlo. Por cierto, ¿cuánto trabajo supone la organización de una boda?

—¿Es que no te convenció el artículo?

—El artículo me convenció de que debía venir a verte —sonrió

—. Será divertido trabajar contigo.

Darcy se apretó las sienes. Empezaba a dolerle la cabeza. Cuando publicaron aquel artículo tenía la esperanza de conseguir más clientes, pero jamás imaginó que atraería a Josh Cartwright a su oficina.

—Por cierto —continuó Josh—, lo que no pone en la revista es si estás casada. No llevas anillo, así que supongo que sigues libre.

—Voy a seguir libre, como tú dices, durante mucho tiempo.

Cerró los ojos. No sabía qué le pasaba. Le había dicho dos cosas muy personales: le había hablado de su habitación protectora imaginaria y de su decisión de no casarse nunca.

—En cuanto a la boda de tu hermana —continuó—, no estoy segura de que podamos encargarnos de ella.

La verdad era que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de no tener nada que ver con Josh Cartwright.

—¿Qué problema hay?

—Depende de cuándo se celebre, y de los planes que tengamos para ese día. Los camareros pueden estar comprometidos.

—Siempre puedes contratar más camareros.

—No nos dedicamos a contratar gente y ponerla en la calle después de las bodas. Nos gusta proporcionar contratos estables. Formamos a los camareros y procuramos que se queden en la empresa. Además, ¿por qué has venido tú? Debería haber venido tu hermana, ¿no?

—Tiene mucho trabajo y no podía salir de la oficina. Nos gustaría volver la semana que viene para hablar de los detalles. Mejor aún, ¿por qué no vienes a cenar con nosotros?

A Darcy le resultaba irritante su mirada de intimidad, como si se estuviera ofreciendo a reparar el daño que su mejor amigo le había hecho. Tomó un formulario y se lo entregó.

—Tienes que rellenar esto. Si quieres, puedo dar hora a tu hermana para la semana que viene. Llevamos el negocio dentro del horario habitual de oficina, así que la cena está descartada.

—Ahora pido cita a tu secretaria. Supongo que habrás adoptado la costumbre de devolver las llamadas, ¿no?

—Siempre devuelvo las llamadas de negocios.

No entendía por qué tenía que recordarle que no había contestado a ninguna de sus llamadas.

—¿Siempre sabes por qué llama la gente?

—Sí.

Cuando sus miradas se encontraron, Darcy sintió que se le encogía el corazón. Prefirió enfocar el cuadro que había en la pared, detrás de él.

Josh miró el formulario, estudiándolo con la meticulosidad de un abogado mientras Darcy meditaba sobre los excesos de la naturaleza. Josh Cartwright era aún más atractivo de lo que recordaba. Tenía el pelo revuelto, y parecía invitar a que lo devolvieran a su sitio. Apretó las manos y las apoyó en la mesa. Dada la reputación de mujeriego que tenía Josh, estaba segura de que muchas mujeres habían peinado aquellos rizos con las manos. Para empezar, era posible que el desorden estuviera creado por años de caricias.

Pero el atractivo físico y la riqueza eran dos cosas que no la impresionaban. La gente como él carecía de valores. Lo observó mientras rellenaba el formulario, apoyada en la silla, lejos de él.

Josh extendió un cheque y se lo extendió, junto con el formulario.

—Siento haber dejado unos cuantos datos sin rellenar. Ginger lo completará la semana que viene.

Darcy tomó el formulario.

—Has dejado en blanco casi todo.

Después miró el cheque y contuvo la respiración. Sabía que Josh era rico. Toda la ciudad conocía Cartwright Industries, la empresa de su familia, que se dedicaba a fabricar aparatos médicos de alta tecnología. No era necesario que intentara impresionarla.

—Mira —le dijo—, sólo pedimos un depósito de cien dólares para empezar, y luego vamos recibiendo pagos con arreglo al presupuesto acordado, de modo que tu cheque de diez mil dólares es innecesario —se lo devolvió—. De hecho, como no has rellenado el formulario, ¿por qué no esperamos a que lo rellene tu hermana la semana que viene? Entonces podrás entregarme el cheque de cien dólares, si decidimos seguir adelante con esto.

—Prefiero abonarlo todo en un solo pago, por motivos de contabilidad.

Tomó el pisapapeles y lo dejó sobre el cheque con tanta firmeza

que el pez de cristal que había en el líquido interior se puso a nadar enloquecido.

—¿Sabes que sólo organizamos bodas de fantasía? No has contestado a la pregunta sobre el motivo elegido para la boda.

—Prefiero que conteste mi hermana. Ha elegido un motivo bastante raro.

Josh se puso en pie. Por primera vez, Darcy se dio cuenta de lo pequeño que era su despacho.

—Me alegro mucho de haberte vuelto a ver —dijo Josh antes de marcharse—, y estoy deseando verte más.

Su mirada solícita, la forma que tenía de hablar, con aparente sinceridad, indicaban que aquello era algo más que una simple conversación educada entre conocidos. Desconcertada, dejó que se inclinara sobre la estrecha mesa y la besara en la mejilla. Después le dedicó una sonrisa tan contagiosa que el corazón de Darcy se desbocó.

A continuación se dirigió a la puerta y salió de allí.

Darcy se quedó en su sillón, furiosa. Josh no tenía derecho a besarla. Se volvió hacia el ordenador y empezó a redactar una nota formal, en la que comunicaba a Josh Cartwright que Dreams Inc. no tenía tiempo para ocuparse de la boda de su hermana. Le enviaría el cheque junto con la nota. Se libraría de él, por mucho que necesitara el dinero.

El cuerpo de Josh latía de deseo mientras salía lentamente del aparcamiento que había detrás del edificio de oficinas de Georgetown donde se encontraba Dreams Inc. Le había resultado muy difícil estar sentado delante de Darcy, observando su precioso rostro ovalado y sus ojos tan azules como el lago Tahoe al anochecer. Su precioso pelo rubio estaba más rizado que antes. Y le gustaban sus pequeños pendientes brillantes.

La deseaba, como la había deseado la primera vez que la vio. Estaban en una fiesta. Se acercó a George y le susurró que aquella mujer era distinta, mucho más cálida y dulce que las demás. George le contestó que se mantuviera apartado de ella, que él la había visto primero. Decidió comportarse con caballerosidad y se retiró. Un terrible error.

Un fuerte bocinazo devolvió a Josh al presente, justo a tiempo

para evitar chocar contra otro coche. Normalmente prestaba mucha atención al tráfico cuando conducía: no era propio de él distraerse. Pero estaba combatiendo el impulso de volver a la oficina de Darcy y confesarle la locura que se había apoderado de él cuando George no se presentó en la boda. Había sentido la tentación de pedirle que se casara con él, inmediatamente. Tuvo que luchar con todas sus fuerzas para no hacerlo. Al volver a verla lo había poseído la misma locura.

Aparcó el todo terreno unas calles más allá y se puso a caminar, sonriendo a los viandantes, mientras pensaba en lo bonita que estaba Georgetown en primavera. Entró en el restaurante Sans Souci y vio que Ginger ya había llegado. Se sentó delante de su hermana y le apretó la mano, para saludarla.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó Ginger—. ¿Sigue gustándote esa chica tanto como siempre? Supongo que sí, porque estás radiante.

—Espera a conocerla. Me alegro de que me hayas dejado ir solo. No se parece nada a las demás.

—¿Quieres decir que no es como la pelirroja que quería un préstamo, ni como la rubia que quería que invirtieras en una empresa de informática? —preguntó Ginger, riendo.

Llegó el camarero y les leyó el menú del día. Los dos pidieron tortilla de queso.

—La verdad es que no se ha alegrado mucho de verme —confesó Josh—, pero sé que eso se debe a que me asocia a George.

—Bueno, te pidió que fueras el padrino de su boda.

—La verdad es que eso me sorprendió bastante. Tampoco éramos muy buenos amigos. Aunque me gustaba ir a su casa. Sobre todo me caía muy bien su madre. Parecía muy amable y sincera. Como Darcy.

—Me sorprende que sepas tanto de ella.

—La primera vez que la vi me llamó la atención, y no sólo por su belleza física. Hizo una cosa que me gustó mucho. Una de nuestras invitadas estaba sola. Era una mujer de aspecto insignificante, y parecía que todo el mundo la evitaba. Pero Darcy se acercó y se puso a hablar con ella. Poco después, esa mujer estaba cantando. Ella también cantaba muy bien, por cierto.

—Sí, es un buen detalle. Hace falta mucha seguridad para hacer

algo así.

—Exactamente. Algunas mujeres sólo intentan llamar la atención cuando hay hombres delante, pero ella no parecía darle mucha importancia. También fue muy amable con un anciano. Lo ayudó a levantarse y estuvo charlando con él. Tuvo varios detalles encantadores.

Ginger sonrió.

—Tú también tienes detalles encantadores, como el de enviar flores a las ancianas que se presentan al concurso de cocina. Parece que Darcy y tú formaríais una buena pareja. Ahora que voy a casarme, no estaría mal que me imitaras. Ya tienes treinta años.

Josh asintió.

—A mi edad todo el mundo tiene dos hijos y una hipoteca. En cuanto a lo de Darcy, tienes razón. Me habría gustado entablar una relación con ella desde la primera vez que la vi, pero George me pidió que me mantuviera apartado, de modo que lo hice.

—Siempre has sido demasiado leal.

Durante un rato, los dos comieron en silencio.

—¿Cuándo vamos a ver a Darcy para hablar con ella de mi boda? —preguntó Ginger al fin.

—La semana que viene.

—Estaría muy bien que tú también te casaras. Podríamos organizar una boda doble.

—Sí, es posible, aunque la verdad es que no sé qué tal se me daría la educación de los niños.

—Serías un padre excelente.

—¿Tú crees? No he tenido más modelo que los padres de George. Ya sabes que siempre he querido tener cuatro hijos. Si tengo gemelos dos veces, mi mujer no tendrá que pasar por cuatro embarazos.

Ginger rió.

—Entonces tendrás que ir dos veces al año a congresos de padres de gemelos. Se han puesto muy de moda.

—No creo —contestó Josh riendo—, pero los llevaría de acampada a todas partes, desde las cataratas del Niágara hasta el Gran Cañón. Siempre quise hacer todas esas cosas que nosotros no hicimos nunca.

—Yo también quiero tener muchos hijos —comentó Ginger.

—Aún eres muy joven —dijo Josh con precaución.

La conversación era muy agradable y no quería estropearla criticando de nuevo a Billy. Su hermana estaba muy enamorada de él, y era posible que sus sospechas de que Billy Melrose sólo era un oportunista carecieran de fundamento. Esperaba que fuera así. El matrimonio era un paso muy importante.

—Llámame cuando tengas cita con Darcy —dijo Ginger mientras salían del restaurante—. Estoy deseando conocerla. Una persona que le gusta tanto a mi hermano debe de ser muy interesante —le dio un beso de despedida—. Gracias por la comida.

Josh se fue al bufete, asistió a varias reuniones soporíferas y al final se fue a su casa, agotado.

Lo primero que hizo fue oír los mensajes del contestador. Una pelirroja con la que había ido a la ópera un par de veces hablaba esperanzada con la máquina.

—¿Josh? Soy Lola. El sábado por la noche celebro una fiesta. Espero que puedas venir.

Pero ya no le gustaban aquellas fiestas.

A continuación habló el detective al que había contratado para investigar a Billy Melrose.

—Aún no tengo nada —dijo—. O está muy limpio o es muy cuidadoso.

Josh rebobinó y borró los mensajes. No le gustaba haber tenido que contratar a un detective a espaldas de Ginger, pero Billy era muy evasivo. No conseguía hacerlo hablar directamente. Conducía un coche muy caro, de importación, y vivía en una mansión elegante, aunque lo único que tenía era un trabajo de funcionario, no muy bien pagado. Ginger tenía sólo veinte años, y no estaba dispuesto a dejarla en la estacada, como su padre, que primero se había marchado y después le había devuelto todas las cartas sin abrir. A él le había hecho lo mismo, y sabía cuánto dolía.

Examinó la correspondencia, se puso unos vaqueros y encendió el televisor. En aquel momento sonó el teléfono. Bajó el volumen del aparato y contestó.

Era Sam Goldman, un amigo suyo, soltero empedernido, al que le encantaba salir de juerga. A Josh le gustaba ir a divertirse con él.

—¿Te acuerdas de las dos rubias de Indiana que te comenté? ¿Por qué no quedamos con ellas esta noche?

Josh dudó. Ya estaba harto de aquellos encuentros, en los que siempre tenía que mantener las mismas conversaciones y contestar a las mismas preguntas. De dónde eres, dónde trabajas. Para colmo de males, si rechazaba a las mujeres, se sentían insultadas.

—Lo siento, pero tengo otros planes —contestó.

—¿Te encuentras bien? Es raro que rechaces algo así.

—No me gustan tanto esas cosas como todo el mundo parece creer que me gustan.

Sam rió.

—Creo que entre esos planes que tienes hay una chica a la que no quieres presentarme. ¿Es eso?

Después de colgar, Josh fue a buscar una cerveza. La reacción de Sam no era distinta de las reacciones habituales. Todo el mundo lo consideraba un mujeriego, y suponía que sólo él era el culpable. Había fomentado su falsa imagen dejándose ver en público con muchas mujeres.

Sin embargo se sentía muy solo. Las relaciones esporádicas no lo hacían feliz. Necesitaba una mujer que compartiera con él la almohada, el corazón y la vida. Darcy era la mujer que deseaba. Bella, atractiva y cálida. Sabría crear una familia con valores sólidos, porque estaba seguro de que había crecido así.

Quería llenar la vieja casa de Virginia de niños y risas. Quería vivir las tradiciones, cenar en familia, preparar una sopa los días fríos y plantar un huerto en primavera. Quería comerse las zanahorias, las patatas y los tomates que crecieran en su jardín.

Criarían siluros o llamas. Algún animal divertido y feo del que no supieran nada. Pero siempre había espacio para aprender. Y para compartir.

Quería estar con Darcy. Después de volver a verla, estaba seguro de ello, a pesar de la frialdad con que lo había recibido. Tenía que conseguir conocerla mejor, demostrarse que sus instintos no se equivocaban. Pero parecía que ella seguía enamorada de George, y aquello lo enfurecía. Tendría que arrastrarla al presente, y demostrarle que el futuro era él. Estaba tan impaciente por volver a verla que no podía esperar una semana. La llamaría al día siguiente para intentar adelantar la cita.

2

Darcy introdujo la carta en el sobre dirigido a Josh Cartwright. Después de pensar bastante en ello durante la noche, en la nota que había escrito por la mañana, después de borrar la del día anterior, ponía:

«Sentimos comunicarle que Dreams Inc. no puede aceptar clientes nuevos. Tenemos completamente reservados los dos próximos años».

Volvió a sentirse culpable. Era consciente de que rechazar un trabajo para los Cartwright era la segunda estupidez mayor que había cometido en su vida. Pero era incapaz de trabajar cerca de Josh, no sólo porque le recordaba un pasado en el que no quería pensar, sino porque también conseguía recordarle el excitante fenómeno conocido como la química entre un hombre y una mujer. Había conseguido estropearle para siempre el refugio imaginario. La noche anterior había sido incapaz de dejar de pensar en las infinitas posibilidades que había mencionado Josh. Ni siquiera le gustaba aquel hombre. Sin embargo, no le gustaba la perspectiva de explicar a su tía June por qué había rechazado el encargo.

Entró en las cocinas de Dreams Inc. El olor de la comida que estaban preparando era delicioso. Rosa, la cocinera, y sus dos ayudantes la saludaron alegremente.

—Hola —contestó ella—. ¿Os puedo ayudar en algo?

—¿No tienes que planear una boda? —preguntó su tía June, guiñándole un ojo—. Ayer vi a Josh Cartwright, y me comentó que ibas a trabajar en la boda de su hermana, así que…

—Además, es muy atractivo —interrumpió Rosa—. Iba a verte a tu despacho cuando él se me adelantó, y parecía muy interesado en que lo recibieras personalmente.

Darcy se sonrojó profundamente.

—Es un antiguo conocido —murmuró—. ¿Queréis que os ayude a cortar los rábanos?

—Así que intentas cambiar de tema, ¿eh? —preguntó Rosa, riendo—. No pasa nada, mujer. Si yo fuera joven y guapa, iría detrás de él —le señaló una fuente con rábanos y nabos—. Ya que se te da muy bien tallar flores con esas cosas, no rechazaré tu

oferta.

Mientras cortaba cuidadosamente los rábanos y los nabos y los sumergía en agua helada. Darcy escuchaba la conversación de las otras mujeres, sobre compras y cine. Todo el mundo se llevaba muy bien en aquella empresa. Se sintió más culpable aún por rechazar la boda más importante que habían tenido. Cuando terminó de hacer las rosas, las metió en la nevera.

—¿Puedo hablar contigo, tía June? —preguntó en voz baja.

June la siguió a su despacho, con una taza de café en la mano.

—Por cierto —dijo June—, se me ha olvidado comentarte que he llegado sobre las ocho, y ha llamado Josh Cartwright. Quiere venir mañana con su hermana, así que le he dado hora.

El día anterior, su tía June había irrumpido en el despacho en cuanto Josh había terminado de hablar con ella, y Darcy le había entregado el cheque porque no quería que se perdiera entre los papeles. Ahora se daba cuenta de que haría mejor en hablar directamente. No había ninguna forma fácil de decir lo que tenía que decir.

—No puedo hacerlo. No puedo trabajar con Josh. No estoy dispuesta a permitir que vuelva a entrar en mi vida. Le he escrito una carta para decirle que rechazo el encargo, y si me das el cheque, se lo enviaré por correo inmediatamente.

—¿Por qué no quieres aceptar el encargo? —preguntó June asombrada.

—Porque… Bueno, ya sabes lo que pasó. Estabas allí. Fue él quien me entregó la nota de su amigo George, que después se casó con… —su voz se quebró, incapaz de pronunciar el nombre de Rhonda, por la que George la había abandonado—. Ya sabes que gestiono muy bien el negocio, pero no soy capaz de enfrentarme a los fantasmas del pasado.

—Espera un momento, Darcy. Entiendo perfectamente que estés furiosa con George. Yo también lo estoy. Pero Josh no te hizo nada malo.

—Podría haberme advertido de lo que ocurría. Josh piensa demasiado en la posición social y en el dinero. Sabía lo que estaba pasando, pero no se comportó como un caballero. No me dijo nada.

June bajó la vista a sus uñas.

—No sé qué decir para que no te enfades más, pero creo que

sólo intentas matar al mensajero.

Darcy se sintió sofocada. No le gustaba discutir con su tía y no era capaz siquiera de hablar de ningún asunto relacionado con aquel día terrible. Tenía la impresión de que había deshonrado a su familia. Pero el día anterior se había dado cuenta de lo profundo que era el dolor; tanto que no había sido capaz de plantear a Josh ninguna de las preguntas para las que tanto había ensayado, por si un día lo veía cara a cara.

—No me malinterpretes, por favor, tía June. Me siento muy culpable. Sólo faltan tres meses para que la ferretería del abuelo salga otra vez a la venta.

June dejó la taza de café en la mesa, se levantó y caminó por el pequeño despacho.

—Si por lo menos llegara mi dinero…

Darcy sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El antiguo marido de June no le había pagado aún el dinero del divorcio, y ella contaba con aquella cantidad para volver a comprar la tienda de su padre.

—Nos ofrecieron la primera opción de compra —continuó June —, pero ya viste la carta que mandaron los abogados, después de la reunión. El propietario se está haciendo viejo, y para él es sólo un negocio. No le importa que los nuevos dueños cierren la tienda para siempre, ni que la conviertan en cualquier otra cosa.

—No podemos permitir que eso ocurra. Mi padre y tú le prometisteis a vuestro padre que volveríais a comprarla. Está comprometido el honor de la familia. Y los recuerdos. Me he criado oyendo hablar de lo bien que os lo pasabais en la tienda.

Los ojos de June se nublaron.

—Mi padre no llegó a superar la pérdida. Decía que si hubiera conseguido conservar la tienda mi madre no se habría suicidado. No llegó a comprender que no podía cambiar las cosas, que no tuvo más remedio que venir a Washington a intentar trabajar para el gobierno.

—Ya lo sé. Y tuvo suerte de encontrar trabajo en la construcción de carreteras.

Darcy tiró a la papelera las flores mustias del jarrón.

—Quién iba a decir que Phoenix se convertiría en una ciudad

importante, y que los precios subirían tanto —reflexionó June—. No era más que un trozo de desierto, pero a mí me encantaba.

Darcy golpeó la mesa con los dedos. Estaba en juego mucho más que sus raíces. Su padre tenía asma, y se agotaba cada vez que caminaba. Atenazada por la culpa, se aferró a la esperanza.

—Ya saldrá algo. Sé que es una tontería por mi parte. A los veintiocho años debería ser un poco más madura, pero no puedo trabajar con Josh.

—Piensa en esto como en un negocio, cariño. No rechazamos a los clientes porque no nos gusten, así que, ¿por qué vamos a rechazar al más importante que hemos tenido hasta el momento, sólo porque te recuerda algo que preferirías olvidar?

Darcy gimió.

—Vamos —insistió June—. Necesitamos esta boda. No podemos permitirnos el lujo de elegir. Cuando empieces a trabajar en ello verás que no era para tanto.

Darcy guardó silencio, pensando en su padre, que soñaba con poder cumplir la promesa que había hecho.

—Bueno, soy una mujer de negocios, una profesional, y lo primero es la familia. Podemos pedir a Amy que organice la boda. ¿Por qué no te encargas tú de tratar con Josh? No hay ningún motivo para que yo tenga que encargarme de todo. Debería delegar un poco más en la gente, y éste es un momento tan bueno como cualquier otro para empezar. Por supuesto, os ayudaré todo lo que pueda.

En aquel momento sonó el interfono.

—Es el señor Cartwright, por la línea dos —anunció Amy.

Darcy tomó el teléfono, con el ceño fruncido.

—Me alegré mucho de volver a verte el otro día —saludó Josh, alegre—. Te llamaba para ver si puedes quedar hoy con Ginger y conmigo.

—¿Puedes esperar un momento? June Blair, mi tía y socia, está aquí. Voy a comentárselo —puso la llamada en espera y se dirigió a su tía—. ¿Me puedes decir cuándo estás disponible?

June sonrió y tomó el teléfono.

—Hola. Josh. Amy y yo nos vamos a encargar de la organización de la boda. ¿A qué hora quieres venir?

El rostro de June palideció.

—Queremos dar gusto a nuestros clientes —dijo tras una pausa —y si es con Darcy con quien quieres trabajar, veremos lo que se puede hacer. Pero hoy está ocupada.

Haciendo caso omiso a las señales frenéticas de Darcy, June miró la agenda y apuntó una cita.

—Puede verte mañana por la tarde —le dijo.

Después de dar hora a Josh y colgar el teléfono, June se volvió hacia su sobrina.

—Muchas gracias, cariño. No te arrepentirás de haber echado una mano a tu familia. No te resultará tan duro como crees trabajar con Josh. Es encantador.

En cuanto June se marchó, Darcy abrió una chocolatina y se la comió de dos bocados. Después se puso a abrir todos los cajones, en busca de algún dulce que hubiera olvidado. No encontró ninguno, y pensó en lo injusta que podía ser la vida. No se sentía capaz de trabajar con el arrogante y egoísta Josh Cartwright. Lo intentaría, por su familia, pero estaba segura de que la situación se haría insostenible. Podía hacerle la vida imposible.

Al día siguiente, cuando Josh entró en su despacho, Darcy lo saludó, pero no lo miró. Le enfurecía que no quisiera que su tía y su secretaria le organizaran la boda. Por lo menos, esperaba que se retirase del asunto. En su experiencia, los hombres solían asistir a las primeras citas, pero después lo dejaban todo en manos de sus madres y abuelas.

Josh se sentó delante de ella e intentó entablar una conversación amistosa.

—Hace un tiempo precioso, ¿verdad? Tenemos una primavera muy bonita.

—Hay muchas tormentas —dijo Darcy en tono arisco—. La lluvia ha arrancado todas las flores de los cerezos.

—Eso fue hace dos semanas.

Darcy lo sabía, pero echaba de menos las flores de los cerezos, que alegraban las calles de Washington. No obstante, las azaleas empezaban a florecer en las aceras, y los claveles se recortaban contra el cielo azul.

Se abrió la puerta del despacho. Una joven rubia, muy elegante, de aspecto encantador, le tendió la mano, de perfectas uñas

pintadas de rojo, a juego con su traje.

—Hola, soy Ginger. Tu secretaria nos ha dicho que pasemos.

Darcy le estrechó la mano y rodeó la mesa para quitar los papeles de la otra silla. La mirada de Josh la hizo desear haber perdido los cinco kilos que le sobraban y haberse recortado el pelo. Se había puesto un traje azul marino, que le confería un aspecto profesional pero no la favorecía especialmente. Ahora se arrepentía de no haberse puesto algo más llamativo.

Suspirando, invitó a Ginger a sentarse. La pobre chica no tenía la culpa de que su hermano fuera como era.

Darcy volvió a su silla y tomó un bolígrafo. Después de intentar escribir, se dio cuenta de que lo había asido al revés. Le dio la vuelta, resignada, y apuntó «Cartwright» en la parte superior del papel.

Ginger se inclinó para leer su apellido en voz alta, y sonrió orgullosa.

—Me alegra que no insistas en apuntar el apellido del marido, como hace todo el mundo —comentó.

—¿Vas a conservar el tuyo? —preguntó Darcy, consciente de que tendría que asegurarse de que los nombres se escribieran correctamente en el registro, en las servilletas, en las invitaciones y en todos los papeles relacionados con la boda.

—Mi madre se cambió de apellido tantas veces que yo he decidido quedarme con el mío —explicó Ginger.

—¿Te va a ayudar tu madre con la boda?

—Nuestra madre murió hace tres años —contestó Josh.

—Lo siento —murmuró Darcy.

Ahora entendía por qué se había involucrado Josh en la organización de la boda de su hermana. Se conmovió a su pesar por aquel gesto.

—¿Hay alguna otra persona —preguntó a Ginger—, como una tía o una abuela, que quieras que participe en la organización?

—¿Qué tiene de malo el hermano? —preguntó Josh—. ¿O es que crees que sólo las mujeres son capaces de organizar una boda?

—Claro que no, pero se suelen encargar ellas.

Darcy bajó la mirada al papel, intentando evitar su mirada. Sabía que Josh quería que aprobara su actitud, que indicara que se alegraba de verlo. Pero no podía desechar el pasado con tanta

facilidad.

—Pues a Ginger la va a ayudar su hermano —dijo con firmeza, sonriente—, así que tendrás que resignarte.

Darcy pensó en lo atractivo que estaba cuando sonreía, pero se reprendió de inmediato. El aspecto físico de aquel hombre no le importaba en absoluto. Lo único que le importaba era que el muy canalla disfrutaba con el mal rato que le estaba haciendo pasar. Decidió cambiar de actitud, para no demostrarle que estaba consiguiendo lo que pretendía. Sonrió con dulzura y se volvió hacia Ginger.

—¿Ya tienes fecha para la boda?

—Sí, dentro de seis meses y tres días, exactamente. El seis de octubre —contestó Ginger, radiante—. Y me gustaría lo que llamo una boda europea. Mi madre era medio griega, medio italiana, y se crió en Milán, así que me gustaría incluir en la fiesta las cosas que le gustaban de su niñez. Además quiero incluir elementos árabes, porque a mi madre le gustaba mucho la artesanía oriental.

—Me parece una idea excelente —exclamó Darcy, encantada—. Me parece una idea muy divertida. Muy exótica.

Había pensado que los Cartwright querrían celebrar una fiesta algo extravagante, pero muy clásica. Como una reunión de té victoriana. un paseo en barca por el Potomac o un baile en un museo.

Ginger sonrió, contenta de que le gustara la idea. Darcy miró con curiosidad a Josh, que tenía el ceño fruncido. No debía de estar muy entusiasmado con la boda de su hermana, aunque ésta no parecía darse cuenta.

La luz iluminaba los rizos de Josh, y Darcy se quedó mirándolos, sin darse cuenta. En cuanto lo notó, se volvió hacia Ginger.

—Háblame de tu prometido. ¿Cómo lo conociste? —preguntó, intentando que su voz no sonara nerviosa.

—Se llama Billy Melrose. Es muy alto, con el pelo castaño. Nos conocimos en el autobús, en la línea D9, que va del noroeste al centro, por la carretera Whitehurst. El recorrido sólo dura diez minutos, así que nos enamoramos muy deprisa.

Ginger rió de la forma ensayada de alguien que ha contado varias veces una historia de la misma forma. Darcy rió con ella. Josh alzó la vista al techo.

—Mi hermana tiende a exagerar, Hace seis meses que Billy y ella se conocen, y anunciaron su compromiso la semana pasada, cuando Ginger cumplió veinte años.

—Bueno, estoy segura de que no te casarías con él si no lo conocieras bien.

—Ginger conoce a Billy tan bien como lo puede conocer alguien —dijo Josh con una mueca—. Pero es muy… reservado.

Darcy lo miró con extrañeza. Josh pintaba a Billy como un hombre muy misterioso, que podría ser desde un eminente científico hasta un timador.

—Te lo explicaré —continuó Josh al ver su sorpresa—. Ginger y yo no tenemos un árbol genealógico. Tenemos una especie de arbusto, con montones de padrastros y madrastras. Curiosamente, la única persona que queda con vida es la tercera esposa de mi padre, a la que no conocemos. Está casada y vive con su marido y sus dos hijos en Melbourne. De modo que Ginger y yo somos los dos únicos miembros de la familia, y tal vez la proteja demasiado.

Darcy pensó que sólo era una excusa. Estaba segura de que aquel hombre era demasiado protector por naturaleza, porque sólo así podía conseguir controlarlo todo, colocarse en el centro de lo que lo rodeaba. Sonrió para sí. Lo imaginaba de niño, intentando robar a su hermana toda la atención.

—Sí, puede que Josh se pase un poco —dijo Ginger con cariño, poniéndole la mano en el brazo—. Pero quiere proporcionarnos la mejor boda.

A Darcy le caía muy bien Ginger. Era una joven llena de vida, burbujeante, que quería disfrutar de la vida y esperaba que todo el mundo participara a fondo. Pero Josh no parecía muy contento.

—No soy capaz de disuadirla. Lo de la boda europea, sobre todo con la mezcla árabe, me parece una extravagancia excesiva. Podríamos buscar una alternativa que tenga algo que ver con nuestro país, algo relacionado por ejemplo con el oeste, como un rodeo.

—Ginger, estás empeñada en celebrar una boda con motivos europeos, ¿verdad? —preguntó Darcy amablemente, haciendo caso omiso de las protestas de Josh.

—Sí —contestó Ginger, riendo.

—La boda que propone tu hermana es un precioso homenaje a

vuestra madre —dijo Darcy, mirando a Josh—. Eso es lo que quiere Ginger, y no un rodeo polvoriento.

Josh volvió a alzar la vista, y Darcy miró a su hermana con curiosidad. Estaba acostumbrada a hacer de mediadora entre los familiares, porque en las bodas de fantasía siempre había alguien que se oponía, insistiendo en celebrar una ceremonia más conservadora. Planteó a Ginger unas cuantas preguntas sobre los objetos y las comidas favoritos de su madre, tomó notas, y la fiesta empezó a tomar forma en su cabeza.

—Será muy divertido —dijo Darcy, encantada—. Carpas grandes, muy aireadas, con alfombras orientales, cojines de seda y bandejas de bronce. Podemos poner música griega, comida italiana, rosas inglesas, vinos franceses y bombones suizos.

—Es una boda, y no un musical de Broadway —protestó Josh.

Ginger gimió.

—Josh se queja de mi idea desde que se la comenté. Creo que no le gusta demasiado la mezcla de culturas.

—Si no hubiera prometido a mi madre en su lecho de muerte que procuraría que Ginger tuviera una buena boda, me daría igual lo que hiciera.

Darcy lo miró. Aquel hombre carecía de imaginación y de sentido del humor. No era tan espontáneo y divertido como su amigo George. Una punzada atravesó su corazón.

—Bueno, ¿dónde queréis celebrar la boda? —preguntó Darcy—. ¿Aquí, en Washington?

—Oh, no —contestó Josh—. En Flint Hill, en Virginia. Está a algo más de cien kilómetros de aquí, cerca del parque nacional de Shenandoah. Heredé una granja allí. Las montañas Blue Ridge servirán como imitación de los Alpes.

Darcy tomó el bolígrafo y apuntó los últimos detalles. Oyó que Josh pronunciaba su nombre y alzó la vista. La ternura de sus ojos la sorprendió. Sintió que se le aceleraba el pulso.

—Darcy —repitió Josh—, se te da muy bien emocionar a tus clientes.

Darcy volvió a mirar el formulario, conteniendo una sonrisa.

—Tengo que volver corriendo al trabajo —dijo Ginger, levantándose—. Me alegro mucho de haberte conocido, Darcy.

Darcy sonrió. Se alegraba de no haber tenido que ver a Josh a

solas. Además, su hermana era encantadora y divertida. Le gustaba el motivo que había elegido para su boda.

—¿Por qué no vienes mañana a cenar con Billy, con Josh y conmigo? —preguntó Ginger—. Así podrás conocer a Billy, y hablaremos más de la boda. ¿Qué te parece?

Josh sonrió a su hermana, complacido. Darcy se alegró de que no lo hubiera propuesto él, pero siempre se negaba a compartir su tiempo libre con los clientes.

En aquel momento entró June y se presentó. Estaba deseando conocer a la novia.

—No puedo tomar más tiempo libre en el trabajo —explicó Ginger—, y Billy tampoco. Me gustaría mucho que lo conocieras. Por favor.

—Si no podéis venir en horas de oficina, Darcy quedará con vosotros en otro momento, con mucho gusto, ¿verdad, cariño? —intervino June.

Darcy se volvió hacia su tía y la miró con rencor, hasta que vio la acuarela que representaba la ferretería de su abuelo. De inmediato recordó las toses y los ahogos de su padre. Su asma estaba empeorando, y necesitaba respirar el aire seco de Arizona.

—De acuerdo, podemos tener una cena de negocios. Llevaré toda la información que pueda sobre las carpas y todo lo demás.

—Hasta mañana, entonces —dijo Josh, sonriendo y dejando una tarjeta de visita en la mesa.

Después de que se marcharan. June miró a su sobrina sonriendo, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—Ya sé que no quieres hacer esto, pero estoy muy orgullosa de ti, por haber sido capaz de dejar a un lado tus rencores.

—Ginger quiere una boda con motivos europeos. Me parece bastante original. Además, es una chica muy simpática. No tiene más familia que su hermano. Parece que él está preocupado por el hombre con el que se va a casar Ginger.

—Oh, no, espero que eso no signifique que van a cancelar la boda —suspiró June—. Tendríamos que devolverles el dinero y sin esa cantidad dudo que podamos comprar la ferretería.

No mencionaron la salud del padre de Darcy y hermano de June, pero las dos lo tenían en la mente.

—A lo mejor puedo encontrar más trabajo. Martin va esta noche

a una fiesta de la asociación de odontólogos. Me ha invitado a acompañarlo, y puedo intentar hacerme un poco de propaganda. Tomó la tarjeta de visita de Josh y la introdujo en una caja lacada. Fuera de su vista. June se sentó a su lado.

—¿Sabes? Tenía intención de preguntarte por Martin. ¿Qué tal os va?

—Como siempre. Me cae muy bien, pero sólo somos amigos, ya te lo he dicho. A los dos nos gustan las antigüedades y las subastas. Eso me recuerda que será mejor que haga unas cuantas llamadas.

Cuando June se marchó, Darcy se frotó la mejilla en la que Josh la había besado, en su última visita. Después de aquello había tenido mucho cuidado de mantenerse alejada de él, en previsión de otro ridículo roce de su cara, pero ni siquiera lo había intentado. De todas formas, no sabía por qué pensaba en algo así.

Tenía trabajo que hacer, y si conseguía más clientes aquella noche, podría devolver a Josh el cheque y recomendarle que acudiera a Perfect Weddings, el mayor competidor de Dreams Inc.

La semana anterior se había mostrado en desacuerdo con su tía June, que pretendía enviar copias del artículo que había aparecido en la revista a una larga lista de clientes en potencia que había elaborado, porque algunas de aquellas personas tenían relación con George. Sin embargo, aquel mismo artículo había hecho aparecer a Josh en persona. La situación no podía empeorar demasiado.

Empezó a imprimir las etiquetas postales de la lista, pidió a Amy que fotocopiara el artículo y empezó a pensar sobre lo que haría en la reunión de odontólogos. Encontraría la manera de sacar a Josh Cartwright de su vida.

Darcy sacó del bolso el montón de tarjetas de visita que había recopilado la noche anterior y las guardó en la caja lacada. La tarjeta de Josh Cartwright le llamó la atención. Había apuntado en ella el número de teléfono de su casa. Junto al número había pintado una alegre cara que le pareció divertida, hasta que se dio cuenta de que tenía el pelo igual que ella. Josh nunca conseguiría ganarse la vida como caricaturista.

June y Amy entraron en el despacho, charlando sobre la comida de negocios en la que acababan de trabajar.

—Esa gente es muy seria —comentó su tía—, pero les ha

encantado la comida. Nos han felicitado varias veces, y una mujer nos ha preguntado sobre nuestra organización de bodas. Su hija es esquiadora, y están pensando en una boda sobre esquís. En Vail.

Darcy se levantó, algo más alegre.

—Lo que pasa es que aún no tienen fijada la fecha, de modo que ya nos llamarán —continuó June—. Por supuesto, se lo recordaré dentro de unos meses.

—Bueno, algo es algo —dijo Darcy sonriente.

Sabía que muchos posibles encargos como aquél terminaban en decepción, pero siempre guardaba la esperanza de que firmaran en la línea de puntos.

—¿Qué tal en la fiesta de los dentistas? —preguntó Amy.

—Montones de fundas para los dientes. Sonrisas perfectas y carísimas —rió Darcy—. Pasé diez minutos lavándome los dientes antes de ir —enseñó un montón de tarjetas de visita—. Repartí todas las tarjetas que pude, sobre todo entre las mujeres.

—Muy lista —dijo su tía con una sonrisa.

—Pero muy poco eficaz. Nadie parecía interesado más allá de la charla educada. Tenía la esperanza de que alguien quisiera celebrar una boda con todo el mundo en la silla del dentista y novocaína en lugar de champán.

Amy se echó a reír, y June acarició con cariño la mejilla de su sobrina.

—Tengo que ir a la biblioteca —dijo Darcy, tomando un cuaderno y su bolso—. Voy a investigar.

Camino a la biblioteca municipal, que se encontraba tres calles más allá, Georgetown bullía de actividad. Tuvo que esquivar a varios ciclistas que iban por la acera. La música llenaba el aire, y cuando se acercó a un saxofonista callejero, se detuvo entre sus admiradores. Aquel día sonaba melancólico. Le echó un dólar en el sombrero. El olor de las patatas fritas parecía llamarla desde un restaurante cercano, pero prosiguió su camino. Su tendencia a comer cuando las cosas no marchaban bien la deprimía.

Por la calle había muchos extranjeros, como de costumbre, y se entretuvo identificando los idiomas que hablaban. Pudo reconocer el francés, el griego y el alemán, pero no tenía ni idea de qué idioma podía ser el que hablaban dos hombres ataviados con traje de chaqueta. Se encogió de hombros.

Quince minutos después de que llegara a la biblioteca, el aire acondicionado se estropeó. Abanicándose con una revista, Darcy siguió investigando sobre los detalles de las bodas de distintos países europeos. Un libro llamado *Rituales griegos* resultó ser una guía sexual de dudosa inspiración helénica, ilustrada con fotografías eróticas de hombres y mujeres en posturas acrobáticas.

Se quedó mirando una fotografía de un hombre desnudo, de piel bronceada, con el pelo tan negro como el de Josh, que estaba recostado en una tumbona, comiéndose una aceituna. Tenía la boca arqueada de la misma forma en que Josh la había arqueado al pronunciar su nombre. Furiosa, cerró el libro de golpe.

Estuvo consultando otros libros, y después eligió tres para llevárselos a casa. Tomó *Rituales griegos* y pasó las páginas hasta encontrar la fotografía del hombre desnudo. La contempló brevemente antes de devolverlo junto a los libros que no se iba a llevar. Al salir de la biblioteca volvió andando a Dreams Inc. Amy la detuvo delante de la máquina de bebidas.

—Ha llamado Josh Cartwright —le dijo.

—¿Qué quería?

—No lo sé. Le he dicho que estabas fuera y le he preguntado que si quería dejarte un mensaje, pero ha dicho que no.

Darcy tenía la esperanza de que quisiera cancelar la cena. Así tendría más tiempo para preparar las llamadas que quería hacer, con el fin de recordar, a los antiguos contactos, la existencia de Dreams Inc. La inminente venta de la ferretería de Phoenix la preocupaba enormemente. Si no conseguían el dinero en tres meses se quedarían sin ella.

Claro que sería mejor que empezara por trabajar con la boda de Ginger; a fin de cuentas, aquel encargo era seguro. Empezó a hacer llamadas para buscar lo que necesitaba. Después de encargar bandejas redondas de bronce, de estilo árabe, para utilizarlas como mesas en la boda, se concentró en el alquiler de camellos. La madre de Ginger y Josh, que debía de haber sido una mujer muy imaginativa, había comentado en varias ocasiones a su hija lo atractiva que le resultaba la idea de que el novio llegara a la boda montado en camello.

En el zoo se negaron a alquilarle los animales. Uno de los empleados la remitió a un criador de Maine.

—Alquila camellos para películas —le explicó—. Le encantan esos bichos, y los tiene en una cuadra interior, en su casa.

Sonaba tan raro que probablemente era cierto. Sin embargo, nadie contestaba al teléfono en la casa del criador de camellos, de modo que Darcy siguió con la lista. Ahora necesitaba la comida.

Había varios especialistas en comida italiana en la guía telefónica. Estuvo marcándolos, para llamar más adelante. Después empezó a buscar proveedores de comida griega, preguntándose cómo encajarían el *baklava* y las hojas de parra rellenas con la pasta. No sabía muy bien cuál era el gusto de Josh, aunque hablaba como un hombre que disfrutaba con un filete y unas patatas fritas, dudaba que le fuera a hacer gracia la selección de su hermana.

Pensando en la cena que se avecinaba, Darcy se aliso la falda del vestido color melón. Como era holgado, hacía que su figura pareciera más equilibrada, pero sabía que tenía que ponerse a dieta. Pronto. Inmediatamente.

—¿Quieres venir a comer? —preguntó Amy, asomándose a su despacho.

Darcy abrió la boca para decir que no, pero se lo pensó mejor. Tomó el bolso, y las dos corrieron a la calle para adelantarse a la gente que salía en estampida de las oficinas.

El restaurante más cercano ya bullía de actividad, pero vieron una mesa vacía bajo una de las sombrillas, entre dos plantas en macetas. El aroma de la ternera asada y la sopa de cebolla llenaban el aire. Darcy miro a Amy, sonriente.

—Vamos a sentarnos.

—Josh Cartwright está bastante bien —comentó su secretaria—. ¿Es soltero?

—Soltero y con muchos compromisos, según tengo entendido.

—Parece que le gustas. ¿Por qué no le das un poco de pie? Quién sabe cómo podría acabar esto.

—Me da igual el aspecto que tenga Josh Cartwright. Es un hombre rico y egoísta. No necesito relacionarme con gente como él.

—No puedes cortar a todo el mundo por el mismo patrón. ¿Cómo vas a conocerlo si no le das una oportunidad?

Darcy concentró su atención en la carta.. No necesitaba dar una oportunidad a Josh para saber lo incómoda que se sentía en compañía de los hombres ricos, sobre todo después de haberlo

descubierto, de la forma más dura, con George. Amy tenía buena intención, y eran muy amigas, pero a Darcy no le apetecía hablar de Josh Cartwright en aquel momento. Ni en ningún otro.

—Espero que salga adelante lo de la boda de la esquiadora —comento, intentando cambiar de tema.

Después de comer volvieron a la oficina. Darcy tenía que arreglar su despacho, pero el teléfono estaba sonando, y cuando terminó de hacer todas las llamadas necesarias, había pasado gran parte de la tarde. Recordando su promesa de ayudar a Rosa, volvió a la cocina. Siempre se animaba cuando planeaba fiestas exóticas, como el cóctel jamaicano en el que estaban trabajando. Aquellas ocasiones le evocaban siempre imágenes llenas de alegría. Playas doradas, iluminadas por el sol. Loros de colores vivos. Cocoteros cargados de cocos. Se puso a cortar mangos en rebanadas, soñando con recorrer el mundo algún día. Se preguntó si Josh habría viajado mucho.

Envolvió la fuente llena de rodajas de mango y la metió en la nevera. Perdida en sus pensamientos, caminó hacia su despacho, ajena a lo que la rodeaba, pero se quedó paralizada en el umbral. Josh estaba allí.

Estaba sentado en una silla, con una chaqueta azul marino y unos pantalones grises. Tenía el aspecto de un estudiante, muy concentrado. Estaba leyendo algo que llevaba en una carpeta.

Entonces levantó la vista. Sus ojos se suavizaron al mirar a Darcy. que respiró profundamente y se dirigió a su silla.

—Ayer me dejé la pluma aquí, y me he pasado a recogerla. Espero que no te importe —explicó, enseñándole una pluma de oro.

Darcy no tenía la impresión de que Josh fuera una persona olvidadiza.

—No recuerdo haberla visto —dijo mirando a su alrededor.

—Con el lío que tienes aquí, no me extraña. ¿Es que me he perdido algún terremoto?

Darcy frunció el ceño y miró a su alrededor. Su despacho estaba lleno de papeles y objetos de todo tipo. Hasta tenía un montón de cometas, de una boda que habían celebrado tres meses atrás.

Pero Josh no tenía por qué mofarse de su desorden. Consiguió sonreír débilmente.

—Aunque no lo parezca, sé dónde está cada cosa. Las personas creativas preferimos el desorden.

—Bueno, ¿nos vamos a cenar? —preguntó Josh, guardando sus papeles en el maletín.

—Espera un momento —empezó a apilar los papeles de su mesa, desordenándolos más aún—. Supongo que vives en un mundo organizado en el que cada cosa está en su sitio.

—Puedes venir a comprobarlo, personalmente, cuando quieras.

Josh la miraba con tanta seriedad, que Darcy se detuvo, con los papeles en la mano. Parecía tenso. Tal vez hubiera tenido un mal día en el bufete, o hubiera perdido un caso. Tal vez su última conquista no hubiera sonreído cuando él lo esperaba.

Josh rió, con cierto nerviosismo.

—He leído algo sobre la gente que vive en el caos. Acumulan objetos sin valor y desechan las cosas más valiosas de la vida, como las personas.

Atónita, Darcy dejó caer un montón de papeles sobre la mesa. La descripción que acababa de hacer Josh podía ser aplicable a George, que la había abandonado en el altar sin remordimientos. También se podría aplicar a su familia, al arbusto genealógico, como él mismo había dicho, lleno de madrastras y padrastros. Sin embargo, había ido a aplicársela a ella, sólo porque era desordenada.

El teléfono sonó. Darcy contestó, apoyándose en el borde de la mesa.

—Ah, hola, mamá —dijo con alegría—. Me lo pasé muy bien el sábado. Siempre haces que el cumpleaños del tío Albert sea algo especial. No aparenta sus ochenta y cuatro años, ¿verdad?

De repente sintió una mano en el muslo. Los dedos parecían abrasarla. Se sonrojó profundamente. La pierna le temblaba de forma alarmante.

Prometió a su madre que la llamaría más tarde y colgó el teléfono, indignada.

—Iré en mi coche. Nos vemos allí.

—No es muy fácil aparcar por esa zona. Será mejor que vengas conmigo en el coche, a no ser que estés empeñada en ir a todas partes en tu coche.

—Puedes hacer de chófer, si quieres —dijo aparentando indiferencia—. Supongo que Ginger y Billy ya estarán allí.

Josh asintió. Fueron al aparcamiento, y él le abrió la puerta del todo terreno. Al entrar, Darcy pudo percibir el aroma de la loción de afeitado. Josh debía habérsela puesto antes de salir del coche. Darcy deseó haberse puesto perfume. Algo suave, femenino y atractivo.

—No he podido evitar oírte mientras hablabas con tu madre —comentó Josh mientras salían del aparcamiento—. ¿Qué tal está? ¿Y tu padre? Debe de ser bonito tener una familia tan unida.

Darcy se puso en tensión. La última vez que Josh había visto a su familia había sido el horrible día en que había presenciado su angustia y su humillación. Respiró profundamente.

—Están muy bien los dos, gracias. Se quieren mudar a Arizona.

Se dio cuenta de que le temblaba la voz, como si tuviera la boca llena de cubitos de hielo. La posibilidad de que otra persona comprara la ferretería de su abuelo la descorazonaba.

Pero era una pérdida de tiempo hablar con Josh de aquel asunto. Con sus recursos económicos, no entendería que les resultara difícil comprar la tienda. De todas formas, no tenía por qué contarle sus asuntos personales.

—¿Por qué te molesta tanto que se muden? Siempre puedes ir a visitarlos de vez en cuando. ¿O vas a mudarte tú también?

La pregunta la sorprendió, hasta que decidió que Josh sólo pretendía entablar una conversación.

—A veces pienso que sería mejor que nos mudáramos todos. Pero no me gustaría dejar aquí a mi tío abuelo Albert. Le gusta mucho la residencia en la que está.

Observó la tristeza del rostro de Josh y deseó decir algo que lo consolara por no tener familia. Pero no sabía qué decir.

—Billy ha ido a recoger a Ginger al trabajo, y quería decirte unas cuantas cosas sobre él —comentó Josh.

Siguió conduciendo. Darcy esperó, pero él no dijo nada más. El tráfico de Georgetown era tan denso como de costumbre. Nativos y turistas abarrotaban las tiendas y hacían cola para entrar en los restaurantes más conocidos.

—Vamos a bajar por la calle Q para evitar el tráfico de M —dijo Josh al cabo de un rato—. Todo el mundo se para a escuchar a ese tipo que toca el saxo. Me gusta la música, pero no me hace mucha gracia la influencia que tiene sobre el tráfico.

Darcy se agitó en el asiento. Le encantaba observar la cara de satisfacción de los automovilistas, que bajaban las ventanillas para oír la música.

Josh tomó la calle Q, adoquinada y flanqueada por árboles. Al cabo de unos metros pisó el freno a fondo. Darcy volvió a la realidad al oír el chirrido de los neumáticos.

—¡Oh. no! —exclamó Josh—. Creo que he atropellado a un gato.

Apesadumbrado, bajó del todo terreno e indicó a los coches que tenía detrás que lo adelantaran, aunque no había demasiado espacio. Si un conductor se distraía, podía atropellado. Estaba en mitad de la calle, inclinado.

—Ten cuidado—gritó Darcy.

Josh desapareció delante del coche. Temerosa, Darcy saltó para detenerse delante de un coche, impidiéndole el paso.

3

—¡Vuelve al coche! —gritó Josh.

—Nada de eso —protestó Darcy, acercándose a él, protectora.

Josh estaba agachado, con la cabeza junto al parachoques, intentando recoger al gato. Darcy contuvo la respiración.

De repente Josh se incorporó. Tenía en la mano un cachorro negro como el carbón, que luchaba con todas sus fuerzas.

—Pues no era un gato —dijo entre dientes.

El conductor de uno de los coches que tenían detrás salió de su vehículo, furioso.

—Tengo en el coche a un senador que tiene que ir a la Casa Blanca —gritó.

Josh entregó al cachorro a Darcy v se volvió hacia e! conductor.

—Pues dígale que el presidente se ha ido a Camp David. Si es senador, debería estar al día —se volvió hacia Darcy—. Espera un momento. Voy a echarme a un lado.

El cuerpo del perro estaba caliente, y olía a piel mojada. Darcy no había tenido nunca un perro; ni siquiera le gustaban. Pero deseaba desesperadamente que aquél sobreviviera. Empezaba a caer la noche, y le resultaba imposible averiguar si estaba herido.

Josh dejó el coche en segunda fila y tomó al cachorro, que gimió. Rozó sin querer los senos de Darcy, que se ruborizó profundamente.

Josh encendió la luz del interior del todo terreno y miró con curiosidad el rostro sonrojado de Darcy.

—Tengo una linterna en la guantera —le dijo—. Sácala.

Su voz sonaba muy tensa, y tenía la mirada clavada en el parabrisas.

Darcy bajó la vista. Tenía el traje lleno de sangre, o de barro, o de ambas cosas. Alarmada, abrió la guantera para sacar la linterna. El perro tenía el pelo muy sucio y revuelto, pero no parecía que tuviera heridas.

—Creo que está bien —dijo frotándose el barro—. Cuánto me alegro.

Josh examinó al cachorro para asegurarse.

—No ha llovido en toda la semana, amigo. Las calles están secas,

así que ¿de dónde has sacado tanto barro?

El cachorro lamió la cara de Josh.

—No lleva collar —comentó Darcy—. ¿Crees que será de alguna de estas casas?

—Por el barro, parece que viene de muy lejos.

—Vamos a dejarlo en la calle para ver si cojea —propuso Darcy.

Josh asintió y los dos salieron del coche. Una vez en la acera, dejaron al animal en el suelo y lo observaron. El cachorro parecía cansado, pero no herido. Tampoco parecía que quisiera alejarse de sus dos nuevos amigos.

Llamaron a varias puertas y preguntaron a varias personas que pasaban por la calle, pero no tuvieron suerte. Darcy se arrepentía de haberse puesto tacones. Se apoyó en el todo terreno, agotada. El cachorro lloraba dentro del coche, mientras Josh seguía interrogando a los transeúntes.

Darcy se quitó el zapato derecho, que le hacía daño, y se sintió aliviada al instante.

—Deberíamos llamar a la Sociedad Protectora de Animales —dijo.

—No vivo muy lejos. Vamos a mi casa a hacer las llamadas. Hay varias asociaciones que se dedican a buscar casa a los perros abandonados.

Darcy asintió y entró en el coche, con el zapato en la mano. Se puso el perro en el regazo y lo acarició durante el camino.

—Voy a llamar a Ginger y a Billy para decirles que vengan a mi casa. Pediremos comida a domicilio —dijo Josh mientras aparcaba.

Tomó al perro en brazos para entrar en su casa, una elegante mansión victoriana dividida en tres pisos. Darcy lo siguió. Recordó haber admirado el gran magnolio del jardín y la puerta verde, con su reluciente picaporte de bronce en forma de águila. No sospechaba que fuera allí donde vivía Josh. Le sorprendía no habérselo encontrado nunca en los dos años anteriores.

Josh abrió la puerta delantera y otra del recibidor, y subió dos tramos de escaleras hasta llegar a su casa. Una vez allí, encendió la luz.

El vestíbulo estaba iluminado con una araña de cristal. En el salón, a la derecha, había dos sofás a los lados de una gran chimenea. Un precioso paisaje marítimo colgaba sobre la repisa de

mármol. Un biombo oriental dominaba una pared.

—Qué casa tan bonita —comentó Darcy.

—La alquilé amueblada —contestó Josh—. y no me hace mucha gracia ese biombo. Las cigüeñas tienen el cuello demasiado corto. Vamos a la cocina a buscar algo de comer para el perro. Parece que tiene hambre.

El animal lo miró agradecido, como si hubiera entendido que le iban a dar comida. Darcy miró las cigüeñas. En su opinión estaban proporcionadas. Aquello le recordó que no resultaría fácil trabajar con Josh.

La cocina era larga y estrecha, con el suelo embaldosado en blanco y negro. Josh dejó al cachorro sobre las baldosas y llamó a su hermana para informarla sobre el cambio de planes. Después abrió la nevera para inspeccionarla. Darcy se sentó a la mesa, con la guía telefónica, para buscar el teléfono de la Sociedad Protectora de Animales. Cuando Josh terminó de hacer su llamada, ella tomó el teléfono.

—No contestan —le dijo—. Parece que no abrirán hasta el lunes.

—Intenta llamar a los veterinarios de Georgetown —propuso Josh, subiéndose las mangas.

Darcy se fijó en sus fuertes y bronceados antebrazos antes de bajar la vista para buscar más teléfonos. Marcó uno de ellos.

—No abren hasta mañana a las once —comunicó a Josh mientras sonaba el mensaje del contestador—. Hemos encontrado un perro perdido —dijo después cuando sonó la señal—. Es un cachorro de color negro, con una pata delantera blanca. Si conocen a los propietarios, por favor llamen a este teléfono.

Dejó el número de Josh y colgó. Josh sacó una hamburguesa congelada y la metió en el microondas.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó.

Antes de que Darcy pudiera contestar le entregó una botella abierta, dejó otra para él encima de la mesa y se inclinó para acariciar al perro.

Darcy lo observó con curiosidad. No se lo había pensado dos veces a la hora de meterse debajo del coche para rescatar al perro, y sin embargo no parecía necesitar en su vida alguien a quien amar. Recordó el extraño comentario sobre la gente que acumulaba objetos sin valor y se preguntó si habría alguna mujer con la que

desearía haberse casado, y si se arrepentía de no haberlo hecho. Un amor perdido que añoraba.

Se levantó para leer las instrucciones del paquete de hamburguesas y pulsó unos botones del horno.

—Faltan un par de minutos —explicó.

La cocina estaba inmaculada, igual que el resto del piso, o por lo menos la parte que Darcy había visto. Después de los comentarios sobre el caos de su despacho, Darcy tenía curiosidad por conocer el entorno de aquel hombre. Pero no le parecía justo, porque era evidente que él podía permitirse el lujo de tener una asistenta. Además, al ser soltero, era probable que no pasara demasiado tiempo en su casa. Tragó saliva. En Washington había una cantidad considerable de mujeres ricas y bien parecidas, en busca de marido. Ella no tenía por costumbre salir de cacería, pero sabía que un hombre como Josh sería una buena captura. De modo que no le sorprendería que revolotease de una mujer a otra, cenando en restaurantes caros, yendo a locales nocturnos exclusivos y…

Se reprendió. Aquello no era asunto suyo. El perro engulló la hamburguesa y expresó su gratitud con unos sonidos muy elocuentes. Darcy sacó una silla y se sentó junto a Darcy.

—En mono, ¿verdad?

—Sí —contestó ella, sonriente—. Aunque sería más mono si tomara un baño.

—Primero dejaremos que se tranquilice un poco. Ya ha tenido un día bastante duro —se volvió para mirarla—. Llevas un traje muy bonito. Espero que se pueda lavar. Vamos a intentar limpiarlo un poco.

Sin pensarlo, se inclinó sobre ella y le pasó la mano por el pecho para sacudirle la ropa. Darcy se sorprendió deseando que no moviera la mano tan deprisa.

Lo sujetó antes de derretirse. Lo tenía tan cerca que podía oler su loción para después del afeitado. Era la misma que había olido en el coche. Se dio cuenta de que Josh se había sonrojado al darse cuenta de lo que había hecho.

—Creo que debería ir a casa a cambiarme —murmuró, soltando su mano y levantándose.

Josh se levantó con ella. Se quedó a unos centímetros. El espacio que los separaba estaba cargado de tensión.

Darcy respiraba agitadamente, pero era incapaz de controlarse. Josh se miró la mano, miró después el pecho de la mujer y apretó los labios. Darcy tuvo la alocada idea de que deseaba volver a tocarla. Y tuvo el impulso, más alocado aún, de guiarle la mano. Afortunadamente, fue capaz de contenerse.

Horrorizada por el rumbo que tomaban sus pensamientos, se apartó bruscamente y se sujetó al respaldo de la silla más cercana.

—Espera —dijo Josh. tomándola de la mano—. Sólo intentaba sacudirte el barro. Ven conmigo.

Apretó su mano para conducirla por el pasillo. hacia el dormitorio.

Darcy tenía la impresión de que su conducta había sido tan transparente que Josh se había dado cuenta de que lo deseaba.

—Esto es ridículo —protestó—. ¿Qué haces?

Hablaba con normalidad, a pesar de lo incómoda que se sentía. Le parecía absurdo estar en el dormitorio de aquel hombre con él. Era un gesto romántico que quedaba fuera de lugar.

—Espera a ver esto —dijo Josh, volviéndola hacia el espejo del tocador.

Dos pisadas llenas de barro decoraban su pecho. Se las tapó con las manos, de forma instintiva.

—Oh, no —gimió—. Parece como si…

—Era lo que quería demostrarte —dijo Josh, riendo.

—No tiene ninguna gracia —protestó Darcy, cohibida.

No sabía qué hacer con sus sensaciones. El cuerpo le pedía más, pero la lógica la instaba a detenerse mientras fuera dueña de sus actos.

—No deberías bromear así con mujeres a las que ni siquiera conoces —protestó, pensando en lo bien que quedaban juntos en el espejo—. ¿Por qué me miras con esa cara?

Josh dejó de reír y se pasó la mano por el pelo.

—Vamos, Darcy, sí que nos conocemos. Y me parece que la broma te la ha gastado el perro. ¿Por qué no te tranquilizas? Mandaré tu vestido a la tintorería.

—No es necesario, gracias. Es de algodón, y se puede lavar a máquina. Tomaré un taxi y me iré a casa a cambiarme.

—Podemos lavarlo aquí antes de que lleguen Billy y Ginger. Mi futuro cuñado es muy raro, y si viene y no te encuentra aquí se hará

más reservado de lo que ya es.

—Entonces déjame una camisa, y me la pondré encima del vestido.

No estaba dispuesta a deambular por la casa en ropa interior. Aunque debía reconocer que la idea le resultaba excitante. Su corazón se aceleró.

Se imaginó desnuda, al lado de Josh.

—Vamos a echar otro vistazo a los desperfectos —dijo Josh, colocándose frente a ella.

Darcy era plenamente consciente de la mirada de sus ojos marrones, que recorría su pecho. Era como si pudiera atravesar el tejido. Josh volvió a apretar la boca.

De repente, el perro ladró desde la cocina, devolviéndola a la realidad.

—Bueno, ¿me dejas una camisa?

Josh guardó silencio durante un momento, mientras la miraba intensamente.

—De acuerdo —dijo, abriendo la puerta del armario—. Sírvete tú misma. Voy a pedir una pizza. ¿La quieres con o sin anchoas?

—Sin anchoas —contestó Darcy, mientras examinaba el contenido del armario.

Una larga hilera de camisas, muchas de ellas envueltas en el plástico de la tintorería, colgaba de la barra. Eligió una de color azul claro y se la puso. Mientras se la abrochaba examinó sus alrededores. No pudo evitar fijarse en la enorme cama, con el edredón azul marino.

Se preguntó si Josh dormiría desnudo, o si un Cartwright usaría pijama de seda. No se atrevía a buscar por los cajones, de modo que volvió a su idea original. Probablemente dormía desnudo; era lo que prefería pensar. Antes de cerrar la puerta del armario, vio sus trajes de chaqueta, y se recordó que era probable que uno solo de aquellos trajes fuera más caro que toda la ropa que ella poseía. No tenían absolutamente nada en común. Sin embargo, todo en la habitación le gustaba.

Miró por última vez a su alrededor, absorbiendo todos los detalles. Por lo visto Josh tenía tiempo para leer, a juzgar por la pila de libros que tenía en la mesilla de noche. Además, sus gustos literarios eran parecidos; ella había leído algunas de aquellas

novelas.

Volvió a la cocina. El perro estaba dormido, encima de un gran cojín, como si no tuviera preocupaciones en el mundo.

—Qué guapa estás —comentó Josh al verla aparecer.

En aquel momento sonó el timbre. Josh corrió a abrir la puerta.

—Entrad. La pizza está de camino. He pedido todas las variedades posibles, así que todo el mundo estará satisfecho.

Bill era un hombre atractivo, de modales exquisitos, que encajaba perfectamente con los Cartwright. Estrechó la mano a Josh y miró a Darcy con una sonrisa.

—Ginger me ha hablado mucho de ti. Estamos encantados con la boda que nos estás preparando. Por cierto, la fotografía tuya que publicaron en la revista no te hacía justicia.

Darcy calculó que debía de rondar los treinta años. Estaba lleno de energía, pero sus ojos se movían demasiado.

—Tu prometido es muy simpático —comentó Darcy a Ginger.

—¿Verdad que sí? ¿Entiendes ahora por qué me enamoré de él tan deprisa? ¿Y ese conjunto tan elegante que llevas? ¿Es el último grito en las pasarelas de París?

Darcy le explicó, riendo, cómo se había ensuciado el vestido.

—Si quieres te lo lavo —ofreció Ginger—. Estará seco antes de que llegue la pizza.

Darcy fue al cuarto de baño, se quitó el vestido y se volvió a poner la camisa. Ginger, que la esperaba en el pasillo, se llevó el vestido al cuarto de la lavadora. Pronto, Darcy oyó la máquina que giraba.

Cuando volvió a la cocina. Josh la miró con aprobación.

—Esa camisa te sienta muy bien —dijo.

Darcy lo miró durante un instante antes de apartar los ojos de él. Se recordó que aquel hombre era Josh Cartwright, un mujeriego empedernido con mucha práctica en las conquistas. El hecho de que lo admirase por su conducta con el perro no borraba el resto de sus sospechas. Carecía de valores. Él mismo había advertido a George que las mujeres de su clase social servían para una aventura pasajera, pero no para una relación estable.

También demostraba su clasismo en su relación con Billy. No reía y bromeaba con él: ni siquiera charlaba con él normalmente.

El repartidor de pizzas llamó a la puerta, y Josh fue a abrir con

la cartera en la mano. Ginger había puesto la mesa del comedor con platos de porcelana y servilletas, y había encendido un par de velas. Darcy no había pensado jamás que alguien comiera pizza fuera de la mesa de la cocina, con servilletas de papel y con platos baratos..

—Bueno, Billy, ¿estás dispuesto a ir en busca de tu novia montado en camello? —preguntó Darcy cuando se sentaron a comer.

—Sería capaz de montar un toro salvaje con tal de casarme con Ginger —contestó, haciendo sonreír a su prometida.

—¿Verdad que es romántico? —preguntó Ginger.

Josh alzó la vista.

—Eso me recuerda que Billy y yo tenemos una conversación pendiente —puso un par de anchoas en su trozo de pizza y dejó las cebollas a un lado, en el plato—. Cuando terminemos de comer, me gustaría hablar contigo —añadió, mirando a su futuro cuñado.

—De acuerdo —contestó Billy, de buen grado—. ¿De qué quieres hablar?

—Podríamos empezar por la lista de invitados.

Josh contestó con educación, pero Darcy reparó en su tono desconfiado.

—¿Por qué no invitamos a vuestros parientes de Australia? —preguntó Billy con entusiasmo—. Me gustaría conocerlos. A lo mejor nos traen un canguro de regalo de bodas. ¿No sería divertido?

Ginger rió, pero Darcy se fijó en la expresión de Josh. Parecía irritado, como si pensara que Billy sólo tenía en mente los regalos.

—Bueno, si es hembra podéis usarla de maleta —comentó Darcy, para aliviar la tensión.

Billy y Ginger se pusieron a bromear sobre las posibles utilidades de la bolsa de un marsupial. No dijeron nada demasiado divertido; sólo pasaban el tiempo de forma agradable. Pero Josh no se unió a ellos en las bromas. Tampoco comió gran cosa.

—Tengo que irme —dijo Billy, levantándose—. He prometido a mi hija que la ayudaría en un trabajo del colegio.

La mandíbula de Josh se tensó. Dejó el tenedor en el plato y se limpió con la servilleta.

—Pero no tiene que entregarlo hasta la semana que viene —protestó Ginger.

Guardó silencio en cuanto reparó en la mirada de complicidad que le lanzaba su prometido. Billy le tendió el bolso, y Ginger se levantó rápidamente.

—Te llamaré para ver qué hacemos con las alfombras, las carpas y todo eso —dijo Ginger a Darcy—. Espero que encontréis a los dueños del perro. Muchas gracias por la pizza, Josh.

Se movió como un huracán, recogiendo los platos como si fueran de plástico barato para introducirlos en el lavaplatos.

Josh se levantó lentamente. Parecía irritado.

—Bueno, Billy, ¿cuándo vamos a hablar? Siempre tienes algo que hacer, pero no podemos aplazar esta conversación indefinidamente.

—Ya hablaremos, ya hablaremos —contestó Billy, evasivo—. Va a ser un placer trabajar contigo —añadió dirigiéndose a Darcy—. Espero volver a verte pronto.

Cuando la pareja se marchó, Josh maldijo entre dientes, con la puerta abierta, como si fuera a correr tras ellos, pero por fin cerró.

—Bueno, ya lo has conocido —dijo volviendo a su silla.

El corazón de Darcy se encogió. Josh tenía la expresión de un niño enfadado, con el ceño fruncido y los hombros encogidos. Quería acariciarlo para consolarlo, decirle que su hermana era una mujer adulta y que sabía lo que hacía. No podía responsabilizarse de ella durante toda la vida. Pero Josh parecía inalcanzable.

Siguió sentado, en silencio, mientras se comía la pizza con el ceño fruncido. Darcy también comió en silencio. Le gustaría ser capaz de ahuyentar las preocupaciones de Josh.

—Billy tiene diez años más que Ginger —dijo Josh al fin—. Está divorciado y tiene dos hijos.

—Eso no tiene nada de raro —observó Darcy.

—Tiene que pagar la manutención de sus hijos —dijo Josh con desprecio—. Sin duda, necesita dinero. Montones de dinero.

Darcy sabía que, para Josh, Billy Melrose sólo iba detrás del dinero de su hermana. Pero también había pensado lo mismo de ella, y tal vez siguiera haciéndolo. Ella no tenía el mismo concepto de Billy. Estaba segura de que amaba a Ginger, independientemente de su fortuna, pero los ricos siempre sospechaban de la gente que tenía menos dinero, sobre todo cuando había un matrimonio por medio.

Al oír que la lavadora terminaba de centrifugar, Darcy se levantó.

—Ah, ya está limpio el vestido. Ahora voy a meterlo en la secadora.

—Es una secadora bastante antigua. Tengo que enseñarte a usarla —dijo Josh, siguiéndola—. Este aparato es un verdadero dinosaurio. Si tuviera intención de quedarme mucho tiempo en esta casa, insistiría en que la cambiaran.

—No te preocupes. Voy a sacar el vestido —dijo Darcy incómoda, abriendo la lavadora.

Josh estaba muy cerca. Podía aspirar su respiración, que olía a orégano, y sentía su mirada en la nuca. Su corazón empezó a latir a toda velocidad. Deseaba apoyar la espalda contra su pecho.

Josh se acercó más aún. Pasando un brazo por encima del hombro de Darcy, sacó el vestido de la lavadora. Al sentir su contacto, Darcy fue incapaz de apartarse.

—Verás —dijo Josh, dirigiéndose a la secadora—. Hay que apretar este botón mientras se abre la puerta.

Cuando se apartó de ella, Darcy se sintió vacía. Su cuerpo le pedía que volviera al calor del hombre. Sin embargo, se alejó para dejarle sitio. Josh tenía su vestido en la mano, y la visión de aquella prenda entre sus dedos resultaba tan íntima que le aceleraba la respiración. Consiguió apartarse unos centímetros.

Josh introdujo el vestido en la secadora y cerró la puerta. Ahora Darcy podía respirar con más facilidad, y poner fin a la tensión saliendo del diminuto cuarto. Pero en vez de volver a la cocina, Josh se volvió hacia ella, sonriente. Al sentir su mirada, Darcy tuvo la impresión de que se le doblaban las rodillas.

—Esta secadora tiene otro problema —dijo Josh—. Es muy rápida, pero como el tambor gira muy deprisa, puede romper la ropa si no se mantiene vigilada.

Darcy apenas lo escuchaba. Las palabras no tenían importancia. Sabía que Josh quería besarla. Se humedeció los labios de forma inconsciente.

Josh se inclinó y rozó sus labios. El beso fue demasiado rápido, casi terminó antes de empezar. Darcy quería seguir, pero a pesar de que Josh respiraba con pesadez, pulsó un botón de la secadora. Darcy estaba segura de que volvería a besarla, pero aquello no la

preparó para su pasión cuando por fin lo hizo.

Podía sentir el corazón de Josh contra el suyo, mientras se abrazaban. El deseo la consumía, y se daba cuenta de que a él le ocurría lo mismo. Cuando se apartó de ella para poner en marcha la secadora. Darcy pensó que debía aprovechar la oportunidad para salir de allí, pero estaba paralizada.

Josh cerró los ojos y la abrazó fuertemente, apoyándola contra la secadora, que se puso en marcha con un zumbido. Darcy notaba las vibraciones de la máquina en la espalda. Se estremeció, y él la apretó con más fuerza. Tenía la respiración entrecortada.

Vio la ternura en los ojos de Josh, junto con una alarmante necesidad de complacerla.

—Me alegro mucho de haber vuelto a verte, Darcy —susurró—. Siento que hayas tenido que conformarte con una pizza.

Ella quería apartarse, pero sólo consiguió acercarse más a Josh. Subió una mano y la pasó por sus labios, lentamente. Él cerró los ojos y le besó los dedos, que vibraban al ritmo de la secadora. Estaba a punto de incorporarse para besarlo cuando la secadora se detuvo, devolviéndola a la realidad. Se daba cuenta de que aquello era una verdadera locura, sobre todo teniendo en cuenta con quién estaba. Intentó apartarse, pero Josh la retuvo.

—Darcy, somos dos personas adultas…

Ella se apartó, interrumpiendo el abrazo. Se sentía profundamente cohibida por lo que había disfrutado de aquel momento.

Josh no volvió a retenerla; se apartó para dejarla pasar.

Darcy volvió a la cocina. El perro estaba dormido, con las patas delanteras estiradas. Se agachó para acariciarlo, intentando no pensar en lo mucho que deseaba a Josh. Estuvo a punto de levantarse para volver con él, pero se agachó de nuevo. Tenía que poner fin a aquella locura.

Al cabo de unos minutos, cuando Josh salió con su vestido, su corazón se desbocó de nuevo.

—Gracias —dijo, levantándose para tomarlo.

—¿Estás segura? —preguntó él, mirándola a los ojos fijamente.

No lo estaba, pero entró en el servicio y cerró la puerta. Mientras se ponía el vestido, que conservaba el calor de la secadora, creyó oír los pasos de Josh, que se acercaban. Su corazón se

desbocó.

Contuvo la respiración, pero él no llamó a la puerta. Terminó de vestirse y se alisó la falda delante del espejo.

Cuando por fin salió del servicio, Josh la siguió en silencio a la puerta de la casa.

—Mañana tendremos que seguir buscando a los amos del perro —comentó.

Cuando sus ojos la recorrieron, transmitiéndole un mensaje que no tenía nada que ver con el animal, Darcy tuvo que esforzarse para no salir corriendo.

4

El control sobre sus necesidades físicas proporcionó a Darcy una sensación de triunfo que seguía sintiendo al día siguiente. El hecho de haber disfrutado con la cercanía de Josh la incomodaba, pero no se había dejado seducir, y estaba orgullosa de su fuerza de voluntad. No volvería a bajar la guardia.

Llamó a los abogados de Phoenix y descubrió que otros compradores habían entrado en escena. Dos de ellos habían presentado ofertas considerables.

Colgó el teléfono descorazonada. La ferretería estaba situada en una buena zona, y su precio era bastante alto. Un hotel cercano había revalorizado aquel barrio. Cuando el padre y la tía de Darcy eran pequeños, los edificios que rodeaban la ferretería no existían. En su lugar crecían los cactos.

A juzgar por lo que le habían dicho, en la tienda vendían un poco de todo: los artículos de ferretería habituales, tejidos, grano y utensilios para los caballos. Pero la depresión económica azotó a la familia, y su abuelo tuvo que vender la tienda a un empresario. Siempre deseó recuperarla, y sus dos hijos le prometieron que lo harían. Cuando hablaban de la ferretería, Darcy imaginaba días llenos de sencillos placeres. Ella también deseaba vivirlos.

Llamó a su padre, a pesar de que odiaba la idea de darle la mala noticia. Ralph intentó ocultar sus problemas respiratorios con una risa, pero se puso a toser de forma incontrolable.

—Ya sé que gastasteis mucho dinero por mi culpa —dijo refiriéndose a la boda.

—Nos lo has devuelto de sobra, Darcy.

—Pero en ese tiempo ha subido mucho el precio. Tenemos que entrar en acción, y no nos queda mucho tiempo. Acabo de llamar al abogado, y me ha dicho que tienen dos compradores bastante serios.

—Así que tendremos que ofrecer más aún. No sé de dónde vamos a sacarlo. Ni siquiera con los ahorros de June reuniríamos la mitad de lo que necesitamos. Y además tenemos que ocuparnos del tío Albert. Su residencia es bastante cara. Por si fuera poco, es posible que no consigamos beneficios con la ferretería.

—Yo creo que sí. Conoces el negocio. Voy a ir al banco esta mañana.

—No te esfuerces tanto. Estoy hablando con un par de personas que podrían estar interesadas en invertir en el negocio, así que es posible que consigamos la financiación por otro lado.

Cuando colgó el teléfono, Darcy pensó en lo deprimido que parecía su padre. La perspectiva de tener socios en el negocio no le hacía demasiada gracia. A los cincuenta años necesitaba nuevos retos, algo a lo que pudiera dedicarse quizá durante el resto de su vida. Darcy marcó el teléfono del banco.

El director de la sucursal le dio una cita. Después de efectuar las modificaciones necesarias en el informe, lo imprimió, lo metió en una carpeta y se fue al banco, esperanzada.

El despacho del señor Waters era muy clásico; sólo desentonaba una colección de ranas de madera, hierro y cristal.

—Me encantan estas ranas —comentó Darcy—. ¿Hace mucho que las colecciona?

El director de la sucursal hizo caso omiso de su intento de entablar conversación.

—De modo que quiere pedir un préstamo, ¿no es así, señorita Blair? ¿Ha traído la información que le he pedido sobre su empresa?

Darcy le entregó el documento, con la esperanza de que el margen de beneficios de Dreams Inc., aumentado ahora gracias a la cuenta de Cartwright, le pareciera satisfactorio.

—Nos va muy bien —le dijo—. Hace poco publicaron en una revista un artículo sobre las bodas que organizamos. Tenemos previsto un crecimiento…

—Lo que interesa al banco es el estado actual de la empresa —interrumpió el señor Waters—. Déjeme examinar estas cifras, por favor.

Mientras leía el informe y tomaba notas en el ordenador, Darcy se puso a contar las ranas. Eran treinta y nueve. Las verdes le gustaban más que las negras, y la más grande de todas le recordaba a su propietario, que tenía la mandíbula ancha y los ojos saltones. Avergonzada, miró por la ventana. El magnolio estaba cargado de flores, que se recortaban contra el cielo azul. Su padre le había hablado del árbol de pomelos que su abuela había plantado junto a

la tienda, en Phoenix, y del agua que sacaba del manantial para regarlo. Nunca dió fruta. Darcy pensó que algún día su padre plantaría otro árbol de pomelos en el mismo lugar, en honor a su madre.

—Me temo que mi opinión sobre el préstamo no ha variado —dijo el banquero, levantando la mirada.

En otras palabras, no le podía conceder un préstamo basándose en el volumen de negocios actual. Cuando salió del despacho, Darcy odiaba las ranas.

De vuelta en el trabajo, Darcy se encontró a su tía June muy pálida, sujetándose la muñeca. Aquello significaba que le dolía. No quería complicarle más la vida con malas noticias.

—Parece que te molesta la artritis, tía June. ¿Por qué no te vas a casa?

—No puedo. Tenemos que servir en el cóctel jamaicano —contestó, llevándose la mano a la nuca.

—No te preocupes. Iré yo en tu lugar —la empujó suavemente, acallando sus protestas—. Las fiestas tropicales siempre me ponen de buen humor. Pienso en playas de arena blanca, en loros de colores, en palmeras y cocoteros…

Recitó lo que había pensado muchas veces, pero lo cierto era que en aquel momento no le llamaba la atención la idea de una fiesta tropical.

—Josh Cartwright al teléfono —dijo Amy por el interfono.

El corazón de Darcy dio un vuelco.

—¿Qué tal está el perro? —preguntó.

Josh rió.

—¡Vaya forma de saludarme! Estoy muy bien, gracias. Y nuestro amigo también. Aún no he descubierto quiénes son sus amos. ¿Sabes? Anoche durmió conmigo, en mi cama. Creo que te echa de menos.

Una imagen de Josh, desnudo en la cama, llenó el pensamiento de Darcy.

—¿Sigues ahí? —preguntó él al ver que no contestaba.

—Perdona. Estaba intentando pensar dónde más podíamos intentarlo. Tal vez debamos poner un anuncio en el periódico.

—¿Quieres que lo haga?

—No te preocupes, puedo hacerlo yo. Voy a llamar

inmediatamente. Hasta luego.

Colgó apresuradamente, pero el teléfono volvió a sonar casi al instante.

—Hola, soy yo otra vez. ¿Estás libre esta noche?

—No. Tengo que ir a una fiesta jamaicana. De hecho, tengo toda la semana ocupada.

—Al perro le gustaría verte —dijo Josh con un suspiro.

—Dile que yo también lo hecho de menos.

—De acuerdo. Lo haré —guardó silencio durante largo rato antes de seguir hablando—. Diviértete en la fiesta.

Cuando colgó el teléfono, Darcy pensó que Josh parecía verdaderamente decepcionado. Sonrió y se pasó la mano por el pelo, soñando despierta, hasta que recordó que tenía mucho trabajo que hacer. No tenía tiempo que perder fantaseando con un apuesto hombre que la consideraba una especie de reto. Estaba segura de que llamaría a una mujer tras otra, hasta que alguna quedase con él. Recordó que se había dedicado a coquetear con ella cuando estaba prometida con George. A veces saltaba de la silla para ir a buscarle una bebida. Se sentía halagada, hasta que George le dijo que era un mujeriego.

Era un hombre que disfrutaba con la cacería, con el coqueteo. Tendría que aprender a aceptar un no por respuesta.

La esquiadora que quería casarse en la nieve llamó por teléfono. Parecía que la boda iba a salir adelante. Darcy se animó considerablemente. Aún no habían acordado el presupuesto, pero una perspectiva era mejor que nada, y la llamada demostraba el interés de la mujer. También recibieron dos encargos nuevos para fiestas. No pagaban tanto como en las bodas, pero por lo menos ya estaba cubierto el alquiler del mes siguiente, y la lista de clientes de Dreams Inc., iba aumentando.

El viernes por la noche, después de rechazar una invitación a cenar de Martin, se fue a la cama, pensando en Josh, que estaría durmiendo con el perro. La había llamado un par de veces durante la semana para decirle que aún no habían aparecido los amos. Pero siempre había elegido los momentos más inadecuados para llamar, de modo que fue amable pero cortante con él.

El sábado por la mañana sonó el teléfono, despertando a Darcy.

Era Josh.

—Lo he bañado y está muy guapo. Me refiero a nuestro perro.

—¿Nuestro perro? —repitió, apoyándose en la almohada—. ¿Tiene alguna herida?

Miró el despertador, soñolienta. Eran las siete de la mañana.

—No. Está muy delgado debajo de todo ese pelo, y parece que no es la primera vez que lo bañan, porque no le importaba. Esta mañana se niega a comerse la comida enlatada, así que voy a comprarle comida fresca.

—Me alegro de que le vaya bien. Puse el anuncio. Si quieres, volveré a llamar a los veterinarios y a todos los sitios que se me ocurran.

—Estupendo. Después de comprar la comida, me pasaré a buscarte, y puedes hacer las llamadas desde aquí.

—Eso no es… —empezó a protestar.

Pero no pudo terminar. Quería ver al perro. Y a Josh. Tenía varias dudas sobre la boda. No tenía nada más que hacer aquel día, y le gustaría salir de su piso.

—De acuerdo. Estaré lista en una hora.

Cuando colgó el teléfono, se levantó y se acercó a la ventana. El día era muy bonito. Los jacintos y los tulipanes alegraban el paisaje, y los pájaros cantaban. Contenta de no haber desperdiciado la mañana durmiendo, empezó a prepararse, pensando en la voz aterciopelada de Josh y en lo mucho que se preocupaba por el perro.

En la ducha, bajo el chorro de agua templada, estaba deseando ver a Josh. Quería tocarlo, tomarlo de la mano, asegurarle que la boda de Ginger saldría bien y que no debía preocuparse demasiado por Billy.

Salió de la ducha y encendió el secador de pelo. Se dijo que debía limitarse a hablar de la boda y el perro. Sólo así conseguiría evitar salir herida.

Josh ocupaba sus pensamientos hasta tal punto que había olvidado oír los mensajes del contestador cuando volvió a su casa el día anterior por la noche. La luz del aparato parpadeaba, y Darcy pulsó el botón.

Había un mensaje de Antonio Constantino, un amigo de la familia que tenía una tienda de alfombras, al que había llamado

para hablar de la posibilidad de alquilar alfombras de estilo oriental para la boda de Ginger. Antonio era el mejor amigo de su padre y su padrino extraoficial.

—Ven el sábado a las siete y media, cuando esté la tienda cerrada —le decía—. No quiero que nadie se entere de que he alquilado alfombras.

Darcy estaba encantada. Antonio Constantino, el propietario de la mejor tienda de alfombras de Washington, iba a romper sus normas. Las alfombras orientales la habían fascinado desde que fue por primera vez a la tienda de Antonio y vio su gran variedad y colorido. Aunque Josh no había hablado de alquilar las alfombras, sabía que comprarlas sería un derroche, aunque el presupuesto de los Cartwright fuera ilimitado.

Cuando Josh llamó a su puerta, estaba preparada. Llevaba unos vaqueros y una camisa roja, con un jersey azul por encima de los hombros. Josh sonrió y le abrió el coche, charlando sobre el perro.

—Volvió a subirse a la cama en mitad de la noche —comentó—. Creo que te echaba de menos.

El corazón de Darcy dio un vuelco, a pesar de que se advirtió que Josh estaba especializado en derrochar encanto.

Sólo vivía a media hora en coche de su casa. Mientras subía los escalones. Darcy era dolorosamente consciente del contraste que había entre sus casas. La de Josh estaba en el barrio más rico. La casa contigua había pertenecido a un famosísimo millonario. La que había delante pertenecía a un acaudalado senador. Aquel barrio estaba en todas las guías turísticas; sin embargo, el barrio en el que ella vivía era la tierra de nadie, donde jamás había puesto el pie ninguna personalidad.

Josh sacó sus cartas de un buzón de bronce, en el recibidor de mármol. El brillo de la araña de cristal le recordó que aquella casa era una telaraña que atraía a gente como ella. Nunca debía olvidarlo. Se aseguró que, de no ser por el perro, no estaría allí. Como lo habían encontrado juntos, compartían la responsabilidad.

Cuando entraron en el piso, el cachorro corrió a recibirlos entusiasmado.

—Encontraremos pronto a tus dueños —dijo Darcy, acariciándolo—. Estás muy guapo.

—Si no aparecen sus amos, ¿te gustaría quedártelo? —preguntó

Josh.

Darcy lo miró sorprendida.

—Me encantaría, pero en mi casa no permiten tener animales.

En cuanto acababa de hablar, sonó el timbre. Josh abrió la puerta.

—Darcy, te presento al administrador del edificio. ¿Ocurre algo?

—Creo que hay un problema —contestó el administrador, señalando al perro con la mirada—. Ya conoce las reglas del edificio, señor Cartwright.

—El perro no vive aquí. Sólo está esperando a su dueño.

Josh le explicó cómo lo habían encontrado y los esfuerzos que estaban haciendo para averiguar a quién pertenecía.

—Será mejor que salga de aquí hoy mismo —dijo el administrador—, o tendré que aplicar la norma número tres.

—¿La norma número tres? —preguntó Darcy cuando se marchó el hombre—. ¿Qué significa eso? ¿La expulsión del perro, la del inquilino o la de ambos?

—Probablemente las dos cosas, además de un soborno considerable. Es demasiado temprano para empezar a hacer llamadas. Vamos a tomar un café.

Entraron en la cocina y pusieron en marcha la cafetera. Pronto, el delicioso aroma del café llenó la habitación. Darcy se sentó, con el perro en brazos. Olía a champú. No recordaba haber acunado nunca a un perro, pero le parecía algo muy normal, en aquel momento.

A la luz del día, la cocina de Josh mostraba su toque personal. Había montones de platos de papel, un corcho con números de teléfono de restaurantes que servían comida a domicilio, un programa pasado de fecha de la orquesta sinfónica de Washington, una raqueta de tenis, unas gafas de sol y un montón de monedas.

—He llamado a Ginger y Billy para invitarlos a venir, pero ese tipo es muy esquivo —suspiró, frunciendo el ceño—. Esta mañana tiene que llevar a su hijo a un partido de béisbol. Yo creía que los padres divorciados no veían a sus hijos con mucha frecuencia, pero Billy parece estar con ellos continuamente.

—Seguro que le gusta ser padre —comentó Darcy.

—Desde luego. Ginger quiere tener por lo mínimo tres hijos. Será la familia que nunca tuve. Pero es demasiado joven para…

Se sentó y removió su café con tanta fuerza que estuvo a punto de volcar la taza.

—¿No te gustan los niños? —preguntó Darcy.

No entendía que un hombre que era capaz de desvivirse por un perro callejero no entendiera la necesidad de Billy de estar con sus hijos.

Josh suspiró, pensativo. Abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión.

—No me importaría tener la casa llena —dijo al cabo de un rato, cuando Darcy empezaba a pensar que no contestaría.

Lo dijo con un tono excesivamente despreocupado, de forma que resultara difícil decidir si bromeaba. Pero a juzgar por lo que había dicho de Ginger un momento atrás, Darcy sospechaba que Josh no quería hijos.

—Voy a llamar a la Protectora de Animales —dijo Josh, levantándose para tomar la guía telefónica.

Mientras Josh hacía la llamada, Darcy señalaba en la guía los teléfonos de veterinarios y tiendas de animales. Se turnaron para llamar, con muy poco éxito. Cada vez que Josh se apoyaba en la encimera, Darcy sentía el impulso de apoyarse en él. Aquel hombre rezumaba sexo incluso cuando no intentaba coquetear. Probablemente aquél era uno de los motivos por los que George lo envidiaba. Pensó en preguntar a Josh sobre su amistad con aquel canalla, pero decidió no hacerlo.

—Es posible que el perro venga de más lejos —comentó Josh, ajeno a sus pensamientos—. ¿Por qué no llamamos también a los veterinarios de Virginia y Maryland?

Tomaron las guías de las localidades cercanas y buscaron los números de los veterinarios.

Mientras Josh hablaba con uno de ellos, pidiéndole que por favor preguntara a sus conocidos, porque alguna persona podía estar muerta de preocupación pensando en su perro perdido. Darcy no podía evitar preguntarse por qué aquel hombre renunciaría a la paternidad, por qué no estaría casado.

En cuanto a ella, lo que más sentía de su decisión de no casarse jamás era no llegar a tener hijos.

A George le encantaban los niños, y siempre que podía pasaba tiempo con sus sobrinos. Habían hecho planes de tener tres hijos y

vivir en una casa antigua, con chimenea. La cólera volvió a apoderarse de ella.

Ahora, George estaba hablando con Ginger, en el salón. Darcy hizo un avión con el papel que había utilizado para apuntar los números de los veterinarios y lo lanzó. Cayó con la punta hacia ella. Tomó el avión y lo arrugó. Se sentía culpable por haber creído a George, aunque lo que decía le parecía perfectamente verosímil. Lo amaba por su carácter bromista, y sabía que le gustaba dar vueltas a las situaciones. Pero lo que había hecho con ella era mucho más que una broma pesada.

Todo era agua pasada, pero un agua que seguía provocándole grandes olas de angustia. Sin embargo, no se había ahogado, y jamás volvería a cometer el error de confiar en un hombre aparentemente encantador.

A la una y media del mediodía seguían sin saber a quién pertenecía el perro.

—Tengo cosas que hacer —dijo Darcy—. Voy a llamar a un taxi para ir a casa. El dueño de la tienda de alfombras me ha dicho que puedo ir esta tarde, a las siete y media, para elegir las alfombras que queramos alquilar. No hace cosas así normalmente, así que si Ginger está libre, me gustaría que viniera.

Mientras Josh llamaba a Ginger y le dejaba un mensaje en el contestador, Darcy tomó el bolso y se dispuso a salir corriendo.

—Espera, yo te llevo a casa. No hay motivos para que tengas que ir en taxi. ¿Por qué no nos vamos a comer?

—No puedo. Tengo muchas cosas que hacer.

Salieron al coche. La intensa búsqueda de los propietarios del perro la había ayudado a mantener una relación impersonal con aquel hombre, y se sentía aliviada. No podía dejar de pensar qué habría ocurrido si la otra noche se hubiera dejado llevar por los instintos y hubiera hecho el amor con Josh, pero sabía que aquellos sueños sólo le podían causar problemas.

Josh se detuvo en un semáforo y la miró fijamente. La excitación volvió a apoderarse de ella. Entonces la tomó de la mano y le masajeó la palma fría, calentándola. Darcy apartó la mano, nerviosa.

—Gracias por ayudarme con el perro —dijo Josh.

Darcy no contestó. Sólo podía pensar en lo mucho que deseaba

besarlo.

Al cabo de un rato, sonó el teléfono del coche. Josh paró a un lado y entabló con su interlocutor una discusión sobre un asunto legal.

La expresión de Josh mientras hablaba por teléfono, su postura firme, la forma que tenía de apretar los labios, le recordaron de repente la actitud que había tenido cuando ella, con el vestido de novia puesto, intentaba averiguar el paradero de George.

Se preguntó por qué Josh no habría hecho ninguna referencia a lo ocurrido con su amigo. Seguía sin saber qué había hecho que el hombre al que amaba la abandonase. Probablemente Josh y George seguían siendo amigos. No entendía qué hacía preocupándose por un perro perdido y recorriendo la ciudad con un hombre que estaba relacionado con el que le había hecho aquello. Para empeorar las cosas, se sentía atraída por él.

—¿Te encuentras bien?

No se había dado cuenta de que Josh ya había terminado de hablar por teléfono.

Darcy no contestó. Siguió en silencio, con la vista clavada en el parabrisas, hasta que llegaron a su casa. Cuando fue a abrir la puerta para salir, Josh la retuvo.

—¿Por qué te has puesto de repente de mal humor? —le preguntó, confundido—. ¿Qué te pasa?

—Bueno, es bastante raro que no hayamos hablado de…

—George —suspiró Josh—. Lo he estado pensando.

—Oh.

—Siento muchísimo lo que pasó. Intenté llamar varias veces.

—¿Por qué no me advertiste que George no se iba a presentar en la boda?

Josh parecía incómodo. Se sonrojó.

—No estaba seguro.

—Pero lo sospechabas.

Josh empezó a hablar, pero cambió de opinión. La miró en silencio y se aclaró la garganta.

—Mira, eso pertenece al pasado. No tiene nada que ver con el presente, ni con nosotros.

Al ver que no decía nada más durante cinco minutos infernales, Darcy se dio cuenta de que aquello era todo lo que estaba dispuesto

a decir. Abrió la puerta, maldiciéndolo en silencio, y salió del todo terreno.

—Espera, por favor —dijo Josh.

Darcy se detuvo y lo miró con desprecio.

—Nos vemos en la tienda de alfombras.

5

Josh fue a su bufete, molesto por el interés que Darcy seguía mostrando hacia George. No entendía que no se hubiera dado cuenta de que había tenido suerte. Mientras subía en el ascensor seguía viajando hacia atrás en el tiempo. En la triste fiesta que siguió a la boda que no había llegado a celebrarse, Josh se quedó en la barra, deseando encontrar la manera de consolar a Darcy, de borrar el dolor de su rostro. Recordó el impulso irreprimible que había sentido de pedirle que se casara con él. Se alegraba de no haberse puesto en ridículo. Había estado dando vueltas a la cabeza inútilmente, en busca de algo que decir, pero tenía el cerebro embotado.

Como padrino, se sentía responsable del dolor de Darcy. Debería haberle dicho que, cuando llevó a George a casa, después de la despedida de soltero, lo esperaba una pelirroja en la puerta. Cuando lo vio aparecer corrió hacia él, gritándole que su marido le había concedido el divorcio y que podía casarse.

—Es una broma —le dijo George, guiñándole un ojo.

Sin embargo, la abrazó y entraron en la casa, tan absortos el uno en el otro que se olvidaron de Josh.

El recuerdo de aquel episodio lo enfurecía. Siempre había sabido que George era un hombre de grandes apetitos en lo relativo a la comida, la bebida, el juego y las mujeres, y tal vez por ello no pensó que fuera en serio con aquella mujer. Debería haberse hecho con el control de la situación y haber hablado seriamente con él, para averiguar cuáles eran sus intenciones antes de que la bella e inocente Darcy se preparase para la boda.

Suspiró y frunció el ceño. Recordó lo furioso que se había sentido, con George y consigo mismo.

Tenía la bandeja de correspondencia llena de papeles. Se sentó a la mesa y repasó rápidamente los documentos, firmó un par de informes que había escrito su secretaria, leyó las cartas y recogió el correo electrónico.

Después de examinar los ficheros que le habían dejado sus colaboradores sobre un caso en el que estaban trabajando, se fue a casa, pensando en lo solitaria que podía llegar a ser. La idea de ir a

ver a Darcy a la tienda de alfombras lo alegró.

Cuando salió del edificio de oficinas oyó que alguien lo saludaba. Se volvió y vio a una mujer castaña que corría hacia él. Era Amanda Loch, la mejor amiga de Ginger. La saludó y la besó en la mejilla.

—¿Qué tal van los preparativos de la boda? —preguntó a Josh—. Ginger me ha comentado que la estás ayudando mucho.

Josh sonrió, contento de que su hermana no pensara que se estaba entrometiendo más de lo necesario. Le daba miedo que se enfadase con él por las sospechas que albergaba respecto a su prometido. En ocasiones, pensaba que eran completamente infundadas; no obstante, se sentía en la obligación de asegurarse de que Billy era tan encantador como parecía a simple vista.

Creía conocer bien a Ginger hasta que el año anterior se convirtió en una mujer adulta de la noche a la mañana. Había desarrollado una misteriosa feminidad que no acababa de comprender, y todo estaba relacionado con la elección del amor de su vida.

También Darcy tenía muchas cosas que no podía comprender. Por ejemplo, su gusto para los hombres. No entendía cómo podía haber querido casarse con un hombre como George. Tampoco parecía desconfiar de Billy. Si no veía los defectos de los otros hombres, era poco probable que supiera apreciar las virtudes que él tenía. Podía ofrecerle muchas cosas, pero ella seguía obsesionada con George, y hasta que no resolviera el problema no podría llegar a nada con ella.

Quería hacerle el amor tan apasionadamente que nunca volviera a mirar a otro hombre. Tenía que desnudarla lentamente. Tenía que…

Se dirigió a su casa, contento de que nadie advirtiera su estado.

Una vez en el piso, fue a la cocina, donde había dejado al perro. Lo saludó, le abrió una lata de comida y se volvió hacia el contestador automático.

No había ningún mensaje relacionado con el animal perdido. Se sentó a la mesa de la cocina para examinar el correo. Se preguntó si estaría dando demasiada comida al cachorro. Era probable, pero parecía hambriento.

Él también tenía hambre. Le gustaría tener alguna comida casera

en el frigorífico, pero sus dotes culinarias se limitaban a descongelar comida congelada. Introdujo una rebanada de pan de molde en la tostadora y esperó. Siguió esperando. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que el pan no se calentaba, aunque la tostadora estaba enchufada. Golpeó la máquina contra la encimera, pero no consiguió nada. Maldijo en voz alta. No tenía ni idea de cómo arreglarla, y aquello lo frustraba. Se comió el pan sin tostar, untado de mantequilla, mientras se lamentaba por no haber heredado las habilidades mecánicas de su padre, que era capaz de reparar cualquier cosa, desde un televisor hasta un coche. Si no era capaz de arreglar una simple tostadora, no sabía cómo podía arreglar su vida amorosa; cómo podía hacer entender a Darcy cuánto la deseaba.

De repente, recordó que había quedado para jugar al tenis con Ted Dawson, su socio. Se cambió de ropa, tomó la raqueta y salió corriendo. Dawson y su mujer lo habían invitado a una fiesta aquella noche, probablemente para presentarle a una ingeniera de la que no paraban de hablar. Tendría que encontrar una forma educada de negarse. La condición de soltero sin compromiso tenía sus inconvenientes, y estaba harto de que le concertaran citas.

Lo único que quería hacer aquella noche era mirar las alfombras y después llevarse a Darcy a cenar. No estaba dispuesto a permitir que contestara con una negativa. La había visto dejarse llevar, cuando esperaban a que se secara su vestido. Suspiró al recordar su cuerpo, vibrando bajo sus brazos. Debería haberla tumbado en la secadora, haberla besado y acariciado y haber satisfecho todos sus deseos. La idea de lo que podría haber ocurrido lo excitó tanto que estuvo a punto de meterse en la pista de tenis con el todo terreno.

Cuando terminó de comer, Darcy empezó a arreglar la casa, hasta que se hizo la hora de salir. Rápidamente se puso un vestido de verano, estampado, y salió a toda prisa, para no llegar tarde.

—¡Darcy! Cuánto me alegro de verte. Entra y siéntate —saludó Antonio—. El señor Cartwright estaba preocupado por ti.

Josh estaba sentado, en la tienda.

—Hola —dijo Darcy, extrañada—. Siento llegar tarde. ¿Quién iba a pensar que tardaría veinte minutos en comprar unos sellos? ¿Dónde está Ginger? ¿Qué tal está el perro?

—El perro te echa de menos. Ginger no ha podido venir. Por lo visto tenía que llevar al taller el coche de Billy, porque él tiene trabajo —contestó Josh, sacudiendo la cabeza con disgusto.

—Si prefieren, puedo enseñarles las alfombras el domingo que viene —dijo Antonio, no muy contento—. Sólo por Darcy. Tengo la suerte de conocer a sus padres desde hace mucho tiempo —sonrió, mirándola con cariño—. Era una niña preciosa que cantaba como un pájaro.

Darcy se sonrojó al recordar la época en la que quería llegar a ser cantante.

—¿Quieren ver las alfombras el domingo que viene? —preguntó Antonio.

—Sí, podemos hacerlo—dijo Darcy rápidamente—. Te lo agradezco mucho.

—Un momento —protestó Josh—. Es posible que el fin de semana que viene yo esté fuera de la ciudad, o que Ginger tenga algún compromiso. ¿Por qué no elegimos las alfombras ahora, ya que estamos aquí?

—Muy bien —dijo Antonio.

Los llevó a una gran sala, en la que había montones de alfombras apoyadas en las paredes, y les indicó que tomaran asiento. Darcy y Josh se sentaron en un sofá. Antonio se disculpó un momento y salió de allí.

—Estás muy guapa —dijo Josh, mirando su vestido de colores.

Darcy sonrió, esforzándose para no devolverle el cumplido. Josh estaba arrebatador con la camisa blanca y los pantalones de color caqui.

—Qué frío hace aquí —comentó Darcy.

Josh pasó el brazo por el respaldo del sofá, pero ella se apartó rápidamente.

Antonio volvió con una bandeja de plata y la dejó en la mesita.

—Tenemos que poner al máximo el aire acondicionado para que la humedad no afecte a las alfombras —explicó—, pero si quieres te presto un chal.

—No, gracias, tampoco hace tanto frío —dijo Darcy—. Además, seguro que el té de menta me ayuda a entrar en calor. Huele muy bien.

Antonio asintió y sirvió dos tazas de té.

—Bueno, vamos a empezar. ¿Qué colores preferís?

Josh se volvió hacia Darcy.

—¿Qué te parece a ti?

—Ya que Ginger no está aquí, será mejor que decidas tú. A fin de cuentas, eres su hermano.

—Me gusta este color —dijo Josh, dibujando con el dedo una flor del vestido de Darcy—. ¿Tienen algo parecido?

—Sí —contestó Antonio—, hay algunas alfombras con mucho amarillo, pero no tenemos alfombras de colores uniformes. Buscaré alguna en la que predomine ese tono. Tengo una colección muy amplia.

—¿Qué te parece? —preguntó Josh a Darcy.

—Me encanta ese color.

Antonio se acercó al montón de alfombras y desplazó varias. Después se puso una al hombro, enrollada, y la tiró al suelo.

—Esta alfombra es de seda —explicó mientras la extendía—, hecha a mano. Pero sólo la puedo ofrecer para venta, no para alquiler.

Darcy tomó una pasta de té, que prácticamente se deshizo en su boca. Era de mantequilla, con nueces. Josh la imitó. Como el hombre que comía una aceituna en el libro de fotografía erótica, Josh dedicó toda su atención a la pasta. Su boca se arqueó en un gesto enormemente atractivo.

Mientras tanto, Antonio hablaba. Decía algo de una película que iban a rodar por aquella zona. Darcy intentó prestarle atención, averiguar el nombre de una película de la que no había oído hablar, pero sólo podía pensar en una cosa. Se preguntaba lo aventurero que sería Josh haciendo el amor.

Imaginó a Josh, desnudo, acariciándola sobre aquella alfombra. La idea de que se tumbase sobre ella, hasta que el dibujo quedara grabado en su espalda, llenaba su cerebro. Pensó que sería una buena idea vender alfombras para hacer el amor. La gente podría ponerlas en la cama, en el suelo o en la hierba. En cualquier sitio. Esas alfombras especiales tendrían la mejor textura, invitadoras pero bastante firme para transmitir su dibujo a la piel. Tatuajes amorosos provisionales. Placer instantáneo. Recuerdos permanentes. Pero antes de venderlas tendría que probarlas. Josh podría ayudarla a encontrar la textura adecuada, el mejor dibujo

para la espalda.

—Espero que no te moleste el polvo —dijo Antonio.

Cohibida, Darcy negó con la cabeza. El vendedor desenrolló más alfombras, cada una más exquisita que la anterior. Darcy podía oler la menta del té y la loción para después del afeitado de Josh, aunque no estaba muy cerca de ella. Cuando alargó la mano para tomar otra pasta, Josh se levantó, se acercó a una alfombra para tocarla, y después se sentó a su lado. Sus rodillas se rozaron. Darcy se apartó rápidamente.

Mientras Antonio cantaba las excelencias de su género sonó el teléfono. Contestó, escuchó y se puso a hablar en griego. Josh y Darcy no sabían exactamente qué decía, pero parecía preocupado.

—Ha surgido una emergencia —dijo con voz temblorosa, después de colgar—. Tengo que irme a casa, pero quedaos aquí y seguid. Podéis elegir las alfombras que queráis. Apuntad los números —añadió, señalando una libreta.

—No pasa nada —dijo Josh—. Podemos venir en otro momento. ¿Quieres que te ayudemos en algo?

—No. No podéis hacer nada. Mi hija está de parto, antes de tiempo. Tengo que irme. Las puertas se cierran automáticamente al salir.

Antes de que pudieran reaccionar, Antonio se marchó apresuradamente.

—Vamos con él —propuso Josh—. A lo mejor podemos hacer algo para ayudarlo.

Darcy tomó el bolso y corrió hacia la puerta. El embarazo de la hija única de Antonio, que había sido bastante problemático, había llenado a la familia de alegría y orgullo.

—Espero que no le pase nada a ella ni al niño —comentó cuando alcanzó a Josh—. Toda la familia está esperando este día, pero los médicos advirtieron que podía haber complicaciones.

—Estoy seguro de que todo saldrá bien, y el niño tendrá una familia que lo adorará. Eso es muy importante.

Josh se puso a tirar del picaporte. Giró en una dirección y en otra, pero no consiguió abrir la puerta.

—Normalmente estas puertas se pueden abrir desde dentro —comentó—. Debe de haber algún truco.

Se echó hacia atrás y examinó la puerta. Se detuvo al ver unas

luces que parpadeaban.

—Menudo sistema de alarma —dijo asombrado—. Es mucho más complicado que el de mi bufete, que ya es decir.

—El número de teléfono de la empresa de seguridad debe de estar en algún sitio —comentó Darcy—. Creo que está apuntado encima de las luces. Voy a buscar una escalera de mano. Estoy segura de que hay alguna por aquí.

—Espera, tengo una idea mejor.

—¿Qué idea tienes?

Se quedó mirándolo, en silencio. Josh la tomó entre sus brazos. Sin habla, Darcy se dejó abrazar, temblando de excitación. Podía llevarla a una alfombra. Quería abrazarlo, hundirse en la masculinidad de aquel hombre. Pero el deseo también podía provocar dolor. Suspiró.

—¿Qué haces? —gimió—. Suéltame, por favor.

—Voy a subirte para que puedas leer el número —le dijo.

A continuación, se agachó para tomarla por las piernas y se levantó sin dificultad. Darcy se sintió ligera, femenina. Podía sentir el aliento de Josh en los muslos. Su cuerpo reaccionó al instante.

Intentando hacer caso omiso de la sexualidad apremiante, acertó a leer los números con voz temblorosa.

Josh repitió los números. Darcy sintió el eco de sus palabras en el interior de su cuerpo. Dejó escapar un gemido. Se sujetó a los hombros de Josh para bajar, y sus senos lo rozaron en la cara, haciendo que se le detuviera el corazón. Respiró profundamente para contener el deseo. Josh había bajado la cabeza y la apretaba fuertemente, con las manos en la espalda.

Darcy se alejó a duras penas y recitó el número de teléfono.

—Vamos a llamar antes de que se nos olvide.

—¿Estás segura de que el prefijo es seis cuatro dos? ¿No era seis dos cuatro? Será mejor que vuelva a subirte.

—Estoy completamente segura —dijo corriendo hacia un teléfono.

—Espera —dijo Josh—. ¿No crees que el pobre Antonio ya tiene bastantes problemas? ¿No será mejor que lo dejemos llegar al hospital antes de que lo llamen por el busca los de la agencia de seguridad? Es lo que hacen en estos casos, ¿sabes? No nos van a dejar salir si el propietario de la tienda no les asegura que no pasa

nada raro.

—Por favor —protestó Darcy, exasperada—, no digas tonterías. No tienen que llamar a Antonio para nada. Simplemente nos abrirán la puerta para que podamos salir.

No estaba completamente segura de que Josh no tuviera razón, pero no confiaba en sí misma. Si se quedaba a solas con él, encerrada, era capaz de dar rienda suelta a sus fantasías sexuales.

—Piénsalo —dijo Josh, simplemente.

Darcy tomó el bolso, sacó una libreta y un bolígrafo y apuntó el número de teléfono.

—Así no se nos olvidará.

—¿Así que estás de acuerdo en dar un poco de tiempo a Antonio para que vea a su hija?

Tenía el pelo enredado. Sus ondas negras caían desordenadas.

—Creo que podríamos echar un vistazo a las alfombras y elegir las que queremos alquilar. Eso nos llevará unos minutos. Después, llamaré a su casa para ver cómo van las cosas.

—Buena idea —dijo Josh, volviendo al interior de la tienda—. Hasta es posible que se acuerde de que nos ha dejado encerrados —añadió, como si tuviera la esperanza de que no fuera así—. ¿Sabes una cosa? Siempre soñé con quedarme encerrado en una tienda en compañía de una mujer hermosa. ¿Tú no fantaseas nunca con cosas así?

—De pequeña soñaba con quedarme encerrada en una tienda de caramelos —contestó, intentando desviar la conversación.

—La idea es la misma —dijo Josh, mirándola fijamente a los ojos—. El destino nos ha unido. Si esto fuera una tienda de caramelos, estaríamos probando… sabores maravillosos.

Tomó la mano de Darcy y se la llevó a los labios. La besó en la palma. Darcy se estremeció y apartó la mano. A pesar de su corazón desbocado, se obligó a hablar.

—Es un mecanismo de cierre, y no el destino.

Le sorprendió que Josh no la tomara entre sus brazos para besarla. La idea de que lo hiciera en cualquier momento le resultaba excitante. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Josh esperase que ella tomara la iniciativa. Su cuerpo también se lo pedía, diciéndole que se acercara a él, que lo acariciara hasta enloquecerlo. Pero no había hecho nada así en toda su vida.

Además, no sabía por qué Josh Cartwright, el gran mujeriego, no la apoyaba contra la pared y le hacía el amor apasionadamente, si aquél era su deseo.

Se sujetó a una alfombra que estaba enrollada contra la pared. Impaciente por volver a concentrarse en el motivo de su visita a la tienda, empujó la pesada masa.

—Déjame a mí —dijo Josh, moviendo la alfombra—. Yo haré de Antonio. Tú limítate a sentarte y a tomar un poco más de té.

Darcy se dejó caer en el sofá, riendo.

—¿Significa eso que vas a seguir intentando venderme esas alfombras?

—Desde luego —rió Josh, desenrollando una alfombra—. Este dibujo se llama Jardín del Edén. Nuestros mejores artesanos de Mesopotamia elaboran estas alfombras siguiendo la tradición de sus antepasados. Es la lana más exquisita que pudieron proporcionar las ovejas mesopotámicas para crear este recuerdo imborrable.

Darcy no podía dejar de reír.

—Pero esa alfombra no es de lana —protestó Darcy. inclinándose para tocar la superficie—. Es de papiro.

Josh la miró desconcertado y después miró la alfombra con incredulidad. Entonces, se dio cuenta de que Darcy estaba bromeando.

—Imposible. El papiro sigue en el sagrado Nilo. Esto es lana.

—El dibujo es muy bonito, pero la alfombra es demasiado azul.

—Toca esta alfombra —le dijo, acercándosela—. ¿Queda algo de té?

—Se ha enfriado bastante, pero sigue estando muy bueno. El problema es que mientras se toma té las pastas entran solas. Creo que he engordado dos kilos desde que he entrado en la tienda.

Darcy llenó la taza de Josh. Los dos bebieron en silencio.

—Es como masticar hojas de menta. En cuanto al peso, no te preocupes. Eres ligera como una pluma.

Darcy se sonrojó, recordando la respiración de Josh entre los muslos, y deseó que volviera a levantarla. Pero no ocurriría, para empezar porque ella no estaba dispuesta a permitirlo, aunque el deseo seguía asaltándola.

—Estoy segura de que a Ginger le gustará esta alfombra —dijo desesperada—. ¿Sabes? Podemos volver un día de éstos las dos,

para comprobar si le parece bien nuestra elección.

—¿Ginger? —preguntó Josh ausente—. Sí, buena idea. Bueno, vamos a elegir unas cuantas.

Con el cuaderno en la mano, Darcy rodeó la alfombra roja y levantó las esquinas para buscar la etiqueta con el número.

—Esta es muy bonita. No es tan recargada como la mayoría. Se distinguen las flores. ¿Qué te parece?

—Si a ti te gusta, a mí me encanta.

Sorprendida por la intensidad de su voz, bajó la cabeza para apuntar el número. Josh estaba en silencio, y Darcy se preguntó si estaría cansado. En su experiencia, los hombres no eran demasiado pacientes con las compras.

—Estás muy callado, Antonio —bromeó.

—Estaba pensando en la boda. ¿Los invitados se van a sentar en cojines, encima de estas alfombras? ¿Crees que estarán cómodos?

—Supongo que tienes razón. Es probable que muchos de ellos no estén acostumbrados a sentarse en el suelo.

Tomó un par de cojines del sofá y los dejó en la alfombra. Se quitó los zapatos y se sentó en un cojín, colocándose la falda alrededor de los tobillos. El cojín era tan ligero que se aplastó completamente bajo su peso. Darcy rió nerviosa mientras caía hacia atrás.

Josh se arrodilló, inclinado sobre ella.

—Déjame que te ayude —dijo mirándola a los ojos.

Darcy le devolvió la mirada, incapaz de protestar. La presencia de Josh le enviaba mensajes tan cargados de sexualidad que quería arrastrarlo sobre la alfombra, sentir el contacto de su cuerpo. Pero sería una locura.

—No te preocupes, puedo levantarme —dijo con voz temblorosa.

Josh no dijo nada y apartó la vista. Darcy pensó que se iba a alejar, poniendo fin a la tortura. Pero cuando se levantó se dio cuenta de que Josh no tenía intención de moverse.

Cuando chocó contra él, Josh la abrazó con cuidado, como si fuera el objeto más frágil del mundo. Darcy cerró los ojos, esperando que la besara, que la acariciara, que la tumbara sobre la alfombra.

Josh le acarició el pelo y suspiró, prolongando la tortura. Darcy

abrió los ojos y bajó la mirada. No había motivos para negar algo así.

Se acercó lentamente para besarlo, perdiéndose entre sus brazos.

—He esperado mucho tiempo —susurró Josh—. Quería que estuvieras segura de que me deseas.

Se tumbó sobre ella y la besó en el cuello. Un muslo de Josh reposaba entre los suyos.

De repente Darcy recuperó la cordura. No estaría mal un momento de satisfacción, pero sabía que el rechazo llegaría poco después. No tenía nada en común con Josh Cartwright; desde luego, no encajaba en su mundo. Se estaba comportando como una quinceañera, dándole pie y disfrutando con sus atenciones físicas. Lo empujó bruscamente y se puso en pie.

—Tengo que conseguir cojines grandes, con mucho relleno, que no se hundan demasiado —murmuró.

Josh se quedó tumbado en la alfombra, con un brazo estirado, a unos centímetros de sus pies. Después se incorporó y se sentó en el sofá, con el ceño fruncido.

—¿Darcy? —dijo entre dientes—, ¿por qué te apartas de mí? Ven y deja que te haga el amor.

—No me parece una buena idea —espetó—. No estoy interesada en esa clase de relaciones.

Josh empezó a protestar y se levantó para ir hacia ella, pero Darcy lo detuvo extendiendo una mano.

—Lo digo en serio —le advirtió.

Confundido, Josh se dejó caer de nuevo en el sofá. Se rellenó la taza de té, pero no bebió. A continuación se puso a colocar las pastas de té en la bandeja, formando dibujos con ellas.

—Voy a llamar a casa de Antonio —dijo Darcy, acercándose al teléfono.

Volvió la espalda a Josh para que no viera la turbación de su cara y buscó en la libreta con dedos temblorosos. Marcó el número de teléfono, pero colgó al ver que no contestaban.

—No está en casa —dijo.

—Ven y siéntate. Estás muy pálida.

—Tenemos que salir —dijo Darcy—. Estoy segura de que Antonio ya ha tenido tiempo de llegar al hospital.

—¿De verdad quieres salir de aquí?

El corazón de Darcy latía a toda velocidad. Tomó la agenda en la que había apuntado los números de las alfombras que quería alquilar y buscó el teléfono de la empresa de seguridad.

Pudo ver de reojo la decepción de Josh.

—¿Seguro que has elegido bastantes alfombras? ¿No deberíamos buscar unas cuantas más? Aún no he visto ninguna de lana de cabra.

Darcy decidió no reírle la broma, que sonó tan descorazonada como su voz.

—Ya tenemos bastantes de momento. Ginger y tú podéis elegir las demás.

Cuando se volvió para marcar sentía la presencia de Josh en la espalda. Cercana. Sensual. Tentadora. Tuvo que hacer un esfuerzo para terminar de marcar.

El telefonista de la empresa de seguridad se mostró desconfiado. Empezó a interrogarla sobre cómo habían entrado, y por fin le dijo que los guardas iban de camino.

En aquel momento sonó la sirena y tres hombres armados irrumpieron en la habitación. Evidentemente, el telefonista la había entretenido mientras los guardas estaban de camino. Uno de ellos estaba hablando por un teléfono portátil. Miró a su alrededor y sonrió.

—No se preocupen. El dueño de la tienda ha confirmado que él los invitó a entrar, y les presenta sus disculpas. Dice que llamará mañana. Vamos a sacarlos de aquí.

A continuación se dirigieron a la puerta de salida. Una vez en el aparcamiento, Josh acompañó a Darcy a su coche.

Se quedaron en silencio junto al vehículo durante un momento, ajenos a todo lo demás.

—Vámonos a cenar—dijo Josh al fin.

Darcy negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo una cena familiar.

—Me gustaría volver a ver a tus padres.

—Lo siento, pero tenemos que hablar de negocios. La semana que viene iré a cenar contigo, con Ginger y con Billy.

Un nervio se contrajo en la mejilla de Josh, como si hubiera recibido una bofetada. Pero el instinto de conservación era para Darcy tan importante como la necesidad de conseguir el dinero

necesario para comprar la ferretería de su abuelo.

6

Al día siguiente, Darcy estaba en el despacho debatiéndose entre la posibilidad de llamar a Antonio a su casa, para interesarse por su hija, o llamarlo a la tienda. Pero Antonio se le adelantó.

—Por suerte, mi nieto tiene buena salud. Dimitri y su madre están bien. Hubo algunas complicaciones, pero los médicos son buenos. Sin embargo, me gustaría pedirte un favor.

—Adelante.

Darcy supuso que tendría algo que ver con el alquiler de alfombras.

—Me gustaría que vinierais a cenar los dos al restaurante de mi cuñado, para celebrar el nacimiento de Dimitri. Os lo agradecería mucho.

—¿Los dos? ¿A quién más te refieres?

—Al señor Cartwright. Nos traéis buena suerte.

—No sé si podrá. Supongo que tendrá otros planes.

Sin embargo. Darcy recapacitó y prefirió plantear la cuestión en otros términos:

—Me encantará asistir. No puedo hablar por el señor Cartwright, pero yo iré con mucho gusto.

—Esta mañana me he encontrado con Cartwright en la cafetería, y me ha dicho que vendrá —declaró Antonio—. El restaurante de mi cuñado se llama Olive Basket, y está en la calle M. A mi familia y a mí nos gustaría mucho que asistierais.

Darcy estuvo a punto de cambiar de opinión y excusarse, pero supuso que Antonio se lo habría tomado como un insulto. A fin de cuentas le había hecho un gran favor al prestarse a alquilarle las alfombras, y no podía negarse a algo tan sencillo como asistir a una cena en honor a su nieto.

Aquella tarde, cuando se dirigía hacia el restaurante, se sentía bastante insegura por dos razones. En primer lugar no había tenido tiempo de comprar un regalo para el recién nacido, aunque cualquier cosa habría quedado bien, desde un osito de peluche hasta algo de ropa. Y en segundo lugar, iba a ver a Josh. Había llamado pocos minutos después de que hablara con Antonio para sugerir que fueran juntos a la cena, pero Darcy había inventado una

excusa para no tener que hacerlo.

Josh la estaba colocando en un serio aprieto emocional, y no sabía qué hacer al respecto. Así que decidió que asistiría a la cena y que se marcharía al cabo de un rato.

Josh llegó al restaurante minutos antes de que apareciera Darcy. Antes de entrar, se detuvo un momento ante el local y bendijo a Antonio.

El asunto de la tienda, el nacimiento de su nieto y la invitación a cenar habían servido para que Darcy no tuviera más remedio que acercarse a él. Josh suspiró y pensó que se estaba comportando como un perfecto cretino. En lugar de besar a Darcy, como ella misma deseaba, se había limitado a abrazarla y a controlar su deseo a la espera de que ella diera el primer paso.

De todas formas, no iba a resultar nada fácil. De todas las mujeres que había conocido, Darcy era, con mucho, la más reservada. Resultaba evidente que lo deseaba, aunque procuraba evitar cualquier contacto. Tan evidente como la muralla emocional que había levantado a su alrededor, tal vez para defenderse de él o acaso para defenderse de todos los hombres en general. Aquel canalla le había hecho mucho daño, y su compleja personalidad aún no se había recuperado del trauma. En lugar de resolver la cuestión, parecía creer que él era el problema e intentaba poner tierra por medio. En vano había esperado a que le devolviera las llamadas. No quería presionarla, pero ahora sabía que la estrategia que había utilizado hasta entonces no resultaría eficaz. Definitivamente, debía dejar de preocuparse por la posibilidad de que se asustara y lo rechazara de nuevo.

Pensó con ironía que podía dirigirse a ella, cuando apareciera en el restaurante, y decir, con voz de actor duro: “Salgamos de aquí y vayamos a hacer el amor, nena”. Pero sonaba ridículo.

Sus elegantes modales le habían llamado la atención en aquella fiesta. Una vez más pensó en George; había hecho todo lo posible para que se alejara de ella y luego la había dejado plantada.

Pero a pesar de todo, Darcy lo había mirado con frialdad cuando la besó en la frente el día de la boda. Así que Josh intentaba controlarse; pretendía darle tiempo para que asumiera sus sentimientos, porque no quería perderla. Pero estaba resultando un verdadero infierno para él.

Decidió que, en cuanto apareciera por el restaurante, le confesaría que la deseaba, que la necesitaba. Lo de George había sido un error. Josh pensó que siendo el padrino debería haber advertido el desastre que se avecinaba. Pensó que debería haber hablado con George la noche anterior, cuando aquella chica se arrojó a sus brazos.

En aquel momento apareció Darcy.

—Siento haber llegado tarde, pero todos los semáforos estaban en rojo.

Josh le abrió la puerta. La suave música que sonaba en el interior del restaurante y la agradable decoración los arrojaron a otro mundo. Una mujer de pelo negro y enormes pendientes de oro se acercó a saludarlos.

—¿Señor Cartwright? Soy Helena, la hermana de Antonio.

—Y la tía de Dimitri —dijo Josh—. Felicidades, de parte de Darcy y de la mía.

Siguieron a Helena. Mientras avanzaban, la cercanía física de Josh alteró tanto a Darcy, que deseó huir y encerrarse en casa con un buen libro. Desde el episodio de la tienda de alfombras su sentido del humor había hecho mella en la imagen seria que tenía de él.

Cuando fue a tomar asiento, vaciló.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Josh.

—Sí, es que he resbalado —sonrió ella.

No obstante, Darcy tuvo que hacer un esfuerzo para no tomar su mano y rogarle que le contase algo de su vida.

Josh empezó a hablar sobre la decoración del local. Entre los múltiples detalles destacaban unas cuantas cestitas con diversas verduras, que daban un aire fresco y vivo al establecimiento.

—Nunca habría pensado que el brécol podría ser útil, ni para decorar ni para nada —dijo.

—Es muy decorativo —espetó Darcy—. Y sabe muy bien, por cierto. Me gusta tanto que podría comerlo tres veces al día.

—Bueno, bueno, no te enfades —rió—. Ahora sé que no nos gustan las mismas verduras. ¿No te parece maravilloso?

A Darcy no le había molestado en absoluto que no le gustara el brécol. En realidad sólo estaba molesta consigo misma, porque no conseguía controlar la atracción que sentía por aquel hombre.

Darcy lo miró. Josh hizo ademán de seguir hablando, pero debió pensárselo mejor, porque no lo hizo. Ella esperó, completamente segura de que pretendía hablar sobre George y sobre las razones que lo habían llevado a dejarla plantada. Al parecer, el asunto de George era el único tema que lo ponía nervioso, y Darcy se alegró. Ya era hora de que hablara sobre lo que había sucedido porque si no lo hacía no podría confiar en él, significaría que sólo dedicaba su lealtad al hombre que la había dejado plantada en el altar.

—No sé por dónele empezar—dijo Josh al fin.

Darcy palideció, sin saber qué decir. Argumentar que no le interesaban las razones de George habría sido una mentira intragable. Quería saber la verdad, toda la verdad por terrible que fue ni. Quena oírlo todo, v en voz alta.

—Hemos estado evitando e! tema de George —dijo ella—. Pues bien, me gustaría saber que…

Darcy no tuvo ocasión de terminar la frase. Alguien puso una mane sobre MI hombro, y un segundo después oyó una voz muy familiar.

—Vaya, nos alegramos de verte…

—Mamá, qué agradable sorpresa… Papá…

Darcy se levantó, encantada, para abrazar a sus padres.

—Antonio nos ha llamado por teléfono y nos invitó a celebrar el nacimiento de su nieto. Decía que sería un acontecimiento familiar, y no bromeaba, según veo. Hasta ha conseguido que asistieras… ah, hola Josh.

El padre de Darcy estrechó la mano de Josh. Darcy notó que la presencia de Josh había alegrado sinceramente a sus padres. Hablaban muy bien de él desde el desafortunado día de la boda. Pero Darcy no quería que creyeran que tenía algo que ver con él, así que se apresuró a intentar explicar la situación. Carraspeó y dijo:

—Estábamos seleccionando alfombras para la boda de la hermana de Josh cuando Antonio tuvo que marcharse.

Su madre asintió.

—Bueno, es una magnífica forma de conocer a la gente. Elegir muebles, pintar una casa o cocinar juntos sirve para que un hombre y una mujer sepan si están hechos el uno para el otro, si pueden ser felices.

Darcy se quedó boquiabierta. Pero antes de que pudiera

protestar, Josh se adelantó:

—Tu madre tiene razón, Darcy. He visto montones de parejas que siempre discuten cuando van de compras. Y nosotros, en cambio, no discutimos por nada con las alfombras para la boda de Ginger. De hecho, creo que tienes muy buen gusto con esas cosas. Aunque no sé qué pasaría si pintáramos o cocináramos juntos, claro.

Darcy pensó que estaba bromeando. Pero parecía muy serio cuando añadió:

—Ahora que lo pienso, a Darcy no le gustaría que cocináramos juntos. Por alguna razón, nunca encuentro el punto a las comidas.

Darcy arrugó la servilleta mientras intentaba encontrar, desesperadamente, algún tema de conversación menos personal. Pero su madre insistió y empezó a contar diversas anécdotas sobre las pequeñas diferencias diarias en la convivencia. Acto seguido inició una disertación sobre la importancia del compromiso en cualquier relación. Darcy esperaba que Josh la interrumpiera para decir algo sobre Ginger, pero él se limitó a asentir y a darle la razón a su madre. En cuanto a su padre, por mucho que la horrorizara, se dedicó a intercalar comentarios filosóficos en la conversación.

Pocos segundos después, apareció Helena.

—¿Os gusta la mesa? Si no es así, puedo daros otra…

—Está muy bien —dijo Josh—. Pero deberías contarnos algo más sobre la comida griega.

Helena sonrió.

—Será un placer.

El camarero apareció más tarde. Llevaba una bandeja con hojas de parra rellenas, ensalada de *feta*, *musaka*, y diversos platos tradicionales de la cocina griega. Helena dio todo tipo de explicaciones a los comensales sobre cada uno de ellos.

Mientras cenaban, Josh y su padre empezaron a charlar sobre el precio de la madera, algo bastante sorprendente. Darcy no sospechaba que Josh supiera nada sobre algo así; no obstante, se defendía bastante bien ante su padre, que comenzó a hablar sobre sus primeros pasos en la carpintería, cuando era un niño y vivía en Phoenix, y sobre lo mucho que le gustaba trabajar con herramientas.

George nunca había sido capaz de mantener una conversación

con él. Y cuando lo hacía, sólo conseguía que su padre se enfadara. En cierta ocasión había comentado que sólo era un engreído. De todas formas, Darcy prefirió no pensar en ello. A fin de cuentas, cualquiera podía aprender el arte de conversar.

—La comida está muy buena —dijo su madre—. Si te gusta la comida griega, puedes pedirle a Darcy que te invite a comer algún día, Josh. Hace maravillas.

—Me encantaría —dijo Josh, mirando a Darcy.

Sus padres, por mucho que la incomodara, se estaban comportando como si Josh y ella fueran una pareja. En aquel instante, Cora hizo un gesto a su hija, se levantó, se excusó ante los demás y se dirigió al cuarto de baño en compañía de Darcy.

—No sé qué te pasa, hija. Josh es un hombre encantador, y un magnífico partido. Además, salta a la vista que le interesas. Yo diría que está enamorado de ti. Te mira de un modo muy especial. Y por si fuera poco es atractivo, inteligente, considerado y de modales impecables.

Darcy se lavó las manos, cerró el grifo y pensó por dónde podía empezar. Sabía que su madre sólo quería lo mejor para ella.

—Mira, mamá, estoy preparando la boda de su hermana. Además, ésta es una de esas ocasiones en las que desearía tener una hermana o un hermano para que no me presionaras tanto. No tengo intención de casarme con nadie, ni de darte nietos. Será mejor que te acostumbres a la idea.

—Creo que cometerías un error si lo dejaras escapar, opines lo que opines sobre el matrimonio y los hijos.

—Mamá… Antonio me ha colocado entre la espada y la pared para hacerme asistir a la cena con él, aunque no era su intención. De lo contrario, no estaríamos juntos. Pero papá y tú me estáis avergonzando con vuestra conversación sobre las relaciones de pareja. Un hombre tan rico como Josh pensará que os interesa su dinero. Así que te agradecería que hablarais sobre algo menos personal.

—Bueno, piensa en lo que te he dicho. A nosotros no nos importa el dinero que tenga. Es un buen hombre, un hombre decente, y no deberías ser tan irracional y obstinada. Si yo estuviera en tu lugar, no mantendría tanto las distancias en el caso de que expresara interés por ti. Y lo está haciendo. Abiertamente.

Darcy salió del cuarto de baño. Su madre era muy perceptiva; tan perceptiva que había notado interés en la actitud de Josh aunque aquella noche no había hecho nada que pudiera interpretarse como un intento de aproximación o coqueteo.

A pesar de todo, se ruborizó cuando Josh se levantó, educadamente, cuando regresaron a la mesa. Sin embargo, no sabía si el rubor se debía a la actitud de su madre o a la manera en que aquel hombre la miraba.

Fuera como fuese, su pulso se aceleró y comenzó a perderse en un verdadero torbellino emocional. Se puso muy nerviosa. Pero en aquel momento apareció el maître.

—Soy Armand, el maître de Antonio. Me gustaría mucho que se unieran a la fiesta.

El individuo tomó la mano de Darcy y la animó a levantarse. Acto seguido, se dirigió a Josh y dijo:

—Venga con nosotros, señor. Y ustedes también, por favor —añadió, mirando a los padres de Darcy—. Vengan a bailar con nosotros. El nacimiento de Dimitri es motivo de inmensa alegría para todos.

Todos se levantaron y lo siguieron. Estaban a punto de aprender un baile típicamente griego. Armand enseñó a Josh los pasos que tenía que dar y le indicó que debía poner las manos en la cintura de Darcy, a la que al parecer había tomado por su novia.

Josh sonrió.

—Gracias —dijo.

Armand le guiñó un ojo.

El calor de las manos de Josh, que se cerraron posesivamente alrededor de su cintura, hizo que Darcy sintiera una profunda excitación. En seguida empezaron a bailar entre el resto de los imitados, al menos setenta y cinco personas. Mientras lo hacían, Josh rozó sus senos involuntariamente. El contacto hizo que se estremeciera. El ritmo de la canción se aceleraba cada vez más y, al cabo de un rato, Josh se vio obligado a soltar su cintura. Darcy se alegró, aunque le había gustado mucho que la tocara.

La pequeña orquesta empezó a tocar una pieza lenta. Armand tomó las manos de Darcy y las unió a las de Josh.

—La pareja de la noche va a iniciar el vals —gritó.

Josh rió, la atrajo hacia sí y llevó a Darcy hacia la pista de baile

a pesar de sus protestas. Cuando empezaron a bailar la atrajo un poco más, hasta que sus mejillas se tocaron.

—Siempre supe que debí tomar clases de baile —dijo cuando le pisó un pie.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo ella—. Aunque te agradecería que no intentaras girar demasiado deprisa.

Acto seguido Josh hizo, exactamente, lo que le había pedido que no hiciera.

—Bueno, no ha estado mal —declaró Darcy.

—Prácticamente me has obligado a hacerlo. Bailas muy bien, por cierto.

—Claro. Todos los martes bailo valses. Y los jueves por la noche los dedico a la salsa, el tango y…

—¿Tanto te gusta bailar? —preguntó él, sonriendo.

Los demás invitados empezaban a bailar a su alrededor, y Darcy se alegró de dejar de ser el centro de atención de todo el mundo. Unos minutos más tarde el vals dio paso a un *twist*.

—Aún no he practicado este baile. Sentémonos un rato —dijo ella.

Cuando estaban a punto de llegar a la mesa, su madre se levantó y se dirigió a su marido:

—Vamos a bailar el *twist*, Ralph.

—No me apetece demasiado —dijo Ralph, arqueando una ceja —. La pieza de antes me ha dejado agotado.

—¿Quieres bailar conmigo? —preguntó Josh.

Cora sonrió.

—Con mucho gusto.

Darcy observó a su madre. Sus padres siempre habían deseado tener un hijo y, al no conseguirlo, no hacían otra cosa que insistir en lo mucho que les gustaría tener un yerno. Resultaba evidente que habían tenido ciertas reservas hacia George. En ocasiones, Darcy les había preguntado a qué se debían, pero siempre se excusaban diciendo que no podían emitir juicios de valor sin conocerlo lo suficiente. Tras el desastre de la boda, habían olvidado el sueño de tener un yerno. O al menos era lo que parecía, hasta aquella noche.

Cuando Cora y Josh empezaron a bailar, Darcy se dirigió a su padre.

—Estoy muy cansada y los zapatos me hacen daño. ¿Te importaría despedirte de mi parte de mamá y de Josh? Me voy a casa. Dile a Josh que lo llamaré mañana, por lo del perro, para ver si ha localizado al dueño.

Su padre tosió y preguntó:

—¿El perro? ¿Qué perro?

—Es una larga historia. Josh te la contará —se levantó y dio un beso a su padre en la mejilla—. Os llamaré mañana por la mañana.

Antes de marcharse, se despidió de Antonio y le dio las gracias por la cena. Después, salió del restaurante y se dirigió al coche. Pensó que el asma de su padre había empeorado; había estado tosiendo toda la noche. Definitivamente, Phoenix sería un buen lugar para todos ellos.

7

Aquella noche, a última hora, sonó el teléfono; Darcy estaba segura de que se trataría de Josh, y corrió a contestar. Pero era alguien que se había equivocado de número. Minutos después sonó de nuevo. Era su madre.

—No puedo creer que hayas huido de ese modo —protestó—. Nos estábamos divirtiendo mucho. Hasta Josh se ha divertido.

—Sabe cómo hacer que la gente se sienta importante. Sabe lo que tiene que decir —observó Darcy.

Pensaba que su madre esperaría al día siguiente para llamar. La quería mucho, pero no estaba de humor para hablar sobre aquel hombre.

—¿Y eso qué tiene de malo? Deberías aprender a hacer lo mismo. Cuando tu padre le ha dicho que te habías marchado, se ha entristecido tanto que pensaba que iba a salir en tu busca. Pero al final hemos estado hablando de pesca y comidas campestres.

—¿Le gusta pescar? —preguntó, riendo—. Seguro que se ha inventado alguna historia sobre un pez enorme, como todos los pescadores.

—En realidad, no. Ha estado hablando sobre las cosas que no pudo hacer durante su infancia, porque no llegó a conocer a su verdadero padre. En cuanto a sus padrastros, al parecer eran hombres mayores que ya habían tenido descendencia propia y que no querían jugar con él. Así que tenía que ir solo a pescar.

—Qué extraño que hablara tanto sobre sí mismo. Es bastante raro en un adulto que se encuentra con personas que no conoce.

—Tu padre estaba hablando sobre la pesca en Canadá y Florida, y Josh se interesó mucho. Antes de despedirse han hecho planes para ir a pescar a Florida el invierno que viene.

—Encantador —dijo Darcy con sarcasmo.

Josh intentaba ganarse el afecto de su familia. Si no hacía nada para frenarlo, acabaría visitando a su tío abuelo Albert, llevando flores a la tumba de su abuela, y cantando villancicos y decorando el árbol de Navidad con todos ellos. Era un asunto bastante enojoso, pero hasta cierto punto le satisfacía. Nada impedía que fuera amigo de su familia.

—Me ha preguntado si queremos acompañarlos tú y yo —dijo su madre—. Le he dicho que estarías encantada. A fin de cuentas te gusta pescar…

—Pensaba ir a Jamaica el invierno próximo, con Amy. Me tomaré las vacaciones divididas. Una semana en Navidad y otra en otoño, para ir al oeste. Además, sabes de sobra que no me gusta pescar. De hecho, lo odio.

—¿Y por qué quieres irte de vacaciones con Amy cuando podrías estar con un hombre tan atractivo como Josh? No te entiendo, cariño —suspiró Cora—. En fin, se está haciendo tarde. Mañana no pienso madrugar, así que no me llames por teléfono temprano. Llama a Josh. Dijo que esperaba que lo hicieras. Al parecer quiere hablar contigo sobre un perro.

Cuando terminó de hablar con su madre, Darcy fregó el suelo de la cocina. Necesitaba estar ocupada para no pensar en lo sucedido. La presencia de Josh estaba en todas partes. Pensó que no podría volver a acercarse a una secadora sin pensar en él, como tumbarse en una cama sin recordar su contacto, sus besos, su intensa mirada.

Limpió el salón y el dormitorio. Pero al final, cansada, no tuvo más remedio que retirarse a las limpias y suaves sábanas de su cama y a un vacío que no lograba superar.

A la mañana siguiente, se duchó, preparó un café y se dirigió con la taza al teléfono. Lamentaba haber prometido que llamaría a Josh, pero sentía curiosidad por lo que le hubiera ocurrido al perro. No obstante, la cobardía pudo más. Se dijo que Josh ya era mayorcito para tomar las decisiones que considerara más adecuadas y decidió salir a dar un paseo.

Eran las ocho en punto y las calles estaban desiertas, con excepción de algún deportista mañanero. En un par de horas, todo se llenaría de gente que acudiría, en masa, a la zona. Al fin y al cabo había todo tipo de establecimientos, desde tiendas de segunda mano hasta *boutiques*.

La floristería de Fred acababa de abrir. Darcy se detuvo un momento para disfrutar del aroma de los claveles. Pero en seguida notó otro aroma distinto, que reconoció de inmediato. Eran rosas rojas. Siempre le habían dado alergia, y empezó a estornudar, de modo que se apartó de ellas.

Los claveles eran las flores preferidas de su tío Albert, aunque se

empeñaba en simular que no le gustaban las flores, así que pensó que podía enviarle un ramo. Aquello le recordó que aún debía hacer el pedido para la fiesta de la semana siguiente. Su tía June ya no estaba contenta con Fancy Flowers, aunque habían estado trabajando dos años con ellos; la empresa había cambiado de dueño y demoraban los pedidos. De manera que pensó que a June no le importaría que diera una oportunidad a la floristería del vecindario. Decidida, esperó a que el dueño terminara de colocar el género.

En cuanto oyó la propuesta, los ojos del dueño se iluminaron y la invitó a entrar en su despacho.

El «despacho» era una habitación que se encontraba en la parte trasera del local, cerca de las cámaras frigoríficas, y que contaba con un escritorio y un par de sillas. La invitó a sentarse, y Darcy empezó a hablar sobre lo que necesitaba para la fiesta.

—No veo que tengas flores silvestres, así que no sé si podrás suministrarnos…

—Por ti sería capaz de ir yo mismo a recogerlas al campo —sonrió Fred, mientras abría un archivo de metal—. Deja que te enseñe una lista de las flores de esta época del año y de los precios.

Darcy se recostó en el asiento e inhaló el maravilloso aroma del local. Miró unos documentos que había sobre el escritorio y vio lo que parecía ser una lista de pedidos urgentes. Empezó a leer los nombres y se llevó una gran sorpresa. Entre los primeros se encontraba Josh Cartwright.

—¿Lo conoces? —preguntó Fred—. Es un buen cliente, y una buena referencia. Envía flores a un montón de mujeres todos los meses. No sé si sale con todas ellas, pero si es así le pediré que me dé unas cuantas lecciones. Pero no lo digo por cotillear, sino como un ejemplo del éxito que tienen mis flores.

Darcy palideció, pero no precisamente por el elevado presupuesto que presentó Fred. De todas formas encargó las flores que necesitaba, compró unos ramos y se levantó, después de extender un talón, con la sensación de haber comprado más de lo que realmente quería.

—Los claveles los enviaremos esta tarde a la dirección que me has dado. En cuanto a las flores silvestres, las tendréis a tiempo. Por cierto, se te va a caer el reloj de la muñeca…

Darcy miró su reloj y vio que tenía razón. La correa se había

roto, así que se lo quitó y lo guardó en un bolsillo del pantalón.

—Ya hablaremos sobre las flores silvestres —extendió los brazos para que Fred le diera los ramos de flores—. Sólo vivo a un par de manzanas de aquí. Me las arreglaré.

Mientras regresaba a casa, envuelta por el olor de las flores, volvió a pensar en Josh. Pensó que, a pesar de su encanto, era igual que George. Le gustaba coquetear y enviar ramos de flores a las mujeres para que se sintieran especiales. Pero se dijo que ella podía comprarse sus propias flores; tantas como quisiera. Creía realmente que había cometido un error al pensar que Josh podía ser diferente.

Al parecer, había conseguido desarrollar una técnica casi perfecta de seducción. En comparación, George era un santo; nunca había salido con otras mujeres; se había limitado a dejarla plantada en el altar para marcharse con la persona de la que estaba enamorado. Había tardado mucho tiempo en superarlo, pero seguía pensando que aquella mujer había manipulado a George; a fin de cuentas, su antiguo novio no era una mala persona.

Cuando llegó a la casa, intentó sacar las llaves del bolsillo. Pero con las flores no resultaba tan fácil.

En aquel momento oyó una voz de hombre muy conocida.

—Permite que te ayude.

—¿Qué haces aquí?

Josh tomó las flores y respondió:

—Parece que vas a dar una fiesta o algo así.

Darcy tuvo la impresión de que había cierto reproche en su tono de voz, y estuvo a punto de dejar que pensara que iba a celebrar una fiesta a la que no estaba invitado. Pero no tenía ganas de andarse con jueguecitos, de modo que sacó las llaves y abrió la puerta.

—Déjalas en la cocina, por favor.

Josh dejó las flores sobre la encimera.

—Necesito un par de floreros —dijo Darcy, mientras abría y cerraba los armarios.

Sin embargo, sólo pudo encontrar uno. Suspiró, frustrada.

Josh puso el tapón en la pila y la llenó de agua.

—Déjalas aquí. Así se mantendrán frescas hasta que puedas ponerlas en algún sitio. Mmm…, huelen muy bien.

Darcy lo miró con agradecimiento. Definitivamente sabía decir

las palabras adecuadas en el momento adecuado. Pensó que sabía cómo conquistar el corazón de una mujer, pero se dijo que seguramente saldría corriendo si alguien se encaprichaba demasiado con él.

Se sacó el reloj del bolsillo y lo dejó de mala gana en la encimera.

—No pareces muy contenta —dijo Josh—. ¿Qué ocurre? ¿Cómo se te ha roto la correa del reloj?

La rodeó con los brazos. Darcy se sintió mucho más cómoda cerca de él, mirando sus ojos llenos de preocupación, oyendo su suave voz. Hacía que se sintiera segura, y se dejó llevar.

—No ha pasado nada. He estado a la floristería de Fred. Creo que sabes dónde está. De hecho, parece que estás muy familiarizado con ella…

Josh la miró con cierto asombro.

—Sí, en efecto. Tendría que estar ciego para no haberme fijado en el local. Paso por delante dos veces al día. Pero ahora que lo pienso… ¿Has comprado todas estas flores para alguna fiesta de Dreams Inc.?

—Me gusta comprar flores —espetó, orgullosa—. Me gusta comprar mis propias flores.

Josh rió.

—No te pareces nada a las mujeres que conozco.

Darcy interpretó que se enorgullecía de salir con muchas mujeres. Irritada, metió unas cuantas flores en uno de los floreros y las llevó al salón.

—Muy bonito —comentó él, mientras la seguía.

—¿Qué haces aquí? ¿Has sabido algo de los dueños del perro? —preguntó.

—No —respondió, mientras se sentaba en una silla—. De hecho, está en el coche, esperando. He pensado que podías acompañarme a la Sociedad Protectora de Animales.

—No pensarás librarte de él, ¿verdad?

—No me mires de ese modo. No quiero hacerlo, pero no consigo que nadie se quede con él. He llamado a varios compañeros de trabajo, e incluso he intentado convencer a tus padres para que se lo queden, pero no estaban interesados. Al parecer, no les gustaría a los gatos.

—Y tienen razón. Mitzi tiene doce años, y Rambo quince. Y están tan mimados y tan maleducados que cuando se enfadan se dedican a hacer cosas como arañar la bañera. Así que será mejor no complicar las cosas. Su vida está en orden.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de la mía… Bueno, he pensado que de todas formas querrías despedirte del perro. ¿Me acompañas?

—No dejarán a Bumpers con vida. Si alguien no lo reclama antes de cuarenta y ocho horas, lo matarán. Es el procedimiento habitual —protestó.

Josh volvió a sentarse.

—¿Bumpers? ¿Lo llamas así?

Darcy sonrió.

—Es un nombre tan bueno corno otro cualquiera. ¿No podrías quedarte con él unos cuantos días más? Podría imprimir unos cuantos anuncios y ponerlos por el barrio, por si sus dueños los ven.

—Estoy demasiado ocupado, pero tú…, ¿no podrías encargarte de él?

Darcy pensó en el encantador perro, pero las normas de la casa en la que vivía eran concluyentes. No permitían animales, salvó pájaros. No aceptaban ni perros, ni gatos, ni niños.

—Oh, vamos… —insistió Josh—. Bumpers te estaría eternamente agradecido, v al menos podría seguir con vida unos cuantos días más. Mientras tanto es posible que aparezcan sus dueños, o que alguien quiera quedárselo.

Después de pensarlo mucho. Darcy decidió que no podía dejarlo en la estacada.

—De acuerdo, de acuerdo, se quedará conmigo hasta que consigamos que otra persona se haga cargo de él.

Josh se acercó a ella y la abrazó.

—Eres una mujer amable y generosa. Iré a buscarlo.

—Espera, tendremos que meterlo cuando oscurezca. Esta mañana me he encontrado con el casero, y me ha comentado que iba a venir a la casa para hacer unas reparaciones. Sería terrible que nos viera. Pero tampoco podemos dejarlo en el coche.

Josh miró el reloj.

—Bueno, podríamos dar una vuelta con él y de paso tomar algo por el camino.

—Sólo es la una de la tarde, y no oscurece hasta las ocho. ¿Es

que tienes intención de ir a Nueva York, o algo así?

—No estaría mal. Podríamos ir a Coney Island —sonrió—. Todo es posible entre nosotros.

El brillo de los ojos de Josh no dejaba lugar a dudas, y el corazón de Darcy se aceleró. Josh tomó su barbilla y repitió, mirándola con intensidad:

—Todo es posible entre nosotros. Cuando estés preparada, llámame. Estaré esperando.

Darcy se apartó de él. Temía ser incapaz de resistirse. Temía acabar rogándole que la besara.

Ya en la cocina, negó con la cabeza y maldijo el intenso atractivo de aquel hombre. Nunca había conocido a nadie como él, y resultaba evidente que todas las mujeres a las que enviaba flores lo sabían. Se preguntó si Josh actuaría de forma distinta con cada una de ellas o si, por el contrario, utilizaría las mismas tácticas. Pero a pesar de todo, pensó que cuando fuera una anciana se arrepentiría por no haber mantenido una relación con él.

Estaba admirando las flores que quedaban en la pila cuando apareció Josh a su espalda.

—Animan mucho la cocina.

—Pero también animarían la vida de los que ya no pueden dedicarse a cortar flores —dijo ella—. Tengo una idea… ¿Por qué no las llevamos a la residencia de ancianos de Dumbarton? El tío Albert tendrá sus flores, y sus amigos también.

—Eres una caja de sorpresas, Darcy. Siempre pensando en formas prácticas de hacer algo por los demás.

Darcy se sorprendió. No recordaba haber hecho nada por nadie últimamente.

—¿Las flores te parecen prácticas?

—En determinadas circunstancias, sí —respondió, mientras las sacaba de la pila.

Darcy se mordió la lengua. Suponía que sólo eran prácticas para él porque facilitaban el arte de la seducción.

Cuando llegaron al coche, Bumpers la vio y se puso muy contento. Se arrojó a sus brazos y se puso a lamerle la cara. Encantada con la bienvenida, Darcy intentó tranquilizarlo un poco, acariciándolo.

Josh dejó las flores en el asiento trasero del vehículo.

—Tengo buenas noticias, Bumpers. Esta noche te quedarás con Darcy.

Darcy abrazó al perro, que la miró con agradecimiento. No estaba dispuesta a permitir que lo sacrificaran.

Cuando llegaron a la residencia de Dumbarton, la recepcionista les dijo que Albert estaba en rehabilitación. Darcy apartó las flores que le había llevado, para que las pusieran en su dormitorio, y luego añadió:

—Ponga el resto en el salón y en la sala de juegos.

La recepcionista sonrió, encantada.

De vuelta en el coche, Josh la miró y preguntó:

—¿Quieres ver mi bufete?

Darcy asintió, dominada por la curiosidad. Josh tomó la avenida de Pennsylvania y aparcó frente a un edificio alto, de cemento y cristal, que se encontraba a un par de manzanas de la Casa Blanca.

—¿Vamos a subir con Bumpers? ¿No tendrás problemas?

—El negocio es mío, ¿recuerdas? Además, es domingo.

El techo del espacioso recibidor era de cristal, y la luz del sol iluminaba las frondosas plantas que lo adornaban. Josh había comprado una correa roja para el perro, que resbalaba en los suelos de mármol. Tanto Darcy como él rieron al verlo, y se dirigieron al ascensor. Cuando llegaron a su destino, Josh introdujo un código en un panel electrónico.

—Cuidamos mucho la seguridad. Acércate un momento…

Josh pasó los brazos a su alrededor y la soltó segundos después.

—Nos han sacado una fotografía —continuó—, y la puerta se cerrará a nuestra espalda, como en la tienda de alfombras.

La llevó por un pasillo con moqueta blanca, hasta que llegaron a su despacho. Era una habitación enorme, con muebles modernos, en la que dominaban los tonos metálicos y blancos.

—Siéntate, por favor. Tengo que firmar unos cuantos documentos y recoger el acuerdo prematrimonial que hemos redactado para Billy —dijo, mientras se sentaba tras su escritorio.

A Darcy no le sorprendió demasiado que intentara proteger a su hermana, pero pensó que exageraba un poco. Bumpers se tumbó en la moqueta y se quedó dormido.

Darcy tomó asiento y echó un vistazo a los cuadros que había en las paredes, decidida a no prestar demasiada atención a su atractivo

acompañante. Pero a pesar de todo no pudo evitar mirarlo de vez en cuando. Estaba leyendo, con aspecto serio, el acuerdo prematrimonial de Billy.

—Si tienes trabajo, puedo llevar al perro a dar una vuelta por Fayette Park.

—Sólo tardaré un momento. No pretenderás escaparte, ¿verdad? —preguntó, en tono de broma—. ¿Has traído el reloj? Pasaremos por una joyería para comprarte una correa nueva. ¿Te aburres?

Darcy negó con la cabeza. No podía aburrirse cuando estaba con él. Desde el episodio de la tienda de alfombras no había hecho otra cosa que dejarse llevar por todo tipo de fantasías, siempre relacionadas con él. Era inteligente y fuerte. Era considerado, era capaz de entablar conversación con personas de cualquier edad y condición, era amable con el perro y se preocupaba por su hermana. Pero cada vez que pensaba en la lista de mujeres a las que enviaba flores se le revolvía el estómago. Pensó que seguramente habría estado con muchas de ellas en aquel despacho y en circunstancias muy similares.

Hizo un esfuerzo para no pensar en él, pero su presencia se lo impedía. Deseaba que la tocara y no podía quitarle los ojos de encima. Su pelo negro, la manera en la que sostenía el bolígrafo y la decisión con la que firmó los documentos llamaron poderosamente su atención. Quería apretar la mejilla contra su cara y abrazarlo, tal y como habían hecho en el restaurante, cuando bailaban; pero esa vez quería hacer algo más que bailar un vals.

En aquel momento, Josh levantó la mirada y sonrió. Darcy se puso tan nerviosa que corrió a explicar su inquietud:

—Creo que estoy un poco cansada.

—Podríamos ir a un hotel, si quieres. No tenemos que llevar a Bumpers a tu casa hasta la noche, así que podríamos echar una siestecita —rió—. Aunque, ahora que lo pienso, podríamos echarla aquí…

—No es la primera vez que me invitan a ir a un hotel. Pero nunca con un perro como celestina —bromeó.

Josh sonrió, se levantó y comenzó a masajearle los hombros y el cuello. Movía las manos de forma rítmica, en círculos, y poco a poco fue disipando toda la tensión de sus músculos. Darcy cerró los ojos y se apoyó en su pecho, disfrutando de su masculino aroma.

Pero en seguida recobró el buen juicio y se levantó.

—¿Te encuentras mejor ahora? —preguntó él, con voz ronca.

Darcy apenas podía dominar el fuego que ardía en su interior. Pero se las arregló para contestar:

—Sí, mucho mejor. Creo que voy a llevarme al perro para que dé una vuelta.

—Como quieras —dijo él, mirándola—. Pero antes me gustaría enseñarte una cosa.

8

Darcy sentía una enorme curiosidad por lo que iba a enseñarle. Josh caminó hacia el escritorio; era tan alto y parecía tan fuerte que pensó que tal vez quisiera enseñarle su técnica para besar. Pero se limitó a abrir un cajón y sacar una fotografía enmarcada. El corazón de Darcy se detuvo durante unas milésimas de segundo. Creyó que iba a enseñarle la fotografía de la mujer que amaba, la razón por la que no había llegado a casarse.

—Ésta es la única fotografía que existe en la que aparecemos mi padre y yo —declaró.

Era una fotografía en blanco y negro, con los bordes envejecidos y algo descolorida. En la imagen aparecía un hombre alto, de pelo oscuro, junto a un niño de aspecto solemne; el niño que se había convertido en el hombre que ahora se encontraba a su lado. Darcy la miró y pensó que se parecía mucho a su padre. Tenía la misma nariz, el mismo rostro cuadrado y las mismas cejas.

—¿Cuántos años tenías cuando os la hicieron? —preguntó ella.

—Doce. Fue el día antes de que mi padre se marchara, aunque en realidad no pasaba mucho tiempo conmigo —dijo con tristeza—. Durante años creí que había sido culpa mía. En aquella época Ginger sólo era un bebé.

Darcy lo sintió mucho por él. No entendía que alguien fuera capaz de abandonar a su propio hijo. Josh parecía tan angustiado que sintió una intensa ternura hacia él y lo imaginó de pequeño, aferrado a aquella fotografía por las noches.

—Tu padre estaría orgulloso de ti si pudiera verte ahora, Josh. Eres amable, considerado, y tienes éxito.

—¿Eso crees?

Darcy asintió y sonrió. Acto seguido, tocó su cara y le acarició la mejilla. Deseaba disipar un poco el dolor que sentía.

Josh la abrazó y ella cerró los ojos. La apretó con fuerza, susurró su nombre y la besó en la frente. Darcy sentía tanta lástima por él que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de animarlo. Levantó una mano y volvió a tocar su rostro.

Josh cerró los ojos a su vez y suspiró. Después acarició los labios de Darcy con un dedo, y se inclinó para besarla. Al principio fue un

beso suave y dulce, pero en seguida se tornó apasionado. Darcy lo besó a su vez, absolutamente excitada.

Cubrió de besos su rostro mientras él la acariciaba con fuerza y delicadeza.

—Darcy, te deseo —murmuró.

Darcy sabía que la deseaba tanto como ella a él: no habría podido negar, aunque hubiera querido, el efecto que le causaban las caricias de Josh. Pero a pesar de todo intentó resistirse.

—Tenemos que detenernos —declaró, en voz muy baja.

—¿Es lo que quieres? —preguntó, mientras besaba su cuello—. Un beso más, sólo un beso más y dejaré que decidas.

Antes de que llegara a besarla de nuevo. Darcy supo que estaba perdida.

—Quiero desnudarte —murmuró él—. Quiero verte desnuda. Quiero ver tus senos…

Mientras hablaba, empezó a acariciar los senos de Darcy, con suave insistencia.

Darcy apoyó la cabeza en uno de sus hombros. El deseo de descubrir todos sus secretos ocultos bastó para que su respiración se acelerara.

Josh desabrochó el primer botón de la camisa de Darcy, introdujo la mano por debajo de la tela y bajó uno de los tirantes del sujetador. Darcy intentó desabrocharse otro botón para ayudarlo, pero él se lo impidió. La abrazó con fuerza y empezó a acariciar su espalda con movimientos circulares.

—No podemos continuar —dijo él.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque Bumpers nos está mirando —dijo, conteniendo la risa a duras penas.

Darcy también empezó a reír. El perro los observaba con lo que parecía ser cierto asombro.

—Gracias, Bumpers —dijo ella—. Has evitado que hiciera una tontería.

—¿Te parece una tontería? —preguntó Josh.

Acto seguido, la besó con tal apasionamiento que se aferró a él y se dejó llevar por su deseo. Josh mordisqueó sus labios y ella respondió con todo su corazón, convencida de que no se dejaba arrastrar a aquella situación porque se sintiera sola. El beso se hizo

más profundo y ardiente. Y mientras se besaban, Josh la apretó con fuerza y la miró con sus preciosos ojos.

Después, se arrodilló ante ella y le desabrochó los pantalones. Darcy oyó el sonido de la cremallera y se quedó sin aliento; segundos después notó su cálida respiración mientras le quitaba la prenda. Se aferró a su cabello, y él besó sus rodillas y sus muslos antes de ascender, de nuevo, a su boca.

Pero no tardó mucho tiempo en centrar su atención sobre el estómago de Darcy, que volvió a sujetarlo del pelo con fuerza, dominada por el deseo. Josh estaba saboreando el instante, acariciándola con adoración. Tiró de las braguitas con los dientes, y al hacerlo lamió su piel. Darcy se estremeció y dejó escapar un gemido.

Cuando por fin estuvo desnuda de cintura para abajo, Josh la observó con intensidad. Su mirada bastó para hacerla sentirse atractiva, admirada y necesitada. Y sobre todo, deseada.

Ágil como una pantera, Josh se incorporó y le quitó la camisa. Después, se permitió el lujo de observarla durante unos segundos, sin hacer nada, antes de tocar sus senos.

—Lo haremos lentamente —dijo.

La acelerada respiración de Josh demostraba que sólo intentaba convencerse a sí mismo; resultaba evidente que estaba muy excitado, y que apenas conseguía contenerse. Darcy intentó quitarse el sujetador, pero una vez más él se lo impidió.

—Deja que te desnude —susurró.

Cuando por fin se libró de la barrera de encaje, la miró y añadió, con un suspiro:

—Eres preciosa. Preciosa.

Darcy cerró los ojos y lo besó. La intensidad del momento y el aroma de la loción de afeitado la tentaron hasta el extremo de hacerle perder el control. Empezó a besar su cuello y fue descendiendo, poco a poco, acariciándolo con los labios.

Josh estaba actuando con rapidez, pero no con tanta rapidez como deseaba Darcy. Quería hacerlo inmediatamente, en aquel momento.

Josh se desnudó, y antes de que Darcy pudiera contemplar su hermoso y musculoso cuerpo, la atrajo hacia sí. Instantes después sintió que besaba sus senos y gimió. Pero en seguida acabaron

tumbados en la moqueta; Josh se colocó sobre ella y la penetró con tanta facilidad que Darcy dejó escapar un gemido mientras apretaba las piernas a su alrededor. Josh empezó a moverse suavemente, con un ritmo exquisito, concentrándose en el placer de la mujer que deseaba, aumentando su excitación con nuevas caricias y besos.

Darcy no pudo creer que su cuerpo fuera capaz de reaccionar de aquel modo. Pero lo hizo, y juntos alcanzaron el éxtasis.

Darcy despertó en sus brazos, con Bumpers tumbado a corta distancia. Permaneció un buen rato tumbada, observando a su amante. Un mechón de cabello caía sobre su frente, y se sintió dominada por una intensa emoción. Sabía que no era imaginación suya; lo amaba.

En cuanto pensó en el amor, se asustó. Se levantó y se vistió rápidamente. Quería alejarse de las largas piernas de Josh, de su duro cuerpo y de sus pestañas, tan oscuras y sensuales. La asaltaron multitud de dudas. No podía creer que hubiera permitido que las cosas llegaran tan lejos. Pensó que sería mejor que dejara una nota y que se marchara a casa en un taxi. Nerviosa, empezó a abrocharse los botones de la camisa. Cuando por fin lo consiguió, se agachó para ponerse las zapatillas. Pero Josh ya se había despertado.

—Eres de lo que no hay —dijo—. Ven aquí.

—Tengo que marcharme.

Darcy se ruborizó al verlo. Resultaba más que evidente que estaba dispuesto a hacer el amor otra vez.

Josh se sobresaltó, se puso rápidamente los calzoncillos y dijo:

—Espera… ¿qué ocurre? ¿Es que no has…?

—Ha sido perfecto —suspiró—. Una experiencia sexual perfecta.

En realidad, no mentía. Hacer el amor con Josh había resultado una experiencia tan satisfactoria que estaba muerta de miedo. Ahora estaba mucho más indefensa que antes, y no tenía estrategias adecuadas para oponerse al encanto de aquel hombre.

—¿Sólo ha sido eso para ti? —preguntó él mientras se ponía la camisa—. Sé que has disfrutado mucho.

Automáticamente, Darcy se dijo que había cometido un terrible error al pensar que podía estar enamorada de aquel hombre. Y como consecuencia lógica a su desconfianza, volvió a levantar todas las barreras posibles alrededor de su corazón.

Mientras salían del edificio, Josh pasó un brazo alrededor de sus hombros.

—Tus padres son encantadores. Anoche me divertí mucho con ellos. Tu padre dijo que le gustaría ir de pesca, y a mí me encantaría que nos acompañaras. Siempre y cuando, claro está, no captures el pez más grande.

Los ojos de Josh brillaban con entusiasmo. Y su cercanía, su afecto, y el amor que habían compartido empezaban a agrietar la actitud defensiva de Darcy. El problema consistía en que era perfectamente consciente de ello, y aquello la preocupaba.

—¿Que no pesque el más grande? Debes de estar bromeando.

Metieron al perro en el vehículo. Josh tomó su mano y la acarició con suavidad. Darcy se sorprendió deseando vivir lo que le deparara aquella tarde. Tal y como había prometido, Josh la llevó a una joyería. Eligieron una correa bastante cara, que quiso pagar él.

—No, gracias, pagaré yo —se apresuró a decir Darcy.

Acto seguido, sacó la cartera del bolso. Josh intentó protestar, pero no le sirvió de nada. Cuando el dependiente se dirigió a la caja registradora. Darcy aprovechó para añadir:

—No me gusta que me mantengan.

—Es una lástima. Estaba pensando en la posibilidad de comprarte una casa y un Rolls Royce y en contratar a un chófer para que te llevara a donde quisieras.

—Suena bien, sobre todo si el chófer es atractivo y diez años más joven que yo —rió.

—¿Es que te gustan los jovencitos? No me digas que deseas salir con un quinceañero.

—Bueno, no sé, tal vez pudiera con un quinceañero de aspecto bastante moderno. Con un *punk*, por ejemplo. Ya sabes, chaqueta de cuero, pendientes en la nariz y esas cosas.

Josh rió y subió al todo terreno.

—Ya veo que un viejo no tendría ninguna oportunidad contigo.

Darcy sonrió, pensando que estaba de broma, pero su lenguaje corporal parecía decir otra cosa. Se había dirigido a ella con tan sinceridad que se emocionó. Tomó su mano y la apretó con fuerza.

—¿Quieres comer algo? —preguntó él, más relajado.

—De acuerdo. Pero tendremos que ir a algún local en el que

admitan perros, para que Bumpers pueda entrar con nosotros.

Al final, no comieron en ningún restaurante. Compraron un par de bocadillos y se los comieron en el interior del vehículo, mientras Bumpers devoraba la comida que le habían llevado. Pero cuando terminó de comer, el perro empezó a ladrar e intentó pasar al asiento delantero para que le dieran más.

—Quieto —ordenó Darcy—. Será mejor que permanezcas en silencio cuando vayamos a meterte en mi casa.

—Creo que será mejor que lo envuelva con papeles de periódico y lo lleve en brazos —dijo Josh—. Justo antes de que nos vayamos a la cama, lo sacaré sin que nadie me vea para que dé una vuelta.

Darcy lo miró con asombro. Daba por sentado que iban a pasar juntos la noche. La idea le agradó tanto que sonrió con timidez.

Josh torció al llegar a la avenida de Wisconsin, que estaba llena de turistas. Mientras avanzaban entre el denso tráfico, vio unos claveles:

—Son unas flores preciosas.

Darcy se estremeció. Pensó en las mujeres a las que enviaba flores, sentadas en sus casas, encantadas con sus atenciones, y sintió un profundo dolor. Aquel hombre no se limitaba a hacer el amor de un modo casi perfecto. Iba más lejos y enviaba flores a sus amantes. La idea bastó para enojarla; pero no estaba irritada con él, sino consigo misma, por haber cedido al deseo.

Pensó que se había comportado como una estúpida al entregarse a Josh Cartwright, amante experimentado de multitud de mujeres. No comprendía que se hubiera expuesto a una situación que, más tarde o más temprano, acabaría mal. Y no sería la primera vez. La diferencia estribaba en que George y ella no se habían entendido nunca en la cama. Pero, a pesar de todo, debía poner fin a aquella situación.

En aquel momento un coche patrulla freno cerca del lugar donde se encontraban, con la sirena encendida. Dos policías salieron del interior y empezaron a cachear a un hombre que llevaba una gorra de béisbol.

—Georgetown ha cambiado —dijo Josh—. La gente ha cambiado. Hay tanta pobreza que la delincuencia ha aumentado muchísimo. Ya no se está a salvo en ninguna parte. Deberías tener cuidado.

Darcy se giró y vio que la policía había obligado al hombre a que se tumbara en el suelo, cerca de la floristería.

—Es increíble que ocurran estas cosas, y tan a menudo, en Georgetown. Y pensar que estamos a diez minutos de la Casa Blanca… Se supone que el presidente debería hacer algo para evitarlo.

—Oh, ya lo hace. Los presidentes se pasan la vida pronunciando discursos. Nada más.

Darcy y Josh siguieron charlando sobre la capital de los Estados Unidos, hasta que por fin llegaron a la razón que los mantenía en Washington D.C.

—Creo que nos gusta esta ciudad por los mismos motivos —declaró ella—. Está llena de historia. Tiene edificios preciosos, árboles enormes y antiquísimos, embajadas, puentes centenarios… es una capital. Un lugar cosmopolita.

Josh giró al llegar a un cruce.

—Casi estamos en casa, Bumpers. Y hasta vamos a tener suerte… estoy viendo un sitio perfecto para aparcar.

Josh aparcó el vehículo entre un Chevrolet y un Mercedes. Después, se dirigió a Darcy.

—Si me pasas el periódico, utilizaré las páginas para tapar a Bumpers.

Darcy se quitó el cinturón de seguridad y tomó el periódico y al perro al mismo tiempo.

—Gracias, Josh, pero puedo meterlo yo sola. No veo al casero por ninguna parte. Además, tengo mucho que hacer.

Josh se inclinó sobre el volante y la miró con curiosidad.

—¿Es una manera educada de decir que no quieres que entre?

—Sí —respondió en un murmullo.

—¿Y cómo vas a arreglártelas para sacarlo a pasear? No querrás salir tú sola por la noche, tal y como están las cosas. ¿O es que tienes miedo de que vuelva a besarte?

Darcy recordó algunos detalles sexuales, como la increíble sensación erótica de que la mordisqueara en la cintura e, inmediatamente se perdió. Pero prefirió justificarse pensando que necesitaba ayuda con Bumpers.

Josh no esperó que respondiera. Envolvió al perro en el periódico y lo acarició para que se tranquilizara.

—Vámonos antes de que empiece a ponerse nervioso y ladre.

Darcy corrió hacia el edificio y abrió la puerta.

Josh la siguió y cerró la puerta con el pie. Bumpers empezó a ladrar casi de inmediato.

Darcy se dirigió al dormitorio y dijo:

—Tráelo aquí. Será mejor que esté lejos de la entrada, para que no puedan oírlo.

—Tendremos que ponerle un bozal. Para ser tan pequeño, ladra mucho.

Josh dejó al perro en el suelo, y Bumpers empezó a corretear de un lado a otro. Darcy se apresuró a guardar la ropa que había sacado de la secadora y la dejó en la cesta, en el armario. Cuando se volvió, vio que Josh tenía en la mano una de sus braguitas negras.

—Eres un viejo verde y sucio —protestó, mientras se las quitaba.

—Puede que sea un viejo verde, pero esta mañana me he duchado y no me importaría ducharme otra vez. Mientras lo hago, tú podrías vigilarme de cerca para asegurarte de que me limpio adecuadamente. Porque supongo que tienes ducha, ¿verdad?

Darcy rió y le arrojó las braguitas a la cabeza.

—No hagas eso… —advirtió—. Bueno, mejor hazlo otra vez. Empieza a gustarme.

Josh corrió hacia ella y ambos cayeron sobre la cama. Pero Darcy decidió dejar las cosas claras.

—Esto no puede continuar. No quiero tener una aventura contigo.

Josh se apoyó en un codo y la miró.

—Ven conmigo, cariño… —dijo, fingiendo acento extranjero.

Darcy volvió a reír. Pero de repente oyeron que alguien llamaba a la puerta. El perro se puso a ladrar y Darcy se levantó de un saltó.

—Espero que no sea el casero. No sé cómo podría justificar la presencia del perro.

—Espera un momento… Yo me encargaré. Tú limítate a encargarte del perro y haz lo que sea para que no ladre.

—No, el casero no te conoce. Iré yo. ¡Ya voy!

Como suponía, el casero estaba en la puerta. Era un hombre delgado, y llevaba un palillo en la boca.

—Tu vecina dice que ha oído ladridos. Y ya sabes que aquí no se pueden tener perros.

—Conozco muy bien las normas —sonrió—. Pero no es un perro. Es una cinta grabada con ladridos amenazantes, para disuadir a cualquier intruso.

—Qué cosas inventan —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Cualquier día grabarán cintas de gente haciendo el amor. Ya sabes, todos esos ruidos…

Darcy frunció el ceño.

—¿Qué clase de comentario es ése? Es una grosería. No puedo creer que hayas dicho algo así. Hasta luego.

Darcy cerró la puerta de golpe y suspiró, pero no se tranquilizó hasta que oyó que se alejaba.

Josh apareció entonces con Bumpers en brazos. Estaba sujetándole el morro para que no pudiera ladrar. Sonrió y volvió al dormitorio. Darcy lo siguió y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Se ha propasado contigo? —preguntó.

—No, aunque a veces pienso que es idiota.

—Bueno, será mejor que compruebe si tengo mensajes en el contestador. Es posible que alguien haya llamado para interesarse por el perro.

Darcy lo acompañó al teléfono que había en la cocina.

—Tenemos que hablar sobre la boda de Ginger. Y sobre las invitaciones, la comida y la música. ¿Quieres que contratemos a una orquesta? ¿O prefieres un grupo?

Josh gimió.

—Dejemos eso de momento. Además, confío en ti. Haz lo que consideres más apropiado. Puede que Ginger tenga sus propias ideas, pero es demasiado joven e inexperta. Por cierto, hay una bolsa de comida para perros en el coche. Iré a buscarla en cuanto haya comprobado los mensajes.

—No creo que el casero crea que las cintas con ladridos necesitan comida para perros. Dame las llaves del coche e iré a buscarla con una bolsa para que nadie la vea.

Darcy tomó las llaves del vehículo y las llaves de la casa y salió con una bolsa de la compra, esperando que el casero se hubiera alejado de la zona.

—Ten cuidado.

Darcy sonrió al salir. Le alegraba saber que había alguien que se preocupaba por ella. Se dijo que seguramente se tomaba muy en

serio la relación que mantenían; de lo contrario, no podía creer que se tomara tantas molestias por ella. Era un hombre muy considerado. Un buen hombre.

De vuelta en la casa, alzó la bolsa, triunfante, y rió al ver a Josh, que aún estaba cerrando el morro del perro para que no ladrara.

—No hay ningún mensaje —dijo él—. ¿Puedes llevártelo mañana al trabajo?

—Llamaré a mi tía June.

Darcy pensó que se había olvidado completamente del trabajo. Algo poco normal en ella. El trabajo siempre había sido su vida, su tabla de salvación.

Descolgó el teléfono y llamó a su tía. Pero no se mostró demasiado cooperativa hasta que mencionó el nombre de Josh.

—¿Quieres decir que está ahí, contigo? —preguntó con suavidad —. Bueno, es un cliente, así que tenemos que cuidarlo… Pero sólo me lo quedaré un día o dos.

Cuando terminó de hablar con June. Darcy colgó y le contó lo sucedido.

Josh se había sentado en el salón y estaba tomando algunas notas; la mención al trabajo de Darcy le había recordado que él también tenía ciertas ocupaciones. Darcy sonrió. Era una escena muy familiar, doméstica; pero no quería dejarse llevar demasiado. Hasta entonces se las había arreglado bastante bien sola, y le gustaba la independencia. No había sitio en su vida para un marido, ni para un compañero.

—¿Quieres un refresco? —preguntó ella, mientras pensaba en lo que iba a ofrecerle de cenar.

—No, ahora no, gracias. Creo que será mejor que saque a Bumpers aprovechando que todo el mundo estará cenando.

Cuando se marchó, Darcy se sentó en una silla. Miró a su alrededor y se preguntó qué habría pensado de su salón. El sofá y los sillones, de color azul eran de segunda mano. La mesita la había comprado en una subasta callejera. En comparación con su casa y con su oficina, se podía decirse que era un piso más que modesto. Sin embargo, no actuaba como si hubiera notado la diferencia. No se comportaba como un típico niño rico mimado. Aunque supuso que sólo se fijaba en las mujeres.

Sintió una punzada en el estómago y pensó que ahora formaba

parte de su lista de amantes. Enviaba ramos de flores a todas las mujeres con las que se acostaba, así que pensó que recibiría alguno en cualquier momento. Aquello hizo que se sintiera pequeña e insignificante. Sólo era una mujer más. De inmediato se dijo que había cometido un terrible error al confiar en él. Y desgraciadamente, se había enamorado.

Intentó tranquilizarse por el procedimiento de tomar un buen vaso de agua fría. Hacer el amor con Josh había sido, tan sólo, un incidente desafortunado. No había logrado controlarse, pero estaba dispuesta a impedir que sucediera de nuevo. Y desde luego, no quería ni oír hablar de la palabra amor. Cancelaría lo de la cena. Se excusaría diciendo que tenía trabajo pendiente. Con tantos muebles baratos Josh estaba fuera de lugar; y no tenía intención de redecorar la casa. Definitivamente, se libraría de él.

Josh apareció al cabo de un rato con dos enormes bolsas.

—He ido a comprar unas cuantas cosas en Meet Me at the Mango —sonrió.

Caminó hacia la cocina y dejó las bolsas sobre la encimera, mientras comentaba lo hambriento que estaba. Darcy puso la mesa y se dispuso a sacar la comida de las bolsas. Entonces la asaltó el delicioso olor de la tartaleta de queso y espinacas y de la ternera al curry, con salsa de mango y arroz. También había comprado una botella de vino. De hecho, había encontrado las copas y ya estaba sirviéndolo. Bumpers estaba tumbado en una esquina, mirándolos con cariño.

—Por un gran día —brindó él.

—¿Te gusta Meet Me at the Mango? —preguntó ella.

—Es un sitio encantador. Los canarios que tienen enjaulados se han puesto a cantar como locos cuando entré con Bumpers. El maître se ha enfadado bastante, y Bumpers se ha puesto a ladrar. Ha sido una escena bastante ridícula —sonrió.

Darcy empezó a reír. Josh era divertido, y nada conservador, aunque al principio pensara lo contrario, tal vez por culpa de George.

—¿Cómo te las has arreglado por fin para conseguir la comida?

—Me he quedado esperando fuera mientras preparaban el pedido. No quería dejar a Bumpers solo, atado a un árbol. El camarero me ha sacado la comida, y le he dado una propina más

que generosa.

—Trabajan bien y tienen un magnífico servicio. Eso explica su éxito.

Dieron buena cuenta de la comida, que era excelente. Josh no había probado nunca la ternera con mango y le encantó. La carne estaba perfecta; como el arroz, delicadamente fragante. Comieron hasta que no pudieron más. Al final, Josh alzó la mirada y dijo:

—Estás preciosa. Tendremos que asegurarnos, de ahora en adelante, de que tomes más curry. Las especias le sientan bien a tu piel.

Los cumplidos de Josh la emocionaron. Sus palabras eran como las olas del mar que rompían una y otra vez contra su corazón. Pero tenía miedo. Estaba obsesionada con la idea de controlar su futuro y con la necesidad de evitar otro desastre emocional.

—No son las especias, sino el vino. Pero ahora estoy más cansada que antes —bostezó—. Creo que voy a acostarme pronto. Bumpers y yo te agradecemos la cena. Ya nos veremos en otra ocasión.

—¿Estás pidiéndome que me marche?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, ha sido un largo día y tengo cosas que hacer. Tengo que llamar a mis padres para hablar con ellos sobre un asunto familiar. Además, también tengo que llamar a mi tía June.

Josh se marchó unos minutos después, con un beso, y Darcy se dispuso a llamar a sus padres.

Deseaba saber qué había ocurrido con el asunto de los inversores. Pero su padre parecía completamente derrotado.

—Estuve reunido con los tres inversores de los que te hablé. Dos se asustaron de mi idea; no podían comprender cómo podríamos competir con las cadenas. Y el tercero dijo que tenía que hablar con su esposa antes de darme una contestación definitiva.

Darcy se dedicó a intentar animarlo hasta que su padre dijo, a! cabo de un rato:

—June está aquí. ¿Quieres hablar con ella?

Antes de que Darcy pudiera responder, su padre se apartó del teléfono y tosió. Darcy prefirió no decir nada, porque sabía que le molestaba que se interesaran con insistencia por su salud. June se

puso al teléfono segundos más tarde.

—Mañana vamos a traer a casa al tío Albert, para que se tome unas cortas vacaciones. A fin de cuentas ya no estoy acatarrada y no puedo contagiarle nada malo. Tu madre quiere saber si puedes venir. Dice que va a preparar pollo como te gusta.

—Entonces, iré —dijo Darcy, mientras se preguntaba si podría llevar a Bumpers—. Ah, y me gustaría ver otra vez las fotografías de la tienda. Tenemos que remodelarla.

—Tal vez deberíamos contratar a un arquitecto —observó June —. No sé, tal vez un hombre divertido y atractivo. Y quién sabe si…

Darcy se despidió a toda prisa, colgó el teléfono y gimió. No sabía cómo enfrentarse a las situaciones románticas, pero al menos había sido capaz de controlar su faceta más débil y había logrado que Josh se marchara.

9

Se había deshecho de él cuando creía que por fin había conseguido que superara sus temores. Josh entró en su casa herido, presa de una profunda sensación de abandono. Después de que hicieran el amor, los ojos de Darcy brillaban con inmensa alegría, con tanta alegría como la que sentía él al verla. Y que lo hubiera echado sólo podía significar, desde su punto de vista, una cosa: que seguía enamorada de George.

Estuvo a punto de ceder al impulso de llamarla por teléfono para salir de dudas, pero no quería arriesgarse a que Darcy confesara que aún estaba enamorada de su antiguo prometido. Maldijo a George, irritado. De buena gana habría ido a casa de Darcy y habría empezado a golpear la puerta hasta que le abriera el corazón. Al parecer no había aprendido nada; estaba empeñada en volver al pasado, en volver con George. Josh no podía entenderlo. Pensaba que a aquellas alturas ya habría superado lo sucedido. Además, y por lo que sabía, George no tenía intención alguna de divorciarse de Rhonda para volver con Darcy. George ni siquiera se habría comprometido con Darcy de no haber sido por sus padres, que esperaban que se casara con una mujer como ella.

Pero obviamente no podía decírselo a Darcy. Sólo serviría para que se sintiera peor. La situación resultaba bastante complicada; si no le contaba la verdad, si no hablaban sobre ello, no conseguiría que dejara de amar a George. Sólo podía hacer una cosa: darle tiempo para que se diera cuenta de que él era el hombre apropiado para ella. Pero si la estrategia no funcionaba no tendría más remedio que aceptarlo y alejarse.

Marcó el número del investigador, aunque era sábado por la noche. Para su sorpresa, el hombre contestó.

—Aún no he averiguado nada concreto sobre Billy Melrose, exceptuadas esas llamadas a Florida. Tengo la impresión de que habla en algún tipo de código que no he conseguido descifrar. Además, es muy astuto con el ordenador. Tenemos problemas para separar los asuntos serios de las trampas para desviar la atención. Y por si fuera poco, ahora va a comprarse un velero.

—¿Va a pedir un crédito?

—No. Al parecer habló con el vendedor de la bahía de Chesapeake y dijo que pagaría en efectivo. Y lo más gracioso de todo es que ni siquiera preguntó el precio.

—Entonces tal vez deberías ir personalmente a Florida. ¿No sabes de dónde ha podido sacar el dinero?

—No. No juega en Bolsa y no tiene más bienes declarados que su casa de MacLean. Está completamente pagada y valorada en medio millón de dólares. Pero hay algo que no entiendo… ¿Por qué viaja en autobús si tiene un Jaguar y un Mercedes?

—Por eso te he contratado. Su actitud es muy sospechosa, y quiero que sigas investigando.

—Muy bien. La semana que viene iré a Tampa. De todas formas, y como sabes, hay mucha gente que todos los días va en coche a Washington, aparca en las afueras y toma un autobús para no tener que pagar un aparcamiento. Deberías pensar en la posibilidad de que Billy Melrose no tenga nada que ocultar. Todos tenemos nuestras rarezas, y eso no significa que seamos delincuentes.

Cuando Josh colgó el teléfono, estaba de peor humor que antes. Por suerte, Ginger no podía acceder a su herencia hasta que se casara. Y si él podía hacer algo, el matrimonio no llegaría a realizarse. Tenía que proteger a su hermana. Si el detective descubría algo raro podría convencer a Ginger y evitar que se casara con un aprovechado. Pero mientras tanto, debía encontrar la forma de convencer a Darcy para que estuviera con él.

Josh comprobó la correspondencia y tiró toda la publicidad a la papelera. Después encendió la televisión y fue cambiando de canal, pero la programación era insoportable, así que decidió trabajar un rato.

El trabajo siempre le había servido para tranquilizarse y superar la soledad. Llevó el maletín al escritorio, redactó unas cuantas órdenes y estudió atentamente las notas de uno de sus socios, que estaba trabajando en el divorcio de los Vandenberg. La señora Vandenberg había pedido el divorcio al cliente de Josh, un distinguido economista, y quería la custodia de su perro. Algo bastante asombroso, que inmediatamente le hizo pensar en Darcy y en Bumpers.

Él había dejado al perro en su casa, pero quería tener derecho a verlo de vez en cuando, como su cliente. En cierto momento Josh

había sugerido al señor Vandenberg que se comprara otro perro y olvidara el asunto, pero el hombre había insistido. Josh pensó más tarde que había sido algo insensible con él y tomó nota, mentalmente, de que debía ser más comprensivo con sus clientes y con sus animales de compañía.

Ya era demasiado tarde para llamar al encargado de su granja en Virginia; le habría gustado tener más tiempo libre para encargarse él mismo de las reparaciones necesarias, pero no lo tenía. Aquello lo irritó aún más.

Se dirigió al dormitorio y se metió en la cama. Después, puso el despertador y tomó una revista de Economía para leer un rato. Pero no podía dejar de pensar en Darcy. Tenía la impresión de que lo quería. Se había entregado a él libre y apasionadamente, aunque luego se hubiera alejado. Sus padrastros le habían advertido, de joven, sobre el comportamiento algo irracional de algunas personas, y el propio Josh lo habla verificado más tarde con su propia experiencia. La mayor parte de los matrimonios de Estados Unidos terminaban irremisiblemente en divorcio.

Apagó la luz y volvió a maldecir a George. Había pasado muchos años soñando con la preciosa y enigmática Darcy y, por fin, había conseguido acercarse a ella, sentir su calor y su pasión. Pensó que en aquel instante debería encontrarse a su lado, abrazándola, haciéndole el amor; pero se había librado de él. Sin embargo, no estaba dispuesto a permitir que las cosas terminaran de aquel modo. Hacer el amor una vez no era suficiente.

Consiguió no llamarla por teléfono, aunque aún le dolía que lo hubiera echado de su casa. Desgraciadamente, tenía más cosas en las que pensar. Quería desenmascarar a Billy, hacer que contestara a unas cuantas preguntas. Si no conseguía nada, hablaría con Ginger para que le explicara todo lo que supiera sobre las conexiones que tenía su prometido en Florida. Dudaba que supiera nada sobre el asunto, pero debía intentarlo, así que la llamó por teléfono.

—Claro que puedo ir a comer contigo, Josh. Pero no sé si Billy podrá. Se marchó ayer para ver a su hijo. De todas formas le dejaré un mensaje para que venga con nosotros si llega a tiempo.

Cuando terminaron de hablar, Josh tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su inquietud. Estaba seguro de que Billy utilizaba a

sus hijos como excusa para que Ginger no conociera determinados aspectos de su vida. Pero estaba dispuesto a dedicar todo el domingo a resolver aquel asunto.

Bumpers despertó a Darcy el lunes por la mañana, apretando su peludo rostro contra el de la mujer para pedir comida. Darcy no reaccionó inmediatamente y el perro empezó a ladrar; así que no tuvo más remedio que levantarse.

—Ayer no te divertiste nada sin tu amigo Josh, ¿verdad? —preguntó, mientras le daba la comida—. Te obligamos a estar con Mitzi y Rambo, y odias a los gatos.

Mientras esperaba a que el café se hiciera, Darcy pensó en la escena familiar del día anterior. Su padre había sufrido un ataque de asma, y sabía que en parte se debía al asunto de los inversores. Pero a pesar de todo había disfrutado con la reunión porque le encantaba hablar de Phoenix. No tenía intención de abandonar Dreams Inc., pero esperaba abrir una sucursal en Phoenix, con el tiempo, y marcharse a vivir allí. No había nada que la atara a Washington.

Se duchó y se puso un traje azul marino, con una blusa oscura. Acto seguido eligió unos zapatos de tacón alto y tomó un bolso grande para meter al perro.

El perro ladró alegremente, y en aquel preciso instante sonó el timbre de la puerta. Darcy lo agarró por el collar y tiró de él para llevarlo al dormitorio. Sin embargo, el animal se soltó y empezó a corretear por el salón.

—Ssss…, siéntate —ordenó ella, temiendo que pudiera ser el casero.

Pero el perro no hizo caso. No tenía más opción que abrir la puerta y afrontar las consecuencias. Y lo hizo. Pero no era el casero, sino Josh.

Bumpers corrió hacia él, muy contento.

—Lo siento, no he debido llamar a la puerta. Sus ladridos se oyen a kilómetros —dijo el—. Vaya, estás preciosa.

A Darcy le habría gustado que la abrazara y la besara, pero no lo hizo. Resultaba comprensible: no en vano le había echado.

—Estaba a punto de marcharme a trabajar. Iba a meter a Bumpers en este bolso, pero creo que le gusta más el periódico.

Darcy había pasado toda la noche soñando con él. Hacer el amor una sola vez no era suficiente. Quería experimentar muchas más posiciones, muchos más juegos. Sintió la tentación de quitarle la corbata roja, el traje oscuro y la camisa blanca. Quería acariciar su pecho, besar sus muslos y lograr excitarlo hasta que perdiera el control.

Josh estaba hablando, pero Darcy no había oído nada de lo que decía, de modo que tuvo que disculparse.

—Lo siento, estaba pensando en otra cosa.

—Decía que he venido para ayudarte con Bumpers. Tengo una reunión a las nueve en punto —dijo mientras miraba el reloj.

—Sal tú primero. Mi coche está aparcado a la izquierda, según se sale, en la primera manzana. Yo te seguiré.

—Voy a estar reunido todo el día, pero intentaré llamarte para ver cómo van las cosas.

Josh dejó al perro en el coche y se despidió con la mano. Darcy subió al vehículo y arrancó. Josh había estado muy distante con ella, muy frío. Sólo le había dado un beso en la mejilla y un pequeño discurso sobre lo ocupado que estaba. Aquello le recordó a ciertos amigos casados que no eran capaces de hablar de otra cosa que no fuera su profesión, para horror de todos los que los rodeaban.

Cuando llegó a su despacho, estaba de peor humor. Pero al menos Bumpers cayó bien a todo el mundo. Empezaron a acariciarlo, a mimarlo y a darle todo tipo de golosinas. Darcy observó la escena en silencio; por suerte, también le había gustado a su tía June. Nunca estaba de más que contara con el apoyo de su socia.

Bumpers se apartó de sus admiradores y corrió hacia Darcy, ladrando. La mujer lo miró y sonrió. Era un perro precioso, leal y muy agradecido. Conseguía ponerla de buen humor sin demasiado esfuerzo.

—Vaya, vaya, parece que está enamorado de ti —bromeó uno de sus compañeros.

Una vez en el interior del despacho, Bumpers se acomodó en una esquina y Darcy empezó a trabajar. En primer lugar, llamó por teléfono a una juguetería para que enviaran un osito de peluche al nieto de Antonio; acto seguido, se puso en contacto con el propio

Antonio para agradecerle la invitación.

—¿Qué tal está tu nieto?

—Muy bien, gracias. En cuanto a la cena, me alegro que os gustara. Por cierto, he reservado todas las alfombras que pedisteis.

Antonio se detuvo un momento, antes de continuar. Darcy sintió curiosidad por lo que tuviera que decir.

—Creo que Josh sería un buen marido para ti, Darcy…

Darcy se ruborizó.

—No estoy buscando marido, Antonio.

—De todas formas, Josh es un hombre encantador. Un hombre decente y honrado.

En el preciso instante en que dejaron de hablar, June entró en el despacho.

—¿Qué te ocurre? Estás completamente roja… ¿Problemas con los clientes?

—No, no era ningún cliente. ¿Qué querías? —preguntó, mientras miraba unos documentos para disimular.

June pareció comprender el motivo de la inquietud de Darcy.

—¿Ya te ha dado Josh una fecha?

Sobresaltada por la pregunta, Darcy la miró boquiabierta. Tardó cierto tiempo en reaccionar.

—Sí. El día seis de octubre. Tenía intención de confirmar la fecha esta mañana, cuando lo he visto, pero no he podido.

—¿Esta mañana? —preguntó June, sonriendo.

—Se ha pasado por mi casa para ayudarme a sacar a Bumpers. Eso me recuerda que tengo que redactar un anuncio para ponerlo por el barrio.

Darcy empezaba cansarse de que todo el mundo insistiera en hablar de Josh. Era un amigo, y su amante, pero en ningún momento había pensado en la posibilidad de casarse con él. Más tarde o más temprano acabaría la relación que mantenían, y no quería pensar en ello. Abrió los cajones en busca de alguna chocolatina que la animara, pero no había ninguna.

Después, encendió el ordenador y escribió una nota para pegar en las paredes, con la descripción del perro. Hizo setenta y dos copias, y estaba recogiéndolas cuando sonó el teléfono. Era un empleado de Brass Barons que llamaba para decirle que iban a llevar el pedido a su casa al día siguiente, por la tarde. Darcy

encontró bastante raro que lo enviaran a su casa en lugar de enviarlo a Dreams Inc.

—¿Cómo es posible? —preguntó.

—Su ayudante dijo que hablaría con usted. Al parecer ya no tienen sitio en el almacén.

Cuando colgó el teléfono, intentó tranquilizarse. Al fin y al cabo no era tan terrible. Podía meter la caja en cualquier sitio.

Unos minutos más tarde, llamaron a la puerta. Era su ayudante.

—¿Qué ocurre?

—El tipo al que conocí el otro día me ha enviado un ramo de rosas. ¿No te parecen preciosas?

Amy estaba tan emocionada que había derramado unas lágrimas. Darcy se alegró mucho por ella. Su último novio le había pegado varias veces.

Sin embargo, el ramo de flores le recordó a Josh. Esperaba haber recibido un ramo similar, pero supuso que estaba demasiado ocupado para encargarlo.

El resto de la mañana transcurrió con rapidez mientras trabajaba en los detalles de la boda de Ginger. Llamó a algunos de los restaurantes de comida mediterránea para interesarse por los precios, pero evitó los pequeños, porque suponía que no tendrían capacidad para encargarse de la comida de quinientos invitados en Virginia y mantener, al mismo tiempo, su negocio diario. Rosa, la cocinera de Dreams Inc., no se atrevía a cocinar para tantas personas, y Darcy la comprendía perfectamente. Era demasiado. De modo que apuntó los precios y ordenó a Bumpers que guardara silencio; tenía la manía de ladrar cada vez que encendía la impresora.

Al mediodía llamó a la Sociedad Protectora de Animales y comprobó que nadie había preguntado por Bumpers. Decidió aprovechar el descanso del mediodía para sacarlo a pasear y comer algo de paso. Cuando regresó del paseo, June se acercó a ella.

—Aún queda comida de la recepción de los Larrimer. Llévatela a casa. Ah, por cierto…, tu madre ha llamado mientras estabas fuera. Va a pasar por tu casa para llevarte tarta de manzana esta noche.

—¿Es que se ha cortado el pelo? —rió Darcy.

Su madre siempre preparaba tartas cuando se cambiaba de peinado.

June también rió.

—Bueno, ya lo tenía demasiado largo.

Darcy dejó al perro con su tía. Después, subió al coche y se dirigió a la zona donde habían encontrado al animal. Una vez allí, pegó los carteles en los troncos de los árboles, con cinta adhesiva. Guardó unos cuantos para repartirlos por las tiendas y pidió a los propietarios que los colocaran en la entrada o cerca de la caja registradora.

Volvió a su despacho pensando que seguramente ya habría recibido el ramo de flores que esperaba de Josh. Pero no había llegado nada. Perpleja, intentó trabajar un rato. Pero no podía dejar de pensar en él. Se dijo que era normal; a fin de cuentas, estaba trabajando en los planes de la boda de Ginger. Incluso intentó convencerse de que no estaba enamorada de él, por el procedimiento de repetir, mentalmente, que sólo quería a su familia y su trabajo.

A pesar de todo, su corazón se aceleró cuando lo imaginó allí mismo, sentado en su despacho. Deseaba saber lo que pensaría sobre ella, lo que había sentido el día que hicieron el amor.

Siguió trabajando un buen rato, entre llamadas telefónicas e interrupciones de sus compañeros. Al final, cuando estaba a punto de marcharse con Bumpers, June se acercó a ella.

—He encontrado una bolsa adecuada para que puedas meter al perro —dijo.

Era una bolsa de gimnasia, larga y estrecha, con el fondo duro. Bumpers cupo sin ningún problema.

Mucho más tranquila, se dirigió a su casa. Todo estaba en calma, pero de todas formas se apresuró a entrar; cuando sacó a Bumpers de la bolsa, el animal corrió a la cocina para beber.

Darcy sacó un trozo de ternera del congelador, para que se descongelara, y después se cambió de ropa. Quería sorprender a sus padres con una buena cena. De hecho, lamentó no haberse detenido de camino a casa para comprar algunas cosas.

Una vez más, pensó en Josh y suspiró. No encajaba en sus planes. La compra de la ferretería de Phoenix la iba a tener muy ocupada con su familia. Los inversores con los que había hablado su padre parecían ahora más convencidos. En cuanto a Dreams Inc., marchaba viento en popa con los sucesivos encargos de los clientes;

así que esperaba poder ayudar económicamente con la remodelación.

Estaba preparando el asado cuando Bumpers empezó a ladrar. Segundos más tarde, sonó el timbre de la puerta. Rápidamente metió al perro en el dormitorio, temiendo que pudiera ser el casero.

Pero era Josh. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta blanca.

—Hola —sonrió—. He encontrado esta enorme caja en la puerta…

—Ah, es para la boda de Ginger.

Josh levantó la pesada caja y la dejó en una esquina del recibidor. Darcy abrió la puerta del dormitorio para que Bumpers pudiera salir. El perro se arrojó inmediatamente a los brazos de Josh y empezó a lamer su rostro. El entusiasmo de Josh hizo que Darcy sonriera.

—¿Ni siquiera piensas darme un beso en la mejilla, a modo de saludo? —preguntó él.

Darcy lo besó, algo nerviosa, y aspiró la fragancia de su loción de afeitar. Su piel era firme y suave. De inmediato sintió el deseo de acariciar su cabello, pero no lo hizo. Sabía que, si empezaba, no podría controlarse.

—Creo que puedes hacerlo mejor—dijo Josh.

Entonces la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Darcy se estremeció, pensó en la tienda de alfombras y se dejó llevar por las fantasías de lo que podrían hacer sobre superficies tan cómodas. Pero las fantasías no saciaban el deseo que sentía. Habría dado cualquier cosa con tal de que volvieran a quedarse encerrados.

—Darcy, Darcy… ¿qué voy a hacer contigo? —con el ceño fruncido, dejó un papel sobre la mesa—. Todo este asunto empieza a molestarme. Cuando volvía a casa, he visto los carteles que has puesto por el barrio, con tu nombre y tu número de teléfono. No debiste hacerlo. Ahora cualquier desquiciado podría saber dónde vives y cómo localizarte. Parece mentira que no conozcas esta ciudad. ¿Es que no has pensado que te has puesto inútilmente en peligro?

—¡Espera un momento! Nadie va a presentarse en mi casa con malas intenciones. Y si lo hacen, ya me las arreglaré.

—No dudo que seas capaz de resolver tus propios asuntos, pero

deberías tener más cuidado.

Acto seguido, Josh abrió la caja que había encontrado en la puerta, y que contenía bandejas para la boda de su hermana. Retiró la tapa y dio a Darcy el albarán que había en la parte superior. Era una típica nota en la que se detallaba el contenido de la caja; se advertía que los soportes de madera se enviarían por separado.

—Son bastante grandes —dijo Darcy—. Creo que cabrán seis personas alrededor de cada bandeja, sentados sobre cojines. En fin, vamos a echar un vistazo a las muestras.

—¿Muestras? ¿Insinúas que éste sólo es el primer envío?

—En efecto. Quería asegurarme, primero, de que le gustaran a Ginger. Con estas cosas nunca se sabe. El trabajo de artesanía puede ser malo, o puede que no le guste el diseño. Y más de una vez las bandejas son tan finas que se doblan con cualquier cosa y no sirven para nada.

Josh se inclinó sobre la caja y empezó a sacar el contenido. En la parte superior, sólo había un montón de polietileno.

—Supongo que las bandejas estarán en la parte de abajo, para que no sufran desperfectos durante el transporte —dijo Josh.

Darcy se detuvo a su lado y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no acariciar su cabello. Segundos más tarde, y para desesperación de ambos, comprobaron que habían cometido un error. Darcy sacó una de las bandejas y dijo:

—Sí, claro, son bandejas… pero de camarero. No tienen nada que ver con las que utilizan los árabes para comer o tomar té, a modo de mesa.

—Desde luego. Y además son demasiado pequeñas. ¿Te imaginas a seis personas sentadas alrededor?

Darcy estalló en una carcajada.

—Ni aunque fueran muñecas.

Josh sacó otra de las bandejas y empezó a golpearla con la mano, como si fuera una pandereta. Darcy se dejó llevar por la absurda situación, tomó un vaso que había en la mesa y fingió que lo utilizaba a modo de micrófono mientras cantaba una canción. Las voces y el ruido llamaron la atención de Bumpers, que empezó a correr en círculos a su alrededor. Darcy sufrió un ataque de risa, dejó de cantar y se arrojó al sofá. Josh se sentó a su lado y dijo:

—Tienes una voz muy bonita. Antonio dijo que de pequeña

cantabas muy bien. ¿No has considerado la posibilidad de dedicarte a la música?

—Y tú tocas muy bien la pandereta. ¿No has pensado en dedicarte al espectáculo? —bromeó.

—Oh, sí, podríamos formar un grupo. Los «Pantalones cortos», por ejemplo.

—¿Los pantalones cortos? ¿A qué viene ese nombre?

—A que los dos llevamos pantalones cortos hoy —respondió, mientras acariciaba uno de sus muslos.

El contacto de su mano la estremeció.

—Sí, me gusta el nombre.

Acto seguido, Darcy lo imitó y acarició los duros muslos de Josh, estremecida.

—Pues esto hay que celebrarlo —declaró Josh—. Creo que podríamos salir a cenar a alguna parte.

—Lo siento, pero no puedo.

—Entonces, lo celebraremos de otro modo. En lugar de cenar, nos ocuparemos primero del postre.

Josh se inclinó sobre ella y la besó.

Darcy sintió sus cálidos labios y un intenso deseo la dominó. Josh la abrazó con fuerza, y un sinfín de intensas emociones recorrieron el cuerpo de la mujer. Estar de aquel modo, con el hombre que deseaba, era lo más natural del mundo.

Apretó los labios contra los de Josh, que la abrazó con fuerza, aplastando ligeramente sus senos contra su duro pecho. Darcy gimió, dominada por el deseo, e inclinó la cabeza sobre el cuello de su amante. Cuando empezaba a juguetear con el lóbulo de su oreja, el sonido del teléfono los interrumpió.

—Deja que suene —dijo Josh—. ¿No tienes contestador automático?

Antes de que pudiera contestar, oyeron la voz de la persona que había llamado.

—Darcy, soy Martin. Te echo de menos. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Josh se sobresaltó y la miró con gesto de recriminación.

Darcy corrió a contestar. A su dentista y amigo le encantaba bromear.

—Hola, Martin —saludó, volviendo la espalda a Josh—. Sí,

bueno, te llamaré mañana. Perfecto. Podemos quedar para comer.

Cuando colgó, Josh se había sentado en el sofá y estaba pasándose una mano por la cabeza.

—Así que vas a salir con Martin mañana.

—Sí, vamos a comer.

Josh se levantó, irritado.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

La frialdad del tono de Josh la sorprendió. Parecía celoso. Pero la idea de que tuviera celos de Martin era tan graciosa que apenas pudo contener la risa. Se agachó con el pretexto de estirar un poco la alfombra, aunque en realidad sólo quería ganar unos segundos para recobrar la compostura.

—¿Y bien? —insistió él.

—Bueno… lo conocí hace unos meses. Es un buen amigo.

—¿Un amigo? ¿Alguien en quien confías?

Darcy encontró muy interesante que Josh no quisiera que mantuviera una relación íntima con otro hombre, aunque fuera simple amistad. Le complació tanto que a punto estuvo de confesar que no mantenía ninguna relación con Martin. Pero estaba convencida de que Josh era un típico conquistador, y deseaba bajarle los humos.

De todas formas, lo miró y pensó que le encantaba que estuviera en su casa. Sin embargo, se encontraba demasiado cómodo allí; actuaba con tanta naturalidad que Darcy tenía miedo, sobre todo después de la pequeña escena de celos. Josh era un hombre importante acostumbrado a poseer cosas, incluso personas, y había permitido que las cosas fueran demasiado lejos.

En cualquier caso quería que se marchara antes de que llegaran sus padres. No deseaba que llegaran a conclusiones equivocadas.

—Creo que deberías irte. Josh. Espero visita.

—¿Esperas a ese tal Martin?

—No. Iremos mañana a comer.

—Ya veo.

—Te llamaré mañana por la noche.

—Darcy… ¿de verdad quieres que me marche?

Darcy asintió. Josh se inclinó para besarla en la mejilla, a modo de despedida. Cuando sintió el contacto, Darcy se apartó de él. Un simple roce de sus labios bastaba para que se estremeciera. No

quería confiar en otro hombre; no quería poner en peligro todo lo que había logrado, por mucho que lo deseara.

Pero a pesar de todo cedió a sus necesidades y lo acarició. Josh sonrió y la abrazó. Aquélla era una despedida mucho más apropiada para dos amantes, llena de afecto y de intimidad.

La besó apasionadamente, una vez más, y Darcy hizo un esfuerzo para no dejarse llevar por las circunstancias. Estaba excitada y no deseaba que se marchara de allí, pero carecía de sentido que alimentara falsas esperanzas que no conducían a ninguna parte.

—Quiero hacer el amor contigo. Ahora —dijo él—. Dime que sí…

Las palabras de Josh destrozaron las reservas de Darcy. Empezó a juguetear con su cabello mientras él la desnudaba. Cuando por fin le había quitado la última prenda, susurró:

—Tienes un cuerpo maravilloso.

Darcy se ofreció a él muy gustosa. Se tumbó en la cama, con la cabeza apoyada en una mano, y dio un golpecito a su lado para que se uniera a ella.

—Date prisa.

Josh se desnudó lentamente, dejando que Darcy admirara su cuerpo. Después, se arrodilló en la cama, junto a ella, y empezó a cubrirla de besos. Darcy acarició su pecho, jugueteando con la densa mata de vello negro, haciendo que sus pezones se endurecieran.

Entonces Josh la puso sobre él, acarició su espalda y la apretó contra su sexo. Darcy gimió, dominada por el deseo. Amaba el duro y masculino cuerpo de Josh. Amaba su delicadeza y la intimidad de la situación.

Josh la penetró e hicieron el amor con una pasión desenfrenada, hasta que alcanzaron el éxtasis. Pero no se separaron inmediatamente. Josh la abrazó y la acarició, envolviéndola con su calor. Sin embargo, Darcy no tardó en reaccionar.

—Oh, se me había olvidado… Mis padres deben de estar a punto de llegar.

Nerviosa, se levantó de la cama y empezó a vestirse a toda velocidad.

Josh la siguió. Le dio el sujetador y acto seguido se vistió. Darcy

se peinó un poco, se pintó los labios y se volvió para rogarle que se marchara.

—Josh, creo que…

No encontraba las palabras adecuadas para echarlo sin crear una situación violenta. Sin embargo, no fue necesario que lo hiciera. En aquel instante, sonó el timbre de la puerta y Bumpers se puso a ladrar.

10

Josh maldijo al animal y lo sujetó para que dejara de ladrar. Mientras tanto, Darcy abrió la puerta y dejó entrar a sus padres.

—Pasad —dijo, sonriendo—. Vaya, te has hecho un peinado muy bonito, mamá. Te queda mejor el pelo así, más corto. Resalta los rasgos de tu cara. Cuánto me gustaría tener unos rasgos como los tuyos…

—Cora estaba deseando enseñarte el corte de pelo desde las once en punto de esta mañana —dijo su padre mientras dejaba una tarta en la mesa.

Josh se acercó a los recién llegados para saludarlos.

—Me alegro de veros otra vez…

Los rostros de Cora y de Ralph se iluminaron al verlo. Josh apartó la caja de las bandejas, que estaba en mitad de la habitación. Sonrió a Cora y dijo:

—Mmm… huele a canela.

—Es una tarta de manzana —explicó Cora—. Una receta de mi madre.

—Vaya, mi tarta favorita. Si no la vigiláis con atención, es posible que me la coma toda —bromeó Josh.

—Bueno, creo que habrá suficiente para todos —sonrió Cora—. Darcy, ¿pedimos una pizza por teléfono? No te importará que nos unamos a Josh y a ti, ¿verdad?

—Josh estaba a punto de marcharse. En cuanto a la comida, ahora mismo iba a meter el asado en el horno —respondió—. Pero si tenéis mucha hambre, la pizza tardará menos.

—Yo prefiero el asado —intervino su padre—. Tu madre es una obsesa de la pizza.

—Porque cocinar me cansa, así que prefiero comprar cosas preparadas.

—Sí, claro —protestó su marido—. Te pasas la vida preparando tartas, pastas y todo tipo de dulces. Y sin embargo, sólo eres capaz de pedir una pizza por teléfono cuando se trata de comer en serio.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya —dijo Josh.

—Oh, no, quédate —insistieron los padres de Darcy.

—Iré a preparar el asado.

Darcy corrió a la cocina, deseando que su madre no la siguiera para empezar a presionarla, otra vez, sobre Josh.

Pero fue una vana esperanza. Cora apareció junto a ella un minuto más tarde.

—Josh está hablando de fútbol con tu padre —dijo—. Y menos mal que son seguidores del mismo equipo, porque si no… —se acercó más a ella—. ¿Lo ves? —susurró—. Te dije que le interesabas. No puede dejarte sola ni un momento.

—Oh, mamá, sólo está preocupado por el perro. Además, teníamos que discutir algunos detalles de la boda de Ginger. Y por favor, te ruego que no hagas comentarios sobre nosotros. Harás que parezca que sólo queremos su dinero.

—Eso no es cierto, y lo sabes muy bien. Tenemos la suficiente dignidad como para hacer las cosas por nuestra cuenta. Lo sabes de sobra. No puedo creer que tenga que recordártelo.

—Supongo que pienso demasiado en ello, por lo que dijo George.

—Olvida a ese cretino. Y no hagas caso de nada de lo que te dijera, porque sólo decía montones de mentiras. Ah, por cierto, tu padre quería darte una sorpresa… pero Josh está aquí, así que no le importará que te lo cuente yo. Esta mañana ha vuelto a reunirse con los inversores, y los tres quieren participar en la propiedad de Phoenix. Saben que tu padre es un experto en ferreterías, así que invertirán con la condición de que amplíe el negocio.

Darcy abrazó a su madre, muy aliviada.

—Odio tener que admitirlo, pero había perdido toda esperanza. El banco no me habría concedido un préstamo.

—Te preocupas demasiado por nosotros. Tienes que cuidar de ti misma un poco.

—Pero si lo hago todo el tiempo.

Su madre la miró con atención.

—Darcy, tengo que decirte una cosa muy importante. Soy tu madre, así que escúchame. Olvida todo lo que te dijo George. Josh no es como él. No sería capaz de hacer daño a una mosca.

—Están cortados por el mismo patrón, mamá.

Darcy pensó que su madre no comprendía la situación, por muy buenas intenciones que tuviese. Una situación que se había complicado considerablemente desde que Josh la sedujo, y que

ponía en peligro su futuro. Estaba decepcionada y desesperada. Una vez más se demostraba que tenía muy mal gusto con los hombres. Había leído en alguna parte que ciertas personas tendían a repetir siempre los mismos errores en la elección de pareja, y estaba convencida de que era una de ellas.

En aquel instante, Josh entró en la cocina.

—Toma —dijo Cora—. Puedes preparar los aperitivos.

Cora le dio unas cuantas latas que había sacado de los armarios para que pusiera el contenido en platos pequeños. Después, echó almendras en un bol y las llevó al salón.

Josh se acercó a Darcy, pasó un brazo por encima de sus hombros y le acarició la mejilla. La cercanía física de su amante la alteró tanto, que se apartó.

—Por favor, Josh, mis padres están al lado.

Justo entonces oyeron la voz de Ralph:

—¿Qué tal anda ese asado? No me vendría mal un cóctel.

—Marchando —gritó Josh, antes de volverse hacia Darcy—. ¿Dónde tienes las bebidas?

Darcy rió y señaló un pequeño armario. Josh se dirigió al salón y se llevó, de paso, los aperitivos.

—¿Qué queréis beber? —preguntó a sus padres.

Darcy pudo oír la conversación que mantuvieron, entre risas y todo tipo de complicidades. Se llevaban tan bien, que se sintió incómoda.

Al cabo de un rato se unió a ellos y disimuló para que tuvieran la impresión de que estaba totalmente relajada. Pero, en realidad, no dejaban de asaltarla pensamientos inquietantes de todo tipo. Imaginaba a Josh como padre de sus hijos, como marido, y la idea le agradaba demasiado.

Cuando Josh se marchó a la cocina para preparar las bebidas, su padre comentó:

—Un chico muy considerado, sin duda.

Sus padres volvían a comportarse como un par de casamenteros. Darcy no podía soportarlo. Estaba charlando sobre el error que había cometido la empresa que debía enviar las bandejas cuando Josh reapareció con las bebidas.

—Tu picadora de hielo no funciona bien. He intentado arreglarla, pero me temo que las reparaciones caseras no son lo

mío.

—No te preocupes —sonrió Darcy—. El casero también lo intentó, sin éxito. Dice que falta una pieza, y la ha encargado.

A Darcy le sorprendió bastante que Josh reconociera que no era capaz de arreglarlo todo. Hasta que recordó que era un hombre rico y privilegiado que no necesitaba reparar cosas tan insignificantes.

—Yo también soy un desastre con las máquinas —dijo su padre —. Cada vez que intento arreglar una, acabo a patadas con ella.

Darcy volvió a la cocina y pensó que para personas tan competentes como su padre y Josh debía de ser terrible no poder arreglar cosas simples. Cuando volvió al salón, sus padres estaban hablando sobre la maravillosa cena que habían tomado en Olive Basket. Josh la miró con intensidad, y ella se estremeció.

—Iré a preparar la ensalada —dijo, nerviosa.

No dejaba de dar vueltas a la cabeza, porque en el fondo sabía que su madre tenía razón. Era una obstinada. Josh había demostrado su sentido de la responsabilidad; había tratado todo el asunto del perro con increíble ternura y extremado cuidado, del mismo modo que la había tratado a ella.

De vuelta en la cocina por enésima vez, abrió el frigorífico, sacó la lechuga y la cortó. Normalmente comía ensaladas muy variadas en Dreams Inc., pero en su casa no se preocupaba demasiado por los ingredientes, de modo que preparó una ensalada normal, con tomate, cebolla, lechuga y pepino.

Acto seguido, añadió las patatas y la cebolla al asado mientras escuchaba la conversación que mantenían en el salón. Su padre no dejaba de toser.

El día había terminado de manera sorprendente. Josh charlaba con sus padres como si se tratara de una reunión familiar normal y corriente, como si fueran antiguos amigos. Para ser un hombre que siempre había sido rico, no era nada pretencioso. De repente, le encantó que se hubiera quedado a cenar.

Cuando Darcy volvió al salón, Josh la miró con complicidad:

—Siempre has sido igual, según parece. Tus padres me estaban comentando lo traviesa que eras de pequeña, y yo les decía que no has cambiado en absoluto.

En aquel instante, sonó el reloj del horno, y todos se sentaron a

la mesa. La cena resultó tan buena como bien presentada. Darcy había rodeado el asado de carne con unas cuantas verduras para añadirle un poco de colorido y aroma.

—Es el mejor asado que he probado en toda mi vida —dijo Josh —. Con el punto justo de ajo y pimienta. ¿Podrías darme la receta?

—Es una receta de mi abuela —respondió Darcy—. La madre de mi padre era una gran cocinera. De hecho, uso algunas de sus recetas en nuestro negocio. Muchos de sus platos son ahora muy populares entre los clientes.

—Puede que te sorprenda, pero soy miembro de la junta directiva de una organización de solidaridad que se llama Community Kitchen. Este año decidimos hacer un concurso de cocina para personas inválidas mayores de sesenta años. Ya sabéis, para animarlas un poco y que se sientan útiles. Sólo tienen que enviar sus recetas de asados, y cada mes damos seis premios.

—Una idea muy bonita —dijo la madre de Darcy—. ¿En qué consiste el premio?

—Les envió flores —respondió él.

Darcy lo miró boquiabierta y dejó el tenedor en el plato. Al parecer, no había ninguna lista de amantes a las que enviara flores.

—La idea fue muy bien recibida en la comunidad —continuó Josh, ajeno al efecto que habían provocado sus palabras—. De hecho, el año que viene se encargará otro voluntario de enviar las flores.

Darcy empezó a reír a pierna suelta al comprender que había cometido un terrible e imperdonable error con Josh. Su madre la miró con cara de pocos amigos y empezó a servir la carne. Pasaron unos minutos antes de que Darcy consiguiera tranquilizarse; cuando por fin lo hizo, miró a Josh y declaró:

—Lo siento. ¿Quieres que te dé la receta?

Josh tardó unos segundos en responder.

—Estaba pensando en la posibilidad de que nuestra ONG publicara un libro con las recetas recibidas. Los voluntarios podríamos encargarnos de redactarlo. Pero a tenor de tu reacción, cualquiera diría que es cosa de broma.

Darcy aún no se había repuesto del descubrimiento. Había llegado a conclusiones más que apresuradas al pensar que enviaba flores a un supuesto grupo de amantes. Había desconfiado de él y

de paso se había causado a sí misma un dolor innecesario. Y todo por culpa de George y de las historias que le había contado. Una vez más, su madre tenía razón. No tenía que hacer caso de nada de lo que hubiera dicho su ex novio.

—Podéis contar conmigo —dijo Darcy—. Me parece una idea excelente, que…

—Me alegra que te guste —interrumpió Josh.

Después se puso a hablar de coches con su padre para no tener que dirigirle la palabra.

Darcy limpió la mesa y comprendió que lo había ofendido. Pero no se le ocurría nada para resolver el malentendido. No podía contarle lo que había pensado sobre las flores delante de sus padres, así que tendría que asegurarse de que se quedara cuando se marcharan ellos. Entonces se lo explicaría todo, y todo terminaría bien. Entre besos.

Pero no fue así. Josh salió de la casa con sus padres y se limitó a darle las gracias, de manera bastante formal, por la cena.

—Quiero ver el nuevo coche de tu padre —dijo.

A Darcy no le importó en absoluto que quisiera ver su coche; trataba a sus padres con gran educación e interés. Pero supuso que después volvería a la casa. Sin embargo, una hora después no había regresado. Darcy salió a la calle y miró a ambos lados. En seguida comprobó, decepcionada, que su todo terreno no estaba aparcado en la calle.

11

A la mañana siguiente, Darcy metió al perro en la bolsa para dirigirse al trabajo. Se había puesto el traje de color caqui con una camisa oscura. Cuando estaba saliendo por la puerta sonó el teléfono. Y volvió a sonar dos veces más. De repente, todo el mundo reclamaba a Bumpers. Pidió a las tres personas que pasaran por la tarde a verlo y salió de la casa. Por fortuna, nadie podía oír los ladridos del perro.

Subió a su coche, abrió la bolsa para que Bumpers pudiera salir y se puso el cinturón de seguridad.

En aquel momento, alguien golpeó la ventanilla, sobresaltándola. Darcy la bajó y miró al casero.

—Me has dado un susto de muerte.

—Ya veo que la cinta con ladridos grabados ha resultado ser un perro de carne y hueso —dijo el administrador con ironía—. Una de las vecinas salió a dar un paseo y vio los carteles que habías puesto por el barrio.

—¿No te parece bonito? —preguntó ella, intentando ablandarlo —. No se quedará conmigo mucho tiempo. Han llamado tres personas por teléfono para reclamarlo. Ahora me lo llevo al trabajo, así que no tendrás que preocuparte.

—Te lo advierto por última vez, Darcy.

—Lo siento, pero tengo que marcharme o llegaré tarde al trabajo. Hasta luego.

Darcy arrancó y se dijo que Josh tenía razón. Había cometido un error al poner su nombre en los carteles.

Ya en la oficina, y mientras se dirigía a su despacho, se llevó una sorpresa inesperada. Ginger la estaba esperando, sentada, mientras leía una revista.

—Hola… Espero que no te importe que te haya esperado aquí —sonrió con timidez—. He pedido permiso en el trabajo para poder hablar contigo.

—No me importa en absoluto. Me alegro de verte. ¿Quieres un café?

Darcy fue a buscar los cafés y regresó con dos tazas y un par de bollos.

—Josh quiere que Billy firme estos documentos…

—Bueno, es algo bastante normal. Muchas personas lo hacen. Y cuando la gente se quiere de verdad, como Billy y tú, no importa en absoluto.

—Puede ser, pero Billy piensa que no confío en él.

Ginger estaba muy preocupada, y obviamente quería su consejo hasta el punto de haber pedido un permiso en el trabajo sólo para que pudieran hablar. El gesto de confianza la emocionó.

—No te preocupes por nada. Todo saldrá bien. Aunque tal vez fuera conveniente que Josh y Billy comieran juntos para que hablen sobre el tema.

—Billy se siente tan mal por todo este asunto que prefiere evitar a mi hermano.

—En tal caso, habla con Josh. Cuéntale lo que pasa. Puedes hacerlo. Sabes que tu hermano te quiere con locura. Se está portando con tanta dureza porque es mayor que tú y se siente responsable de tu futuro, pero no te enfades con él. Es un buen tipo.

—Estuve ayer con él. Me dijo que le preocupan los asuntos de Billy en Florida. Le dije que Billy va a Florida porque su padre vive allí, pero Josh dijo que no es cierto. Al parecer, vive en Maryland. Estoy muy confundida, Darcy… Lo único que realmente sé es que Billy pasa mucho tiempo trabajando con el ordenador. Y Josh no parece comprender que es su pasatiempo preferido.

Darcy rió.

—¿Cree que Billy es un pirata informático? Bueno, sea lo que sea, sería mejor que hablaran entre ellos. Y mientras tanto, intenta convencer a Billy de que tu hermano sólo desea lo mejor para ti. Ah, y pregúntale acerca de esos asuntos de Florida.

—Este fin de semana no vamos a vernos, pero se lo preguntaré cuando regrese. Darcy, eres encantadora. Me gustaría tener una hermana como tú. Ojalá que Josh y tú…

Darcy se ruborizó. Todo el mundo parecía empeñado en que mantuviera una relación con Josh, desde sus padres hasta Antonio. Desvió la conversación hacía los detalles de la organización de la boda, que despenaron el interés y el entusiasmo de Ginger.

—Me alegra que Josh no insistiera en que celebrásemos una boda al estilo tejano —dijo Ginger, suspirando—. No monto a caballo tan bien como él, y no creo que Billy sepa montar. Aunque

sé que a mi hermano le encantan las fiestas tejanas.

Cuando Ginger se marchó, Darcy continuó trabajando en los detalles de la boda. Una hora más tarde, se dirigió a la cocina para ayudar con la preparación cíe cienos platos para una ceremonia judía. Luego, salió a dar un paseo con Bumpers.

Era un día soleado, muy bonito. Un saxofonista estaba tocando en la calle, y había gente por todas partes. Sonrió al pasar frente a la floristería de Fred. Había cometido un error francamente ridículo al pensar que Josh se dedicaba a enviar ramos de flores a sus múltiples e hipotéticas amantes. Sin embargo, se resistía a admitir que la había molestado por celos. No podía sentir celos de una persona con la que no quería mantener ninguna relación, aunque la opinión que le merecía hubiera mejorado.

Cuando pasaba junto a un café con terraza en la calle oyó que la llamaba una voz conocida, pero el sol era tan intenso que la cegó y no pudo ver el rostro de la persona que la saludaba con la mano. Alzó una mano a modo de visera y, por fin, lo vio. Era George, que estaba sentado en una terraza.

—George…

—Sí, George Templeton. ¿Te acuerdas de mí?

Darcy apretó la correa del perro con tanta fuerza que se hizo daño. Hacía dos años que no lo veía. Había renunciado a la posibilidad de encontrárselo, y por tanto no había pensado demasiado en lo que le habría gustado decir. Pero no estaba dispuesta, de ningún modo, a ponerse a llorar delante de él.

—Tienes muy buen aspecto —continuó él—. Siéntate, por favor. ¿Quieres un café?

George siempre había sido muy educado.

—No, gracias —respondió.

—No sabía que te gustaran los perros. ¿Desde cuándo lo tienes? —preguntó, mientras apartaba una silla para que pudiera sentarse.

—Desde hace mucho tiempo —mintió.

Darcy acarició al perro mientras hablaba. El contacto del animal la tranquilizaba un poco. Pero en aquel instante apareció una mujer.

—Vaya, por fin vamos a conocernos.

Darcy se dio la vuelta y vio a una mujer muy elegante, de pelo cobrizo, que la miraba con curiosidad. No esperaba que Rhonda

fuera tan bella, ni que tuviera una expresión tan inteligente. Pensaba que se trataría de alguna aprovechada.

Rhonda se sentó con ellos. Darcy comprobó entonces que era mayor que George; probablemente tenía seis o siete años más.

—Hola —acertó a decir Darcy.

Sin embargo, no fue capaz de estrechar su mano. A fin de cuentas aquella mujer era la responsable de que no se hubiera casado con George. Pero de repente, mientras miraba a su ex novio, supo que ya no le parecía atractivo. Lo que le había parecido naturalidad en el pasado le parecía ahora simple inmadurez.

—¿Qué tal estás, George?

—Bien —respondió, mirando a Rhonda—. Muy bien, de hecho.

Una extraña expresión cruzó el gesto de George, pero Darcy supuso que no se trataba de remordimiento, ni de sentimiento de culpabilidad. De haber sido un hombre íntegro se lo habría dicho directamente, a la cara, aquel día. Pero en lugar de hacerlo envió a Josh para que hiciera su trabajo. Ni siquiera había sido capaz de responsabilizarse de sus actos. No le había importado que pudiera arrojarla a un infierno de dolor. Pero, al menos, había superado bastante bien su traición. A fin de cuentas aquel hombre no merecía que sufriera por su culpa.

—Leímos un artículo sobre ti en una revista —dijo George—. Parece que te has convertido en una celebridad.

—Trabajo mucho, ya lo sabes —dijo con rapidez.

Darcy pensó que no tenía sentido que actuara a la defensiva. Todo aquello era agua pasada. Ahora tenía una carrera prometedora y por si fuera poco contaba con Josh. Al recordarlo, sonrió. De algún modo supo que ya no era amigo de George.

George la miró con intensidad; aquella mirada siempre la había emocionado en el pasado. Pero ahora no significó nada para ella. Era una mirada corriente, de un desconocido cualquiera.

—Tenía entendido que te habías ido de Washington, y me llevé una sorpresa cuando leí el artículo.

—No, me quedé.

George apartó la mirada y se frotó la cara. Darcy esperó. Suponía que querría disculparse, o dar alguna explicación, aunque fuera una mentira.

A Darcy le sorprendió no sentir nada en aquel momento. No empezó a llorar, ni se enfadó, ni hizo ningún tipo de escena. Sencillamente, ya no sentía nada por George. Y ni siquiera comprendía que lo hubiera llegado a querer en el pasado. Sólo era un cretino inmaduro. No tenía sentido que se preocupara, ni que se enfadara por nada. De modo que se levantó y se despidió de ellos.

—Bueno, me marcho. Os felicito a los dos.

Se alejó de la terraza, satisfecha. Se alegraba de haberse encontrado con él, porque a partir de entonces no volvería a sentirse mal cuando pensara en lo que había sucedido. No perdería ni un segundo más por culpa de un hombre como George.

De vuelta en su despacho, intentó contactar con algunos proveedores, pero sin éxito. La reunión matinal había sido retrasada a la tarde. Cuando apareció una pareja de jóvenes tomados de la mano, Darcy sonrió.

—Queremos una boda a caballo, con motivos que evoquen la caza del zorro —dijo la mujer.

Darcy se relajó por completo mientras explicaba los detalles. Phoenix estaba cada vez más cerca, y le agradaba tener nuevas bodas que organizar. Tomó muchas notas, como de costumbre, y cuando terminó la reunión estaba convencida de que iba a salir una boda preciosa; además, había conseguido más clientes. No era un negocio tan rentable como el de la boda de Ginger, pero sería divertido.

Cuando la pareja se marchó, llamó por teléfono a Josh. Pareció alegrarse al oír su voz.

—Han llamado tres personas esta mañana para interesarse por Bumpers. Van a venir a verlo esta noche. He pensado que te gustaría despedirte de él.

—¿Qué? ¿Has dado tu dirección a tres desconocidos?

Darcy pensó que había vuelto a cometer un error. Pero aquella mañana tenía tanta prisa que no se paró a considerarlo.

—Podrías haberles pedido que fueran a verte al trabajo. ¿A qué hora van a ir?

—No lo sé.

—Bueno, iré a tu casa cuando salga de trabajar. Y me da igual que sepas defenderte. ¿Qué pasaría si fueran unos desquiciados?

—Que estarían tan ocupados entre ellos que ni siquiera me

harían caso —respondió, para rebajar la tensión.

—Confías demasiado en la gente —dijo Josh con seriedad.

Cuando colgó, recordó que se había prometido que no volvería a confiar en un hombre. Pero tal vez se había equivocado. George no era un hombre, sino un simple niño, y no jugaba en la misma división que Josh. Además, lo que había sentido por George era apenas una sombra de lo que sentía por Josh.

Por fin llegó la hora de salir y se marchó a casa. El perro devoró toda la comida, y Darcy se cambió de ropa y se puso unos pantalones negros, una camisa de color crema y una chaqueta. Después repasó el correo. Sólo había facturas y una postal de un amigo que estaba de vacaciones en Europa. En aquel momento, sonó el timbre de la puerta y pensó que debía de tratarse de Josh.

Pero no era él. Era un hombre bajo, de labios carnosos.

—Buenas tardes, he venido a buscar a mi perro.

Bumpers ladró y empezó a mordisquearle las pantorrillas.

—¡Maldito bicho estúpido, suelta! —exclamó el hombre.

—No creo que sea su perro —dijo Darcy—. Y no es estúpido, por cierto.

Darcy no podía imaginar lo que estaba a punto de suceder.

—Está bien, aparte a ese chucho y tírese al suelo, ¡ahora!

Darcy obedeció, temblando. Intentó gritar para pedir ayuda, pero no pudo. El hombre entró en la casa, cerró la puerta y se dirigió a la cocina, donde empezó a abrir todos los cajones y armarios.

—¿Dónde está la plata?

—No tengo nada de plata. La cubertería es de acero normal y corriente.

El intruso lo comprobó y tomó un cuchillo bastante grande. Darcy se levantó y corrió hacia la puerta. Consiguió abrirla, pero el hombre la sujetó. Darcy gritó y el perro empezó a ladrar, de forma amenazadora.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí? —se oyó de repente.

Era Josh.

Todo sucedió muy deprisa. Josh le quitó el cuchillo al intruso y Bumpers le propinó un buen mordisco en la pierna.

—¡Llama a la policía! —gritó Josh.

Darcy consiguió recobrar el cuchillo, que había caído al suelo, y

llamó por teléfono. Josh ya había conseguido reducir al hombre, al que aferraba por el cuello.

—Mírale los bolsillos —dijo Josh.

Darcy lo registró y comprobó que no iba armado. Tampoco llevaba documentación. Después, le cacheó las perneras de los pantalones.

—Me dijo que me tumbara en el suelo —comentó.

—¿Ah, sí? Pues tú también vas a hacerlo —dijo Josh—. Venga, túmbate.

Josh empujó al hombre y Bumpers aprovechó la ocasión para tirar de su camisa con los dientes.

—Si te mueves, te pego un tiro —añadió Josh.

Darcy pensó que era una buena estrategia. Josh no iba armado, pero el intruso no lo sabía.

Pocos minutos más tarde aparecieron dos policías y lo arrestaron. Al parecer era un ladrón de poca monta.

Cuando los agentes se marcharon, Josh abrazó a Darcy.

—Tienes una facilidad bastante curiosa para atraer a los delincuentes —comentó.

—¿Te incluyes entre ellos?

—Claro —rió—. En fin, será mejor que nos tranquilicemos un poco. Las otras dos personas que se interesaron por el perro aparecerán en cualquier instante, más todos los que hayan podido encontrar tu dirección en la guía telefónica. La ciudad está llena de ladrones, y aún peor, de…

Josh se detuvo al ver la expresión de su rostro y añadió:

—¿Qué tal tu comida con Martin?

—La cancelé —respondió ella—. Pensé en arreglarlo para que Amy fuera en mi lugar, pero no le interesó.

Darcy prefirió no comentar nada sobre su encuentro con George. Ni siquiera podía creer que la vida hubiera dado tantas vueltas. Ahora estaba allí, sentada tranquilamente con Josh, después de haber intercambiado unas cuantas frases más o menos educadas con su antiguo novio, con el hombre que la había dejado plantada en el altar. Y ni siquiera se lo había echado en cara.

—¿Quieres tomar un refresco? —preguntó él—. No, no te levantes, sé dónde están las cosas.

El rostro de Josh se iluminó en cuanto supo que no había

comido con Martin. Mientras buscaba en la nevera se puso a silbar.

Darcy cerró los ojos y se recostó en su asiento.

La presencia de Josh hacía que se sintiera segura y llenaba de paz toda la casa. Cuando Josh le dio el refresco, Darcy sonrió. Segundos después, sonó el teléfono.

—Contesta tú —dijo Darcy.

Resultó ser una de las personas que habían llamado para interesarse por el perro. Al parecer, se había equivocado.

—Bueno, ya sólo queda una —dijo Josh—. El hombre que acaba de llamar parecía un buen tipo. Había perdido a su perro, pero lo ha encontrado esta mañana. Sólo llamaba para que supieras que no podía venir. Ahora sólo queda esperar. Ah, por cierto, esta mañana he arrancado todos los carteles que habías puesto por la calle. Y después he pedido a mi ayudante que quitara los que pusiste en las tiendas, unos veinte en total.

—Sí, más o menos… no sé en qué estaba pensando cuando puse mi nombre y mi número de teléfono en ellos.

—Bueno, de los errores se aprende. Y ahora, ¿qué te parece si pido comida china?

—Maravilloso —respondió con entusiasmo.

Josh marcó el número de teléfono del restaurante, hizo el pedido y volvió a sentarse a su lado.

—¿Sabes una cosa? —continuó—. De pequeño intentaba imaginar cómo sería la vida en una verdadera familia, con todos los miembros sentados a la mesa, charlando, compartiendo anécdotas… y siempre pensaba que comerían cosas maravillosas, tal vez porque Ginger y yo sólo comíamos pizza en la cocina.

—A muchos chicos les habría encantado —rió Darcy.

—Cuéntame algo de tu infancia. Sé que ibas a pescar con tu padre. ¿Y qué más?

—Bueno, íbamos a comer al campo con cierta frecuencia. El día de la madre, mi padre y yo nos encargábamos de cocinar. Y veíamos películas. El día del padre salíamos a pescar por la mañana, temprano, y mi madre nos esperaba en casa con una buena cena.

—Es como otro mundo para mí —murmuró—. En nuestra casa, no había tradiciones de ninguna clase. Sólo cambios constantes. Nuestro padrastro de turno siempre celebraba el día del padre con sus verdaderos hijos. Ginger y yo les dábamos regalos en las fiestas

señaladas, y a cambio nos permitían comer las sobras de la comida en la cocina. En cuanto a mi madre… bueno, nunca estaba con nosotros.

La infancia de Josh entristeció a Darcy. Quiso animarlo, pero el instinto la empujó a mantener las distancias; sabía que Josh se avergonzaría si demostraba lástima. Además, había logrado superar una infancia terrible y convertirse en un gran ser humano.

En aquel instante llamaron a la puerta. Josh se levantó para abrir. Ante él apareció un hombre de pelo canoso, vestido con un traje gris bastante caro.

—He venido a buscar a mi perro. No sé cómo consiguió escapar, pero creo que la agente inmobiliaria tuvo algo que ver. No le gustan los perros, y sospecho que dejó abierta la puerta del garaje para que se escapara mientras enseñaba la casa a unos posibles compradores —explicó a toda prisa—. ¿Dónde está?

Josh miró a Darcy y lo invitó a entrar. Bumpers corrió a saludarlo, y el hombre se agachó para hacerle unas caricias.

—Vaya, éste no es mi perro —dijo el hombre mientras lo acariciaba—. Pero es precioso, y muy simpático.

El recién llegado se marchó segundos más tarde, después de estrechar sus manos. Josh cerró la puerta, corrió hacia Darcy, la tomó entre sus brazos y gritó, entre risas:

—¡No era suyo!

—En tal caso, se quedará con nosotros.

La comida llegó poco tiempo más tarde, y se sentaron para disfrutar de ella.

—No creo que nadie esté buscando a Bumpers —dijo Josh, mientras bebía un poco de agua—. Estaba tan nervioso pensando que alguien podía llevárselo que ni siquiera he tenido tiempo de besarte adecuadamente.

Josh acababa de decir lo mismo que estaba pensando Darcy. Su corazón se aceleró.

—Más tarde —le dijo guiñándole un ojo, mientras tomaba los palillos.

12

—Vaya, son galletas de la suerte —dijo Josh, mientras tomaba una del plato—. Elige tú primero.

—No, tú primero.

Josh partió la galleta y sacó el papel que había en el interior. Leyó lo que ponía y sonrió.

—Aquí dice que mi capacidad de persuasión está mejor que nunca. ¿Qué dice el tuyo?

Darcy leyó su papel y se ruborizó. Intentó esconderlo para que Josh no lo leyera, pero no fue suficientemente rápida y su amante se lo quitó.

—Veamos… “Piensa bien las cosas y actúa con cautela".

Josh permaneció en silencio unos segundos antes de añadir, sonriendo:

—A veces pienso que estas cosas aciertan.

—Son tonterías. Sólo sirven para divertirse un rato.

La intimidad de la situación comenzaba a inquietar a Darcy. Las cosas iban muy deprisa, pero ni siquiera sabía si la relación que mantenían tendría algún futuro. De hecho, aún estaba convencida de que terminaría más tarde o más temprano; y en tal caso, prefería que fuera cuanto antes.

Darcy se llevó el plato con las galletas a la cocina, y Josh la siguió. Tocó su barbilla y la miró con intensidad.

—¿Cómo es que no me estás abrazando? —preguntó él—. En el papel de mi galleta decía que mi capacidad de persuasión está muy bien.

—Te tomas demasiado en serio esas cosas.

Darcy se dio la vuelta, ruborizada. Deseaba dejarse llevar por lo que sentía, dejar para más adelante todas sus preocupaciones.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Josh tomó su mano y la llevó hacia el dormitorio con dulzura. Darcy pensó que parecía un aristócrata de siglos pasados, muy elegante. Se dejó llevar por sus fantasías y se imaginó desnudándose detrás de un biombo de seda y soltándose el cabello. Pero no estaba en el mundo de los sueños, sino en la realidad. Así que reaccionó, se liberó y se dirigió al salón.

Josh volvió a seguirla y la detuvo. Entonces, acarició su trasero

y preguntó:

—¿Y ahora? ¿Soy suficientemente persuasivo?

Darcy se volvió y le mordió la oreja.

—No. No soy el trofeo de ningún hombre de las cavernas. Suéltame.

—Deja que pruebe con otra técnica.

Darcy lo miró con curiosidad. Quería saber qué nueva treta había tramado. Su corazón se aceleró automáticamente al sentir la intensa mirada de sus ojos marrones. Y entonces decidió ser la primera en actuar.

Puso una mano encima de sus pantalones, entre sus piernas, y lo acarició. De inmediato sintió la erección de Josh, que gimió y la abrazó con fuerza. Acto seguido, Darcy empezó a acariciar sus piernas.

Josh la tomó en brazos y la levantó por los aires, como ya había hecho en otra ocasión; pero esa vez Darcy no protestó. Estaba deseando entregarse en cuerpo y alma al deseo que ambos sentían.

Josh la llevó al dormitorio, respirando muy deprisa: la dejó sobre la cama y se unió a ella de forma más apresurada de lo que Darcy esperaba. Más tarde no recordaba siquiera cuándo, ni cómo, se había quitado la ropa. De repente, se encontró desnuda, sintiendo su lengua y sus dedos por todo el cuerpo. Josh le susurraba palabras cariñosas al oído, y su cuerpo reaccionaba con apasionamiento mientras se apretaba contra él.

Apenas se tomaron el tiempo suficiente para explorarse, para saborearse mutuamente. Josh la penetró, Darcy cerró los ojos e hicieron el amor hasta el agotamiento.

Darcy despertó un buen rato más tarde. Se había quedado dormida en brazos de su amante. Josh sintió que se movía y la atrajo hacia sí.

Como si se hubieran conjurado, el teléfono y el timbre de la puerta empezaron a sonar al mismo tiempo. Darcy contestó a la llamada telefónica. Era para Josh.

—Josh, es Ginger. Y parece inquieta.

Darcy se vistió y caminó hacia la puerta. Era el casero, y parecía muy indignado. Miró al perro con cara de pocos amigos y dijo:

—La vecina dice que esto empieza a parecer el zoológico. Dice que la policía ha estado aquí. Yo estaba en la tienda, así que no me

he enterado de nada. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Darcy maldijo a su vecina, pero prefirió morderse la lengua.

—Un ladrón ha entrado en la casa y ha intentado robar.

Después de unas cuantas explicaciones más, el casero insistió en que sacara al perro de la casa.

—Espero que mañana por la mañana ya te lo hayas llevado.

—Dile a la señora Parrish que aún no hemos encontrado al dueño del perro, y que necesito tiempo.

—No tienes más tiempo. Será mejor que el perro no esté contigo cuando vuelvas a casa mañana, después del trabajo. De lo contrario, tendré que tomar medidas.

Darcy odiaba las amenazas, pero no podía hacer nada para resolver la situación. Tenía un buen problema, y discutir con él sólo empeoraría las cosas.

—Muy bien, como quieras.

Cerró la puerta y vio que Josh ya había terminado de hablar por teléfono. Parecía nervioso.

—Ginger me ha dicho que han arrestado a Billy por fraude. Lo sabía. Sabía que estaba metido en algo serio. Tengo que marcharme.

—Te acompaño.

—No, he oído tu conversación con el casero. Será mejor que te quedes en casa, porque de lo contrario seria capaz de entrar y echar a Bumpers él mismo. Pero prométeme que no abrirás la puerta a nadie. Ah, y no saques al perro mañana por la mañana, cuando te levantes. Estaré aquí a eso de las seis y media.

Josh le dio un breve beso de despedida.

Cuando se marchó, Darcy cerró la puerta y se sentó, inquieta. Josh había acertado al sospechar de Billy, y lo sentía mucho por Ginger. El hombre al que amaba había traicionado su confianza.

Pero tenía un problema que resolver. Descolgó el teléfono y empezó a llamar a todos sus conocidos para ver si alguno podía hacerse cargo del perro. Sin embargo, no tuvo éxito.

—Vamos. Bumpers, es hora de irnos a la cama. No te preocupes. No pienso abandonarte. Seguirás conmigo aunque tengamos que irnos a un hotel.

Sin embargo, Darcy sabía que pocos hoteles admitían animales. Y los que permitían perros eran bastante caros. Lo miró, sonrió, y lo dejó sobre un viejo edredón que había colocado en una esquina.

Se olvidó del perro y volvió a pensar en Josh. En su amante. En su amigo. Cuando no estaba a su lado, se sentía terriblemente vacía. Los muros que rodeaban su corazón se habían derrumbado misteriosamente, y aquello había permitido que el amor entrara en su vida.

Pero aún no había superado su inseguridad. Temía que la intensidad de aquellos sentimientos la hiciera vulnerable, y no dejaba de repetirse que debía reaccionar, que no debía dejarse llevar por esperanzas sin fundamento.

De todas formas, se dijo que soñar no hacía daño a nadie y se dispuso a dormir. En el mundo de los sueños todo era posible.

—Josh, te amo —murmuró contra la almohada.

Acto seguido, imaginó cómo sería la vida con Josh. Llena de alegría, de risas, de excitación, de momentos cálidos. Imaginó que tenían una familia, la familia que el propio Josh había soñado mil veces en su infancia. En aquel momento, volvió a pensar en Ginger y lamentó mucho lo sucedido con Billy. Josh tenía por delante la dura tarea de consolar a su hermana.

Cuando despertó, Josh ya había regresado. Los ladridos de Bumpers la despertaron hacia las seis de la mañana. Segundos después oyó el timbre de la puerta.

—Ya voy —dijo mientras se ponía una bata.

Josh entró sonriendo, aunque sus ojeras y la cara de cansancio indicaban que había pasado una mala noche. Llevaba unos bollos para desayunar.

—¿Qué ha pasado, Josh?

Josh se apoyó en la encimera de la cocina.

—Un verdadero desastre. Nunca había hecho nada tan difícil en toda mi vida. He tenido que oponerme a los deseos de Ginger y me he negado a pagar la fianza de Billy. Está complicado en un fraude bastante complejo. Se dedicaba a estafar a ancianos con inversiones ficticias.

—¿Y cómo se lo ha tomado Ginger?

—Mal. Pero por sueñe tenía que trabajar. Pobrecilla, no puede comprender que Billy haya sido capaz de hacer algo tan cruel. Pero lo peor de todo ha ocurrido más tarde, cuando me he negado a pagar su fianza. Billy le ha pedido a mi hermana que la pagara ella.

Ginger ha dicho que no tenía dinero y Billy le ha dicho que no se casaría con ella si no pagaba la fianza.

Josh se detuvo un instante antes de continuar.

—Pero entonces ha sucedido algo imprevisto. Algo que hace que me enorgullezca de mi hermana. Se ha quitado el anillo de compromiso y se lo ha arrojado a la cara. Lo siento mucho, Darcy. pero la boda se ha cancelado. No es necesario que me devuelvas el dinero que entregué como depósito.

—¿Crees que me preocupa el dinero en este momento? Te lo devolveré, por supuesto, pero eso es lo de menos. Además, diste una entrada mucho más elevada de lo necesario.

—No quería ofenderte, Darcy. Es que estoy algo nervioso. Me habría gustado estar equivocado con Billy. Contraté a un detective para que lo investigara y descubrió lo que estaba haciendo. Por desgracia para Billy, el FBI también lo sabía.

Darcy lo llevó al sillón del salón y lo abrazó para animarlo. Después, fue a la cocina y regresó con dos cafés y los bollos.

—¿Qué podemos hacer para ayudar a Ginger? ¿Crees que debería ir a verla? Puedo dejar a Bumpers en alguna residencia canina, temporalmente. He decidido mudarme a una casa en la que admitan perros.

—No es necesario que lo hagas. He hablado con el gerente de mi granja de Flint Hill y se encargara de él. Podrás ir a visitarlo cuando quieras.

Darcy pensó que aquello significaba que Josh no se había planteado la posibilidad de establecer una relación firme y duradera con ella. Estaba a punto de preguntarle cuando sonó, otra vez, el timbre de la puerta.

—Será el casero.

Darcy suspiró y abrió.

Era una joven que llevaba un bebé en brazos. A su lado había un niño. En cuanto vio al perro, el niño exclamó:

—¡Primer!

Bumpers empezó a ladrar con tal alegría que Darcy supo que había perdido al perro para siempre.

—Soy Martha Jarvis, y ante todo me gustaría darle las gracias por haber cuidado de Primer. Nos marchamos de vacaciones a Hawai, y cuando volvimos anteayer la criada nos dijo que se había

escapado. Es una joven un tanto irresponsable, y no se da cuenta de las cosas.

Mientras Martha hablaba sobre lo mal que lo había pasado toda su familia, Josh pasó un brazo por encima de los hombros de Darcy, que tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar. El perro había encontrado a sus verdaderos dueños. Supuso que sería mejor para él, pero lamentaba perderlo para siempre.

—Es maravilloso, ¿no les parece? —preguntó Martha—. Y Posy es incluso más simpática que Primer. Es una perra, ¿saben? Desde que desapareció Primer no ha comido nada.

Josh la miró, bastante más animado.

—¿Han tenido cachorros?

Martha rió.

—Todo el mundo nos pregunta lo mismo. Sí, los tuvieron, pero ya los hemos colocado todos. De todas formas pueden ir a visitarlo siempre que quieran.

Darcy sintió un intenso vacío. Abrazó a Bumpers a modo de despedida. El animal lamió su cara en un gesto de gratitud, pero en seguida regresó con el niño, con su verdadero amo y amigo.

Cuando se marcharon, Darcy tomó su bolso y las llaves.

—Bueno, tengo una reunión y voy a llegar tarde.

—Espera, no puedes marcharte así. Deberíamos alegrarnos de que Bumpers haya regresado con sus verdaderos dueños. Tus carteles sirvieron para algo al final. Martha llevaba uno en el bolso. Y Bumpers se ha alegrado tanto al ver a ese niño…

Darcy asintió y pensó en el niño y en el bebé que llevaba en brazos la mujer. Aquel bebé le había recordado que no debía dejar pasar el tiempo si quería tener hijos alguna vez.

Tras su encuentro con George el día anterior, sabía que había encontrado al hombre de su vida. Pero Josh no había hablado de amor, ni parecía interesado en un compromiso. Darcy tomó un poco de café, sorprendida por la dirección de sus pensamientos. Desesperada, pensó que todos los hombres eran iguales. Billy acababa de destrozar el corazón de Ginger y no tenía motivos para pensar que Josh pudiera ser diferente. O eso pensó en aquel momento.

—Creo que iré a ver a tu hermana.

Josh sonrió.

—Se alegrará de verte. Pero será mejor que vayas después del trabajo. ¿Te apetece venir con nosotros a mi granja, esta noche?

—Por supuesto —sonrió—. Sé que Ginger estará destrozada, pero es mejor que haya descubierto a tiempo la verdad.

Los dos se dirigieron juntos al aparcamiento. Antes de subir a su coche, Darcy sonrió de nuevo:

—Te veré después del trabajo.

Josh empezó a caminar, perdido en sus pensamientos. No se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que oyó al saxofonista que tocaba en la calle y sintió el aroma de las flores de Fred. La preocupación que había demostrado Darcy por su hermana le había emocionado. Darcy era todo lo que podía desear. Una mujer cálida, cariñosa y sincera. Al pasar frente a la joyería, se detuvo a mirar el escaparate. Y permaneció allí tanto tiempo, sin hacer nada, que el joyero saludó con la mano para ver si reaccionaba de una vez.

No sabía si arriesgarse. Aún no estaba seguro de que Darcy no siguiera enamorada de George.

Recordó el anillo que George le había regalado. En realidad lo había comprado él, a instancias de su amigo. Josh había decidido comprar un anillo con un solo diamante engarzado, bastante grande, porque pensó que impresionaría a la prometida de George. Pero ahora comprendía que a Darcy le habría dado igual que el anillo tuviera una piedra sin valor alguno. El dinero no le importaba, ni el lujo. Vivía en un mundo donde lo único que importaba eran los principios.

Siguió su camino. Y pocos minutos más tarde se encontró, de repente, con el propio George. Como si lo hubiera conjurado con el pensamiento. De inmediato, pensó que Darcy intentaba alejarse de él porque probablemente seguía enamorada de aquel hombre. George iba acompañado por la mujer pelirroja que estaba con él la noche en la que abandonara a su prometida; por la mujer con la que, finalmente, se había casado. Por suerte para Josh, no le había pedido que fuera su padrino.

—¡Josh! Josh… Pensé que habías desaparecido de la faz de la tierra. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó, mientras estrechaba su mano—. ¿Te acuerdas de Rhonda? Supongo que ya sabes que nos hemos casado.

Josh sonrió y pensó que George era un perfecto cretino. Él no se había escondido en ninguna parte. Su ex amigo lo había evitado desde el fatídico día de la boda que no se llegó a realizar.

—Los chicos dicen que hace mucho que no te ven —continuó—. ¿Te acuerdas de las fiestas que celebrábamos? Por cierto, ayer me encontré con Darcy…

Josh tuvo miedo. Darcy no se lo había comentado. Deseó agarrar por el cuello a George y estrangularlo, pero consiguió dominarse y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Ayer? ¿Fuisteis a comer?

Rhonda negó con la cabeza.

—No —respondió la mujer—. Y creo que Darcy ya ha superado lo de George. Sé muy bien lo que debió sentir, pero no noté ninguna hostilidad por su parte. Nos felicitó por habernos casado, y creo que lo decía con sinceridad.

Josh respiró profundamente. No quiso molestarse en explicar que Darcy era toda una dama, tan inteligente como hermosa. Sintió una gran emoción al pensar que estaba enamorado de una mujer como aquélla. Si había felicitado a George, eso significaba que ya lo había olvidado. A no ser que sólo lo hubiera hecho por simple educación. De repente le pareció algo tan importante que necesitaba una respuesta de inmediato.

—¿Crees que le incomodó vuestro encuentro? —preguntó Josh, directamente.

—No, en absoluto —respondió su amigo—. Se comportó como si no me conociera. Le pedí que se sentara con nosotros, pero llevaba un perro y se marchó en seguida. Más de una vez había hablado con Rhonda sobre ella. Esperaba que, cuando nos encontráramos, actuara de una forma muy distinta. Pero nos sorprendió a los dos. No dijo nada sobre lo ocurrido. Fue como si no le importara.

—Como si no le importara —repitió él—. Tal vez sea cierto.

—¿Qué te parece si vamos juntos a cenar, los tres, esta noche? —preguntó George—. Podríamos hablar sobre los viejos tiempos.

—Lo siento, George, pero no puedo. De hecho creo que ya no tenemos nada en común. Y ahora, si me perdonáis…

Josh se alejó con rapidez. Cuando estaba a unas docenas de metros dio un salto de pura alegría. Darcy no estaba enamorada de George. Ni siquiera le importaba.

Volvió a la casa de Darcy, puesto que había dejado el coche aparcado frente al edificio. Pensó en George y se dijo que seguía siendo tan inmaduro como siempre. Lo sentía por él. Estaba arruinando su vida entre fiestas y lujos, malgastando la fortuna de su familia.

Cuando llegó a la altura del saxofonista, dejó un billete de veinte dólares en el sombrero que ponía siempre en el suelo. El músico sonrió agradecido. Acto seguido, Josh entro en la floristería de Fred.

—Quiero dos ramos de rosas rojas —dijo.

Uno era para Darcy y otro para Ginger, para animarlas durante el viaje a Flint Hill. Tomó los ramos, los olió y siguió caminando.

Quería enseñarle a Darcy la granja. Quería compartir con ella su pasado, enseñarle su dormitorio, contarle todas las cosas que no le había contado.

13

Darcy llenó una pequeña bolsa de viaje. Estaba decidida a dejar su piso cuando venciera el contrato de alquiler, dos meses despué́s. Cambiaría de casa y adoptaría un perro como Bumpers. A pesar de que se había cancelado la boda de Ginger, las cosas marchaban muy bien en el trabajo. Aquel día habían recibido un encargo para realizar una boda en una biblioteca, en la que todos los invitados iban a recibir un libro como regalo.

Al pensar en la conversación que había mantenido con los clientes, rió. El joven que había pasado por su despacho para entregar el depósito convenido le explicó la situación.

—Un famoso escritor va a casarse con su secretaria. No queremos que se conozca su identidad, así que no le daremos todos los detalles hasta más adelante. Tenga en cuenta que va a ser todo un acontecimiento en el mundillo literario.

La idea le había gustado. Casi tanto como le gustaba su trabajo. Entre las bodas y los actos diversos que organizaba Dreams Inc., no tenía que preocuparse por nada. El año estaba siendo maravilloso. Y por si fuera poco, estaba deseando conocer mejor a Josh. Tomó la bolsa de viaje y la dejó en la entrada. Echaba de menos a Bumpers, así que llamó a la tía June, que estaba acatarrada, para contarle todo lo que sabía sobre el nuevo encargo.

June la felicitó.

—Sabía que ese artículo ayudaría al negocio, y todo gracias a ti.

June hablaba de forma extraña.

—¿Ocurre algo? —preguntó Darcy.

June respiró profundamente antes de responder.

—He recibido el dinero que me correspondía por el divorcio. Pero mi ex marido ni siquiera incluyó una nota en el sobre. Así que lo llamé anoche. Pensé que podría invitarlo a cenar para intentar restablecer la comunicación entre nosotros.

Darcy escuchó, angustiada. No tenía buenos recuerdos de su tío.

—Dijo que va a casarse de nuevo —continuó—, y ni siquiera se interesó por mí.

Darcy pasó un buen rato consolando a su tía y añadió que su marido siempre había sido un perfecto cretino. Era un hombre cruel

y desleal. Extendió los calificativos a todos los hombres en conjunto, Josh incluido. Pensó que, de no haber sido por Ginger, ya habría roto con él y sintió una profunda angustia. Por suerte, siempre podía concentrarse en su trabajo y olvidar todo lo demás. Ahora tenía trabajo de sobra.

Josh llegó con su hermana poco tiempo más tarde, y Darcy abrazó a la joven en cuanto la vio.

Ginger tardó más o menos una hora en recobrar la compostura, y Darcy no dejó de animarla en todo el tiempo.

—Haz caso a Darcy —dijo Josh—. Todo el mundo comete errores. Es parte de la vida.

—¿Qué errores has cometido tú? —preguntó Darcy.

—Ser demasiado leal.

Darcy no comprendió su críptica respuesta.

—¿A quién le has sido leal?

—A George. El día que te conocí quise pedirte que salieras conmigo, pero George me pidió que me mantuviera alejado. Y yo me mantuve alejado, como un buen amigo.

Darcy lo miró, boquiabierta.

—George me dijo que le habías aconsejado que no se casara conmigo. Y añadió que eras un típico mujeriego. Hasta llegué a pesar que todas esas flores que encargabas eran para tus amantes. En fin, yo… creí que se las enviabas después de hacer… bueno, ya sabes.

Josh estalló en una carcajada.

—¿Así que pensaste que…?

—Bueno, George dijo que…

Josh hizo un esfuerzo por controlar su ataque de risa.

—Después de la fiesta de despedida de soltero lo llevé a casa, y Rhonda estaba esperándolo. Dijo que su marido le había concedido el divorcio. Debí llevarme a George lejos de allí. Debí hacerle ver que había contraído una responsabilidad contigo.

Darcy notó la angustia en su rostro y se emocionó. Josh tenía razón. Era un hombre leal. No era culpable, en modo alguno, de las acciones de George.

—Me alegra que no lo hicieras. El otro día, cuando me encontré con ellos, comprendí que estuve a punto de cometer el mayor error de mi vida y me sentí muy aliviada.

—Y pensar que creía que seguías enamorada de él…

—Bueno, lo estuve durante mucho tiempo. Aunque nunca llegué a comprender por qué me trató de ese modo. Y no me perdonaré jamás por haber elegido tan mal. ¿Cómo es posible que amara a George y que confiara en él?

—Erais más jóvenes, y George mantuvo en secreto su relación con Rhonda. Ni siquiera lo sabíamos sus mejores amigos. Sabía que habían salido un par de veces, pero no tenía de que haría lo que hizo.

Darcy vio que Ginger había empezado a llorar otra vez y se dio la vuelta.

—Oh, lo siento mucho Ginger. No pretendíamos hablar del pasado.

—No, si lloro de felicidad. Tú has superado lo de George, y eso me anima, porque significa que yo también puedo superar lo de Billy. Pero también me gustaría que Josh y tú siguierais juntos.

En aquel momento, Josh las miró y extendió los brazos para rodearlas a las dos por los hombros.

—¿Nos vamos?

Darcy se sentía bastante decepcionada cuando por fin salieron de la casa. Esperaba que Josh le declarara su amor.

Subieron al todo terreno de Josh. El interior del vehículo olía a rosas.

—Tengo una sorpresa para vosotras. Un ramo de rosas rojas para cada una —dijo.

Darcy tomó su ramo y aspiró su fragancia.

—Josh, Darcy… —dijo Ginger de repente—, os prometo que voy a ser fuerte. Me recuperaré. Así que no permitáis que hable demasiado sobre Billy.

—De acuerdo —dijo su amiga—. No hablaremos de esos cretinos. Hablaremos de cosas irrelevantes. Como por ejemplo, de llamas.

—¿De llamas? —preguntó Josh, perplejo.

—Son unos animales bastante feos. Mi padre fue una de las primeras personas de este país que tuvo una llama. Abrió una ferretería en Phoenix y durante los años de la depresión, un cliente que no tenía dinero para pagar saldó su cuenta con una llama. De alguna forma se enteraron los encargados del zoológico, porque

aparecieron dos días más tarde.

—¿Tan feas te parecen?

—No, qué va. De hecho, hasta son graciosas.

Josh sonrió y miró a su hermana por el retrovisor. Ginger también reía, mientras se secaba las lágrimas.

—Josh siempre ha querido tener llamas, Darcy —explicó Ginger.

—¿Tu padre tenía una ferretería en Phoenix? —preguntó Josh—. No sabía dónde había crecido tu padre.

—La tenía, y de hecho volverá a tenerla. Está a punto de comprarla otra vez.

Darcy explicó todo lo relativo al asunto de los inversores.

—Debiste contármelo antes. ¿Necesitas más inversores?

—No, pero gracias por interesarte.

Josh la acarició mientras conducía. Muchas de las mujeres que conocía habrían intentado aprovecharse de él; habrían intentado obtener los servicios de su bufete sin pagar o incluso conseguir algún préstamo para su familia. Pero Darcy no había comentado nada de la tienda, hasta entonces.

—Eres una gran mujer, Darcy. Decidida, eficiente e independiente.

—Oh, vamos…

—¿Tú también tienes intención de marcharte a Phoenix?

—Sí.

Josh apartó la mano y la puso sobre el volante, tenso.

Veinte kilómetros más adelante, pudieron ver la silueta de las montañas Blue Ridge en el horizonte, cubiertas de bosques con todas las tonalidades posibles de verde. Darcy no había pasado por allí desde hacía tres años. Suspiró y pensó que debía viajar por la zona más a menudo.

Josh tomó una carretera secundaria que ascendía entre las colinas, hasta que llegaron a una mansión victoriana con ocho chimeneas que podían verse por encima de las copas de los árboles.

—Vaya… —dijo Darcy, asombrada.

Casi podía imaginar el esplendor pasado de aquella mansión, llena de criados, mayordomos y todo tipo de empleados. Una casa repleta de antigüedades, con cortinas de las mejores telas, candelabros y arañas de cristal en los techos. No podía creer que Josh hubiera crecido en semejante lugar. Sabía que los Cartwright

eran ricos, pero no sabía que lo fueran tanto. No había comparación, de ninguna clase, con lo que poseían los padres de George. Nerviosa, recordó su propia infancia y sintió envidia. Pero en seguida recordó que la infancia de Josh no había sido, precisamente, alegre.

Cuando salió del todo terreno, sin soltar su ramo de rosas, rió.

—¿Sabes una cosa? Llevo el ramo encima desde hace una hora y no he estornudado ni una sola vez —declaró—. Creo que ya no soy alérgica. He superado mi pasado, y tú también lo harás, Ginger.

Las dos mujeres siguieron a Josh hasta la entrada principal. El vestíbulo era precioso, con suelos de mármol blanco que brillaban bajo la luz de una enorme araña de cristal. En cuanto a la escalera, enorme y curvada, era tan bella que Darcy se quedó sin aliento.

—Es como las mansiones de las películas.

—Ven, te la enseñaré —dijo Josh.

Todas las habitaciones importantes tenían chimenea y estaban decoradas con un gusto exquisito. Los cuadros, las chimeneas con repisas de mármol y las antigüedades se sucedían constantemente en multitud de estilos y formas. Avanzaron por un largo pasillo que se internaba en la mansión y Josh le enseñó la sala de baile. Era enorme, con arañas de cristal en el techo, Josh encendió la luz y millones de luces iluminaron el lugar.

—Las arañas son europeas. Las compró uno de mis antepasados, aunque a mí me parecen algo pretenciosas.

—Al contrario, son una maravilla. Si sigo mucho tiempo aquí, es posible que empiece a hacer tonterías —dijo Darcy.

—No, no lo harás porque tú no eres pretenciosa. No intentas ser lo que no eres. No eres una típica arribista.

Josh la besó con suavidad y Darcy se dejó llevar. Ginger, que estaba contemplando la escena, carraspeó para llamar su atención.

—Escuchad… me voy a mi habitación. Estaré allí hasta la hora de la cena. Tengo que hacer unas cuantas llamadas telefónicas. Pero no te preocupes, Josh, no voy a llamar a la cárcel.

Cuando su hermana se marchó. Josh dijo:

—Supongo que necesita estar sola, pero creo que estará bien. Seguramente querrá llamar a algunos amigos. Un buen síntoma. Y ahora, ¿quieres que te enseñe mi dormitorio?

Josh tomó su mano y la llevó escaleras arriba, acariciando la

palma de Darcy con el pulgar.

Era una habitación muy grande, con un escritorio enorme bajo el balcón y una cama con dosel, que parecía muy cómoda, contra una de las paredes. Darcy deseó tumbarse y probarla. Deseaba sentir el rostro de su amante contra su piel desnuda.

Josh descorrió las cortinas y señaló un roble que crecía junto a la mansión, a poca distancia del balcón.

—Veía tantas películas de aventuras de pequeño que siempre deseé saltar al árbol. Una vez lo intenté y fallé. Por fortuna una de las ramas detuvo mi caída. Empecé a gritar como un condenado y cuando me vio mi madre estuvo a punto de sufrir un infarto —rió.

—Espero que renunciaras a la idea —bromeó.

—Oh, sí, desde luego. Aunque el roble ha crecido bastante desde entonces. De hecho creo que tendríamos que cortar esa rama. Es demasiado tentadora para los niños, y no queremos que…

Darcy se ilusionó al saber que deseaba tener hijos. Pero también sintió cierta vergüenza, tal vez porque en sus planes no cabía ella. Suspiró y se dirigió hacia la salida. Una vez más estaba convencida de que aquella relación no tenía ningún futuro. Aquella casa era un recordatorio de sus diferencias. Y a partir de aquel fin de semana, mantendría las distancias con él.

Se detuvo al ver que Ginger acababa de entrar, sonriente.

—Me voy a casa de Cindy. ¿Me prestas el coche, hermano?

—Claro —respondió, arrojándole las llaves.

—No me esperéis. Tengo muchas cosas que contarle —declaró, antes de marcharse.

Josh seguía junto al balcón. Señaló una pequeña elevación junto a los árboles.

—Ahí es donde había pensado que se celebrara la boda de Ginger.

Darcy se acercó y miró.

—Ginger tiene mucha suerte contigo, ¿sabes?

—Bueno, llegué a pensar que me estaba excediendo. Ya sabes, haciendo de hermano protector y todo eso.

Darcy apoyó la cabeza en su pecho y sintió su cálido aliento. Sin decir nada, Josh la llevó hacia el sofá de cuero que había al otro lado de la habitación. Besó su mano, se sentó a su lado y dijo:

—Ven, acércate más.

Darcy obedeció. Josh volvió a tomar su mano y se la llevó al pecho. Darcy lo abrazó. Quería decirle que lo amaba, pero él empezó a besarla y a acariciar su cuello. Darcy comenzó a desabrocharle la camisa y, segundos más tarde, acarició su pecho. Acto seguido, lo cubrió de besos con tanta sensualidad que Josh gimió. Darcy fue repitiendo los besos en círculos alrededor de su pecho, jugueteando con sus pezones. Pero, de repente, se apartó.

Cuidadosamente, dejó su camisa sobre una silla. Josh corrió a desabrocharse el cinturón, pero ella lo detuvo. Prefería hacerlo personalmente, así que le bajó los pantalones con tal excitación que se sorprendió a sí misma.

Josh terminó de quitarse los pantalones y le apartó un mechón de cabello de la cara. Darcy lo miró, respirando con dificultad. Tenía unas piernas tan largas como atléticas y fuertes. Acarició sus muslos con las yemas de los dedos y suspiro. Josh gimió bajo sus besos, mientras Darcy disfrutaba de la textura de su piel, deseando hacer el amor, sin preocuparse de nada.

Josh la atrajo hacia sí. Después la desnudó con rapidez y dejó la ropa en el suelo para abrazarla de inmediato, con una feroz posesividad. Darcy se apretó contra él, besándolo, hasta que por fin la penetró.

Al final se quedó dormida en sus brazos. Josh no llegó a soltarla. Siguió abrazándola bajo la sábana de algodón que los cubría.

Entonces Josh acarició su cabello y declaró, de súbito:

—Te amo.

Darcy sonrió, medio dormida. Hasta que comprendió el significado real de las palabras que acababa de oír.

—¿Has dicho que…?

—He dicho que te amo, Darcy. Te amo desde hace mucho tiempo. Y no quiero alejarme de ti nunca más.

—Yo también te amo —declaró ella—. No permitas que me aleje de ti.

Darcy besó sus fuertes hombros y apoyó la cabeza en su pecho, para escuchar los latidos de su corazón.

Josh gimió de nuevo e inclinó la cabeza para besarla. Después, descendió hacia sus senos y se puso a besarlos con tanta dulzura, que volvió a despertar el deseo en Darcy.

—Eres preciosa —dijo.

Darcy no dejaba de pensar en lo que acababa de oír. La amaba. Quería volver a oír aquellas palabras, y se lo dijo. Josh lo repitió mientras la acariciaba dulcemente, expresando su amor con los dedos. Cuando se inclinó sobre ella para besarla entre las piernas, Darcy se estremeció, excitada. Josh puso las manos en las caras interiores de sus muslos y los apartó, despertando en ella nuevas sensaciones.

Después de hacer el amor de nuevo, agotados, permanecieron un buen rato en el sofá. Darcy pensó que le daba igual vivir con él en aquella mansión o en una casa pequeña. No importaba nada, salvo ellos mismos.

—Lo siento, Darcy. Quería contratar a un cuarteto de cuerda para que diera un concierto mientras me declaraba, o llevarte a un restaurante elegante, o encontrar alguna otra forma adecuada de decírtelo.

Darcy lo besó.

—Te aseguro que lo has hecho de forma muy especial.

—Te amo desde el primer día. Desde que te conocí.

—Pero entonces no me conocías de verdad… —dijo, sorprendida.

—Te conocía, de algún modo. Y cuando te vi vestida de novia sentí el irrefrenable deseo de pedirte que te casaras conmigo. Estuve a punto de hacerlo, pero me puse nervioso.

—¿De verdad? ¿Tanto te importaba? Aquel día, cuando me abrazaste, me sentí mucho mejor. Pero luego pensé que sólo querías acostarte conmigo aprovechando la ocasión, y por eso no devolví tus llamadas.

—Darcy, te amo. Ahora sé que puedo empezar una nueva vida a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo? Quiero casarme, tener una familia e incluso un perro como Bumpers. Podríamos vivir en Washington y pasar aquí los fines de semana. Hasta podríamos venir a vivir aquí. Sólo quiero que seas feliz, y recobrar el tiempo perdido. Pero no es necesario que contestes ahora. He esperado tanto tiempo que puedo esperar un poco más.

—Sí, sí, Josh, quiero casarme contigo. Te amo. Me has enseñado a amar, y a confiar, otra vez —susurró, mientras lo besaba.

—Bueno, tú te dedicas a organizar bodas. ¿Dónde te gustaría que nos casáramos? ¿Y cómo?

—Quiero una boda al estilo tejano.

—Pero si dijiste que no te gustaban… No lo harás por mí, ¿verdad?

—Sí y no —rió—. De hecho, me gusta ponerme vaqueros y comer costillas.

Darcy supo en aquel instante, por su expresión, que Josh sabía que no quería volver a vestirse de blanco. Y lo comprendía. Él también quería que el día de su boda fuera único.

—Casémonos en Phoenix. Podemos buscar algún sitio adecuado cerca de la tienda de tu padre. Será todo un acontecimiento familiar.

Josh rió y la abrazó, y Darcy supo que no importaba que él fuera rico y ella no. Su verdadera riqueza eran el amor, y la confianza, que compartían.

Cuando terminó de vestirse, Josh acarició los labios de su prometida y se alejó.

—Vuelvo en seguida.

Darcy se levantó y empezó a ponerse la ropa. Josh se llevaba tan bien con sus padres que estarían encantados al saberlo. Y Ginger también se alegraría; no en vano la quería como si fuera su hermana.

Josh regresó poco tiempo más tarde y la abrazó.

—Te amo —dijo—, como nunca he amado a nadie. Y quiero que lleves el anillo de mi abuela, como símbolo de nuestro compromiso.

Entonces se sacó un anillo del bolsillo de la camisa y se lo puso. Darcy lo besó con suavidad, aunque no necesitaba ninguna joya. El anillo encajaba perfectamente en su dedo. Josh alzó su mano y lo besó. Después dejó que la luz del sol lo iluminara. Era un diamante redondeado, enorme, engarzado en oro, que brillaba con luz propia en la habitación. Darcy movió la mano para que los reflejos bailaran sobre el encantado rostro cíe Josh, que sonreía mientras la observaba con orgullo, con ojos brillantes como las arañas de cristal del piso inferior. Darcy lo atrajo hacia sí, con fuerza, y dejó que la felicidad los inundara.

Fin